FRAY MOCHO



"CUPIDO"
Por CHANDLER-ZURETTI
Pintado ex profeso para "Fray Mocho"

N.° 689



FRAY MOCHO

Año XIV Buenos Aires, 7 de julio de 1925 Núm. 689

La tira de cuero

Por Eduardo MORENO

GILIO Velázquez apuró las últimas gotas de ginebra de su vaso; golpeó repetidas veces con el canto de la sucia baraja sobre la mesa cubierta por una mugrienta manta mora, llamando la atención de los jugadores, y después de mucho hurgar en los bolsillos de su cinto con vistas de cuero de tigre, puso como banca algunas monedas de cobre, y "mi apero, agregó, con su manea de cuero de cristiano, desollao por mí mesmo".

Su voz se había enronquecido, y como tenía la bebida agresiva, empezaron los jugadores a sacarle el cuerpo a la partida de monte, cuya mísera banca hacía poco interesante aquel juego, prefiriendo probar fortuna a la treinta y una y no exponerse a salir trenzado con un hombre de tan malas pulgas como Gilio, que al fin de cuentas no había de querer marcharse en "pelos" si la suerte le era adversa. Este se quedó solo frente a su desierta banca, protestando de la falta de "concencia" de los que le habían llevado toda la plata blanca que antes tuviera por delante, no querían darle la revancha, admitiendo el empeño de prendas, cosa que a ningún gaucho se le niega cuando anda en la mala.

Pero al exponer agriamente su queja, no se daba cuenta de que si bien su apero valía aún algunos pesos, nadie deseaba ganárselo por la prenda macabra con que adornaba el estribo de montar para lucirla bien, y que todos tenían por de mal agüero, recordando que desde que Gilio la poseía, habían llovido sobre él las calamidades, quemándosele dos veces el rancho, quebrándose una pierna en una rodada, muriéndosele la mujer y los hijos y marcándolo la viruela de un modo horrible, mereciendo el apodo de "Cribao" como le llamaban a sus espaldas, pues no era hombre de aguantar motes, así cara a cara.

Viendo que su voz se perdía en el desierto espacio que quedaba fuera de rejas, se levantó colérico, arrojó la baraja contra la pared, dió un puntapié a la mesa, que crujió quedando patas arriba "como burro hinchao", según su frase, y dando la vuelta por el patio de la casa, se introdujo en el rancho espacioso que hacía de salón de billar, colocándose en primera fila entre los espectadores que le abrieron paso, pues a nadie le era agradable tenerlo a la espalda.

Ya era cerrada la noche cuando Velázquez acabó de perder las pocas monedas que le quedaban, y comprendiendo que su papel era desairado, estorbando a los demás, agotadas dos o tres "vacas" dadas de mala voluntad, se resolvió a dar las buenas noches a la concurrencia; traspuso de un salto el umbral de la puerta para burlar la acechanza de algún mal pegador que lo estuviera aguardando fuera, y se dirigió a la enramada en busca de su caballo, sujeto por el cabestro a un horcón. Tanteó la cincha para saber si se mantenía apretada, y poniendo el pie en el estribo del que colgaba la célebre manea de "cuero de cristiano", se sentó con pesadez en el recado, cuyo blanco pellón de cuero de chivo se destacaba en la obscuridad de la noche.

Ya había desdoblado las alas del poncho y echado el cuerpo hacia adelante para animar al caballo, cuando se sintió llamar por su nombre: era el pulpero que tenía que hablarle de una jugada que se preparaba en las carreras del día siguiente, y en la que el gaucho debía iniciar la de taba, con el dinero que el dueño de casa le iba a dar en "vaca".

Y en efecto, el socio capitalista poniendo en ejecución su promesa, se aproximó a su asociado por el lado de enlazar, haciendo un recuento de monedas de plata que iba poniendo una por una en la mano de Gilio, obligando a éste a poner su cabeza al nivel de la suya y a afirmar el cuerpo sobre el estribo derecho, mientras el muchacho dependiente, con la despreocupación propia de la edad, se entretenía en manosear la manea de "cuero de cristiano", aprovechando para ello el momento en que el jinete, abandonando el estribo izquierdo, se inclinaba hacia el lado opuesto para recibir el dinero.



Cuando la operación financiera se hubo realizado y embolsado Gilio los pesos de la "vaca" estrechó la mano de su socio capitalista y se puso en marcha, animando suavemente al caballo con el contacto de las espuelas de hierro, tomando al trote el camino de su solitario rancho. Al pasar frente a las rancherías vecinas a la casa de negocio, salió un perro negro a atajarlo en su camino, ladrando furiosamente; pero de pronto, cambiando el animal de actitud, huyó con el pelo erizado y el rabo entre las piernas, se sentó a un lado del camino sobre sus patas traseras y aulló largo y tristemente, levantando en alto la cabeza.

El gaucho sintió un escalofrío, pero luego despreció el presagio, continuando la marcha, lo obligaba a ello su vanidad de hombre guapo, "que a nadie temía, siendo gente de este mundo".

—De juro—se dijo—que aquel animal habría visto al diablo que andaría por allisito no más, después de haber metido la pata sucia en la jugada para que le fuera contraria. Desearía que se le viniera al humo, para ver quien trenzaba más fuerte..."

Sin embargo de esta bravata, para no oír más el aullido del perro, puso su caballo al galope al entrar en una senda que corría por la costa del monte y que él conocía como a sus manos; pero al aullido del perro doméstico habían contestado los cimarrones que tenían su guarida en los pedregales próximos al arroyo y que deteniéndose en plena cacería nocturna, hacían sentir muy cercano su lúgubre gemir. El jinete quiso entonces apresurar la marcha, pero al tocar el caballo con la espuela, tal vez nerviosamente, dió el animal un bote que tomando desprevenido a Gilio lo dobló sobre la cabezada trasera del recado, obligándolo a aflojar la presión sobre los estribos, que



se salieron del pie. El hombre recuperó en seguida la posición vertical, y buscó con el pie y maquinalmente con la vista el estribo perdido; pero al inclinarse sobre la izquierda, vió una luz que galopaba a la altura del caballo, siguiendo la marcha rápida de éste.

Gilio arrolló las piernas por instinto para no tocar aquella luz mala; pero ésta no se desprendió ya del costado del animal, oscilando con un balanceo de péndulo. Estaba visto, ya no era el diablo lo que la vista perspicaz del perro había descubierto antes que él, era el alma del mismo difunto que venía a buscar su tira de cuero para colocarla en su sitio, tapando aquel listón sangriento. Sintió entonces Gilio que se le erizaban los pelos de la nuca, y apuró la carrera del caballo que huía con el cuello doblado de aquella luz siniestra que cobraba mayor intensidad cuando algún obstáculo detenía la rapidez de la marcha; pero pronto las fuerzas del jinete empezaron a paralizarse indóciles a los mandatos de la voluntad, como si estuviera bajo el influjo de una pesadilla; las piernas se le acalambraban, sentíase ahogado y con zumbidos en los oídos y abandonándole por fin todo resto de energía después de un último y desesperado esfuerzo para recobrar su jamás desmentida entereza de ánimo, acabó por aflojar las manos y abandonar las riendas, que quedaron sujetas por la presilla sobre la cabezada del recado, dejando al bruto en libertad de correr a su querencia, como así lo hizo.

Al principio siguió por un cañadón seco lleno de cantos rodados, uno de los muchos cauces del arroyo en sus grandes avenidas; pero al estrecharse aquél, tomó por entre los islotes de árboles que en el torbellino de la marcha semejaban deformes fantasmas que se le echaban encima, envolviéndolo en sus obscuros sudarios, abatiéndose con crujido de huesos hollados, ora arañándole la cara al fugitivo aterrado, cuya mirada extraviada creía ver encima de él unas manos lívidas, secas, en forma de garra, tirándole del cabello y del poncho para derribarlo...

Allá arriba, sobre el arbolado, un cielo tranquilo, estrellado, en la calma inmutable de lo infinito, ajeno al drama de una conciencia que nacía para morir, prestando al escenario la suficiente claridad para hacer más confusas las imágenes que llenaban de terror a aquel espíritu inferior que se derrumbaba perdiéndose en los abismos de la locura!... Un pájaro de los bañados sorprendido en su sueño, alzó el vuelo lanzando un grito casi humano que a él se le antojó la carcajada sarcástica de aquel cuerpo desintegrado, de aquella alma en pena que lo perseguía para arrancarle su presa... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

La sensación de terror fué loca, haciendo más repugnante el pavor del bandido, que con los ojos extraordinariamente abiertos, la boca contraída mostrando los dientes apretados, sin sombrero, el cabello erizado y el hálito angustioso y resoplante, presentaba sus manos apretando su cuello para defenderlo del mordisco del fantasma que lo perseguía seguro de su presa, gritando, riendo, azotándole la espalda con sus manos secas y descarnadas, para arrancarle las ropas y luego una tira de su piel, como él había arrancado antes otra tira sangrienta de la espalda de otro agonizante.

Era extraño que se pudiera sostener por más tiempo la tensión en aquel espíritu inculto que había llegado ya al paroxismo del terror al alcanzar el límite de lo que pudiera serle comprensible, pero aún así, al castigo final, lo hizo apelar con un postrer esfuerzo de su razón, con un último grito del instinto, a una súplica suprema, llamando en su auxilio las sombras olvidadas en la noche de los tiempos, con la voz angustiada con que llamaba "madre, mi madre", en sus conflictos de niño.

Por un momento pasó rápida ante él la visión de sus crímenes; se vió en el tartagal despojando la espalda de su adversario asesinado por él al entregarse rendido, huyendo después de su salvaje acción para evitar el castigo... que al fin llegaba!

Mientras tanto el caballo enloquecido también al ver aquella luz pegada a su cuerpo, corría desatentadamente, perdido el instinto, saltando sobre los matorrales; al salvar un grupo espeso de curupíes, apartó con la cabeza una gruesa rama que al volver a su sitio azotó con la fuerza de un latigazo el rostro del jinete. Este lanzó un grito atroz que aumentó la pavorosa carrera del bruto, que al sentir sus ijares desgarrados por la espuela, dió un postrero y furioso balance al llegar al borde de la barranca del arroyo, y cayó en las profundidades de la laguna, dejando a su jinete estrangulado en la horqueta de un guayabo que se abrió al recibirlo y apretó luego como el lazo del verdugo, sin soltar ya su presa, que se sintió ahogada por la mano del muerto que venía a buscar su piel y se vengaba... ¡entrega... entrega... muere... canalla!

Gilio agitó los pies en el vacío... su hora había llegado!

Ocho días después unos muchachos que acechaban los carpinchos a orillas del arroyo, vieron aquel extraño fruto pendiente de un árbol, y llenos de curiosidad se aproximaron para contemplar aquel espectáculo macabro. Los cuervos le habían comido ya los ojos y desgarrado parte del rostro, y su aspecto era horrible; las aves posadas en sus hombros devoraban las larvas asquerosas, hundiendo sus picos en los cuévanos vacíos.

Avisada la autoridad, que concurrió con el dueño de la pulpería y algunos vecinos, descolgaron el cuerpo para identificarlo y darle sepultura bajo el mismo guayabo justiciero, a cuyo pie fijaron una tosca cruz de madera.

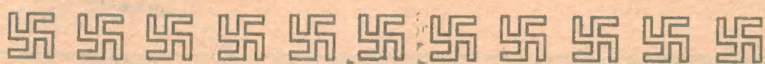
Cuando en la noche de aquel día se encontraron solos patrón y dependientes, dialogaron así:

—La verdad — dijo el joven — que nosotros sólo queríamos ahuyentarlo del pago, y que la cosa resultó trágica, por más que bien pudo ser el alma del finao el que lo ahorcó a Gilio. Porque de otro modo, ¿cómo podía él mismo horquetarse en el guayabo?

—Puede que sí, puede que no — contestó sentenciosamente el amo; — pero en todo caso, el mixto estuvo bien untado en la manea. Por las dudas, quema un poco de olivo bendito, pues dicen que ahuyenta al diablo.

Y esa fué la oración fúnebre de Gilio Velázquez.

Dib. de Rojas.



T E S T I M O N I O

Por J. E OLAPUEY

"Señor Juez de lo Civil. Peregrino Baibiene, a U. S. digo: Que vengo de los treinta y dos juzgados de paz establecidos en la capital a implorar demanda contra don Judas Averretinta por cobro inoficioso de alquileres y desalojo de una casa que era de mi propiedad hasta que él me la alquiló en la cantidad de cien veces mensuales cobrarle y no pagarme; pues, si bien dice la ley que los juicios de desalojo corresponden eternizarse ante la justicia de paz, ella quiso referirse únicamente al desalojo de la parte que los propietarios tenemos destinada al juicio. En consecuencia, y habiendo sido recusado sin causa y con provecho por el demandado los treinta y dos jueces titulares, sus suplentes y los que serán nombrados en el próximo período, fundándose en las prescripciones legales que rigen la chicana de menor cuantía, solicito de U. S. que, en vista de la colección de títulos de propiedad que acompaño, me condene a pagarle la mudanza a don Judas Averretinta para conseguir la posesión de mi casa. Provea U. S. de conformidad que me parecerá mentira. Peregrino Baibiene.—Presentado sin firma de letrado está arreglado, siendo la una y treinta p. m. en el reloj de mi dormitorio. Que no conste. Perfecto Durmiente, secretario.—Por presentado con los documentos que se extraviarán en la oficina. De la demanda interpuesta traslado al techo de un armario por el término de ley, pues la costumbre hace ley. Hágase saber al demandante que los días de carreras son los señalados para dejar algo en secretaría para las notificaciones, o el subsiguiente hábil si en alguno de aquellos no le alcanzara. Repóngase el sello y con él el escribiente más listo. Viudoalegre. Ante mi ausencia. Perfecto Durmiente.—En la misma fecha me constituí en el domicilio de don Judas Averretinta, y habiéndolo encontrado y él a mí, me hizo entrega del duplicado del pie derecho, del que me recibí previa espantada, cojeando en prueba de ello por ante todos de que doy pena. Inocente Tinterillo.—Agréguese y hágase curar. Viudoalegre. — Señor Juez de lo Civil. Judas Averrentinta, constituyendo domicilio legal donde no pueda encontrarme ningún oficial de justicia, a U. S. como mejor proceda para prolongar este asunto, digo: Que de acuerdo con la jurisprudencia establecida por los procuradores de nuestros tribunales respecto a las obligaciones de la viveza de los locatarios, me corresponde dar a este pleito la duración que calculo podrán alcanzar los techos de la casa que ocupo, y a este fin solicito de U. S. expida los exhortos necesarios para que se reciba declaración a los señores don Etéreo Impalpable, domiciliado en los suburbios de Pekín, calle Cortada entre una sin nombre y otra sin veredas, y don Canuto Anegado, domiciliado a bordo del vapor Colombia, surto en el ante puerto de Montevideo; como igualmente se cite a don Cófrade Curdelún, de profesión testigo, con domicilio en todas las cantinas, los que serán preguntados al tenor del siguiente interrogatorio: 1.° Por las generales de la ley y el apunte que se les lleva. 2.° Digan como es cierto y les consta que desde que llegué a la edad en que la ley autoriza a presentarse en juicio vivo sin pagar alquiler. 3.° Digan como es cierto que éste es el resultado de los procedimientos judiciales que velan por la alegría de los inquilinos. 4.° De público y quien no sabe que es notorio den fé. A lo que se servirá U. S. proveer de conformidad por ser justicia argentina. Judas Averretinta.—Vista al agente fiscal sin más trámite que esperar a que aparezca. Viudoalegre.—En la misma fecha, pero de distinta época lo pasé al agente fiscal en vista, y como es corto de vista no lo vió hasta el año siguiente. Conste.—Señor Juez: Puede U. S. proveer de conformidad su valija porque en el campo no se encuentra nada. Constante Turista, agente Fiscal.—Autos nunca vistos. Atento lo cabuleado por la parte demandada y de conformidad con lo dictaminado sin saber de qué se trata por el agente fiscal, líbrense como puedan los empleados de los exhortos que se solicitan y cítese al testigo presentado para que concurra a la oficina a prestar declaración bien aprendida. Señálase la audiencia del veinticinco del corriente a las dos p. m. para ir al hipódromo de Lomas. Viudoalegre. Ante mí. Perfecto Durmiente.—En el día y hora señalados en el auto precedente no concurrió el testigo a secretaría por estar la puerta cerrada. Conste.—Señor Juez de lo Civil. Peregrino Baibiene, constituyendo domicilio legal en el del letrado que me latrocina, a U. S. digo: Que habiéndose sustanciado ya en este juicio todos los aniversarios exigidos por la ley, corresponde que U. S. dicte el decreto de desalojo, para lo cual vengo a hacer de mi peculio la reposición de fojas intimada a la sordera del demandado. A este objeto acompaño el correspondiente sello con un suspiro de cincuenta pesos. Peregrino Baibiene.—Atento lo pedido, decrétase el desalojo de lo que han de ser ruinas de la casa ocupada por don Judas Averretinta, otorgándosele el plazo improrrogable de cuarenta días de año nuevo para efectuarlo. Viudoalegre.—En esta fecha notifiqué al señor Averratinta y se negó a firmar por no poder hacerlo cuando se ríe. Conste.—El oficial de justicia del juzgado se constituirá en el domicilio de don Judas Averretinta y procederá a desalojarle todo temor de ser desalojado, pudiendo hacer uso de lo que le refilen y allanar la bodega si fuere invitado. Viudoalegre.—Señor Juez. En cumplimiento del primer cincuentenario del auto de U. S. me constituí en el domicilio del señor Averretinta, no habiendo podido efectuar el lanzamiento por habérseme manifestado que el locatario se hallaba enfermo de alopecía. De lo que doy cuenta al juzgado aunque todos se den cuenta. Guy de la Propina, oficial de justicia.—Hágasele saber al demandante con muchas precauciones. En la misma fecha notifiqué a don Peregrino Baibiene y firmó antes de suicidarse. Conste que no es el primero."

Es copia pálida del original que tramita en la secretaría a mi cargo. Para la posteridad expido el presente que sello y firmo en mi cama en Buenos Aires a los dos días de un mes de farra de 1909. Perfecto Durmiente, secretario.

Por la transcripción:



El esplín dura tres días

Por Wáshington P. BERMUDEZ

Entre los extranjeros distinguidos que cuando la lucha por la independencia sudamericana sirvieron dignamente en las filas de los patriotas, figuraba el coronel O'Connor, hijo de la verde Erín y a la sazón comandante de un regimiento acantonado en La Paz, salvo la primer compañía que se encontraba guarneciendo cierta población próxima.

—A mí sólo me infunde miedo, aparte de Dios trino y uno, el terrible esplín que de tiempo en tiempo me ataca—solía decir en español chapurrado a sus ayudantes el valiente irlandés.—Felizmente, no me dura más que tres días. ¡También en esos tres días...!

—Ya nos consta lo que sucede, coronel—saltaba interrumpiendo el favorito de O'Connor, un joven teniente cuyo gran vicio, ignorado por el superior, era engolfarse en la lectura del libro de las cuarenta hojas, siempre que andaba con dinero y la ocasión se le presentaba.

—En esos tres días,—agregaba sonriendo el jefe,—cualquier cosa me fastidia y me pongo realmente insoportable. Lo reconozco, señores; pero antes y después soy bueno como el pan, según la frase del teniente.

De modo que al sentirse amagado de la molestia británica, se lo advertía a sus ayudantes, profiriendo:

—Señores, voy a estar con esplín. ¡Mucho cuidado con incomodarme, pues, mucho cuidado!

"No incomodarme" significaba que, fuera de los actos del servicio, ninguno de los subalternos le dirigiese la palabra ni para saludarlo, ni se le aproximase siquiera hasta que se desvaneciese el nublado del buen humor y tornara a lucir la aurora de la alegría en su blanco rostro curtido por el viento de los Andes. Y aquí encaja el caso.

Acaeció que una mañana el coronel recibió los haberes de un mes de su regimiento. Abonado el prest de la fuerza alojada en La Paz, llamó al teniente aludido y le entregó la suma necesaria para que efectuase el pago de la compañía aquella. Percibido el dinero, montó el joven en su caballo al romper la diana y partió para desempeñar su cometido.

Como a cinco cuadras del cuartel y por el camino que debía seguir existía una casa de juego, la cual funcionaba a todas horas. Al pasar por enfrente de la timba se tentó el mozo y bajándose del caballo lo metió en un corral contiguo, se coló en la casa y comenzó a tirar de la oreja a Jorge, acariciando el pensamiento de que la suerte se le mostraría favorable; mas por su desdicha le corrió tan adversa, que a poco perdió lo suyo, y con la esperanza de recobrarlo echó al azar lo ajeno e igualmente lo perdió.

¿Qué hacer en trance tan amargo? Se abismó en hondas reflexiones y tras de rumiarlo largamente, acabó por resolver que acudiría a varios amigos para que lo sacaran de la apretura. Permaneció en el garito hasta que cayó la noche, con que al amparo de sus sombras lo abandonó y recatándose todavía atravesó las calles de la ciudad en busca de los amigos, manifestando a cada uno de ellos la crítica situación en que se hallaba y reclamando su ayuda. Los amigos no pudieron por el pronto suministrarle sino consejos.

—Plata preciso, no consejos—respondía el afligido teniente.

—Por ahora no dispongo más que de consejos,—replicó el último de los visitados,—y el único que te doy es que te refugies en esa pieza.

—¿Para qué?

—Mientras te agenciamos la plata, cosa de tres días a lo sumo.

—¡Hombre!... Cabalmente lo que dura el esplín de mi coronel. Entre tanto...

—¡Hola! Mejor que mejor.

—¿Qué?

—El esplín. Oye. Escribe una carta a tu jefe comunicándole que una súbita dolencia te ha impedido continuar el viaje...

—¿Cuál dolencia?

—¡Tonto!... El esplín.

—¡La pimpinela!, como exclama el puesto que la puerta principal había sido cerrada a piedra y lodo. O'Connor golpeó dos y tres veces. El oficial miró por el ojo de la cerradura sospechando quien era el que llamaba y al cerciorarse de la verdad interrogó serenamente:

—¿Quién es?

—El coronel O'Connor.

—¿Y qué quiere el coronel O'Connor?

—¿Cómo que quiere? Enterarse de su enfermedad. Abra la puerta.

—No, mi coronel, perdone... Mi dolencia no lo permite.

—¿Y cuál es su dolencia?

—El esplín.

—¡Oh Dios trino y uno!... ¿Usted padecía de esplín? ¿Y desde cuándo padecía de esplín?

—Me ha acometido de repente... Con que, mi coronel, ¡mucho cuidado con incomodarme, mucho cuidado!

—¡Ah!... Bien... Bien... Lo mis-

general Bolívar. Ni al mismo diablo se le ocurre lo que a ti. Bendito y alabado sea el mejor de los consejos que ha salido de tus labios. Vengan papel, pluma y tinta.

—En esa pieza hay todo... Yo me encargo de remitir la carta a su destino.

Borrajeado el billete para el hijo de la verde Erín, en que el teniente le indicaba el sitio donde "residía interinamente", aunque no consignaba el nombre de la "súbita dolencia" a fin de que le cogiese de nuevo al coronel, fué doblado y lacrado, porque en tal época no se gastaban sobres con goma y luego de puesta la dirección, enviado a su destino por el autor del más hermoso de los consejos. Así que el jefe se impuso del contenido de la carta, enderezó como flecha al domicilio señalado. Por su-mo que yo les recomiendo... Bien... Bien... Lo dejaré tranquilo. Hasta mañana, teniente.

—Hasta mañana, mi coronel. Que Dios trino y uno guarde a V. S.

—Gracias a usted como a mí.

El bravo hijo de la verde Erín se restituyó sosegadamente al cuartel; pero a la mañana siguiente volvió al domicilio y golpeó la puerta cerrada siempre a piedra y lodo.

—¿Quién es?

—El coronel O'Connor...

—¿Y qué quiere el coronel O'Connor?

—Enterarse de su salud...

—¡Caramba con mi coronel! Estoy con esplín y viene a incomodarme...

—¡Ah! disculpe, teniente, disculpe... Bien... Bien... Hasta mañana... Lo dejaré tranquilo... Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi coronel. Que Dios uno y trino guarde a V. S.

—Gracias y a usted como a mí.

Entre tanto los amigos del teniente se afanaban por reunir el dinero para librarle del compromiso. ¡Trabajo inútil! Ni la tercera parte de la suma habían logrado allegar y el coronel ya conocía la dolencia que aquejaba al recluso. En esto pasaron los tres días y en la mañana del cuarto el jefe volvió a la carga.

—Teniente, abra usted la puerta.

—No, mi coronel, perdone... Estoy con esplín mucho cuidado con incomodarme...

—Eso es mentira, por Dios trino y uno... Usted ya no sufre de esplín... El esplín sólo dura tres días... Abra la puerta; se lo ordeno...

Obedeció el teniente... Entonces el bravo coronel, como en caso semejante el generoso San Martín, sacó de debajo de la capa militar un talego y se lo alcanzó al joven articulando estas palabras:

—Un caballero irlandés le presta este dinero para que cumpla usted el cometido que le confió su jefe. Pero Dios trino y uno lo libre, señor oficial, de que llegue a noticia del coronel O'Connor la punible acción que ha cometido uno de sus ayudantes, el predilecto, porque le aplicaría con severidad el castigo que merece.

El teniente abatido y avergonzado asió el talego balbuceando con voz ahogada por la emoción y la gratitud:

—¡Juro a ese caballero irlandés que nunca he de olvidar este solemne instante y también juro que en lo sucesivo me conduciré tan dignamente que jamás me ha de dirigir el menor reproche mi valiente, mi noble, mi generoso coronel O'Connor!

El coronel O'Connor era abuelo del poeta y periodista boliviano Tomás O'Connor d'Arlach, redactor de "La Estrella de Tarija" y falleció siendo general de la república que al principio llevaba el nombre del libertador de Colombia.

UN DRAMA

Escenario: — un conventillo,
Rojo suelo de ladrillo
Que exhala sangriento hedor,
Y sobre un lecho sencillo
La imagen del Redentor.
En el lecho un serafín,
Y en la ventana un cristal
Que colora de carmín
La refulgencia espectral
De un crepúsculo sin fin.
Dormido el niño, en el suelo
Extendida una mujer,
Y en su rostro, que es de hielo,
Una lágrima de duelo
Que no acaba de correr.
Sobre la humilde ventana,
Muestra el tiesto de un rosal
Algunas flores de grana;
Cerca del niño, una anciana;
Junto a la muerta, un puñal;
Y bajo la luz incierta
Que cae temblando del cielo,
¡La mirada de la muerta
Siempre fija, siempre abierta
Sobre el pobre pequeñuelo!
—¿Quién a esta mujer mató?—
Pregunto, y dice la anciana:
—Ella a su esposo engañó
Y él, loco, la asesinó
Por celos esta mañana.—
Se va la sombra agrandando
En el crisol mal bruñido;
La anciana vela rezando,
La muerta sigue llorando
Y el niño sigue dormido.
—¡La quería con locura!—
Luego la anciana murmura;
Y atravesando el crisol,
Besa al niño sin ventura
La postrera luz del sol.
Después todo queda en paz:
Se borra el lampo fugaz
Que la ventana colora,
La lágrima se evapora
Del cadáver en la faz.
Y guardando al niño puro
Y a la muerta sin pudor,
¡Relumbra sólo en lo oscuro,
Sobre lo negro del muro,
La imagen del Redentor!

CARLOS ROXLO.

En el noroeste canadiense

Los pescadores del lago Winnipeg

El cebo del oro que ha atraído a enormidad de emigrantes hacia el Yukon, ha causado un serio perjuicio a los territorios del noroeste canadiense que se estaban poblando lentamente y que veían agregarse a sus habitantes mestizos, dispersados en aquellas vastas soledades, colonos llegados de los Estados Unidos y aún de Europa.

Existe en aquella parte de América del Norte una región, casi del tamaño de Europa, que no espera más que brazos para valorizarla. Es el territorio en que reina, como soberana de hecho y derecho la Compañía de la Bahía de Hudson.

Esa región comprende 465 millones de hectáreas de terreno.

Hay que descontar las "Barren-Lands", tierras glaciales incultas, que continúan bajo el dominio de los indios pescadores y de los esquimales, que ningún colono europeo les disputará jamás y que representan casi unas dos terceras partes del total.

En cuanto al resto, salvo una zona desierta de 15 millones de hectáreas, está formado por bosques y praderas, inmensos, con un suelo formado por una espesa capa de humus, tan espesa como la que constituía la riqueza de las tierras para cereales de la Rusia meridional.

Cursos de agua de amplios lechos, lagos innumerables son una prueba de la humedad del clima y de la frecuencia de lluvias favorables a la vegetación.

Entre los lagos, el Winnipeg es un verdadero mar, digno de rivalizar con las enormes masas de agua dulce del sud canadiense.

Recibe las aguas de un territorio unas tres veces mayor en superficie que la Francia y las envía a la bahía de Hudson por un largo emisario: el Nelson, célebre por sus caídas grandiosas y sus rápidos infranqueables.

El lago Winnipeg se extiende en una línea de 500 kilómetros y tiene unos 100 de ancho.

El ferrocarril Pacific-Canadian pasa a pocos kilómetros de la punta sud del lago, donde recibe el nombre de río Rojo.

En las cercanías de este ferrocarril y de sus ramales se han establecido las exploraciones agrícolas; más lejos se encuentran los traficantes en maderas y los indios, principalmente en la parte septentrional del lago.

El clima está sujeto a los puntos extremos. El invierno es largo y rudo. Comienza al fin del verano indio, otoño suave que corresponde al verano de San Martín. En los primeros días de noviembre ya el lago comienza a helarse.

Las tribus indias que habitan las orillas, y cuyo principal recurso de alimentación lo constituye la pesca, han tenido que ingeniarse para procurársela a despecho de los cambios de temperatura, y es debido a ello a lo que practican un género de pesca un poco raro, el de la pesca con red bajo el hielo.

Para realizarla se practican dos agujeros en la espesa capa de hielo. Por uno de los huecos introducen un largo palo que lleva atada una cuerda sólida que toma el compañero que se coloca frente al otro espacio abierto.

La red que tiene un lastre constituído por piedras y que está provista de flotadores es deslizada bajo la capa de hielo por medio de la cuerda que retiene el compañero que se encuentra en el otro extremo. Entonces, por medio de una gran piedra, atada a una cuerda hace ir la red hacia el fondo. Cuando los peces, atraídos por el cebo suben a los dos agujeros libres de hielo, levantan las piedras, la red impulsada por los flotadores, sube a aprisionar a los peces que son así tomados sin dificultad alguna.



El azúcar como desinfectante

Se ha demostrado que el azúcar, al quemarse, produce acetileno-hidrógeno fórmico, que es uno de los gases antisépticos más poderosos que se conocen.

Dentro de una campana de cristal, de unos diez litros de capacidad, se quemaron cinco gramos de azúcar, y cuando se hubo enfriado el vapor se colocaron debajo de la campana tubos de cristal con bacilos del tifus, de la tuberculosis, del cólera, de la viruela, etc., los cuales murieron al cabo de media hora.

Si se quema azúcar dentro de una vasija tapada que contenga carne en putrefacción o huevos podridos, desaparece en el acto el mal olor.

Como se ve, tiene sólido fundamento la creencia popular según la cual el azúcar quemado es un buen desinfectante.

LAS MUJERES MAS HERMOSAS DEL MUNDO

Las ha llevado a Londres el rajá más rico de la India

Tiene el pobrecito, nada más, diez mil millones de dólares

Londres va dejando de ser la ciudad triste y austera que todo el mundo conoce, y donde después de las doce de la noche no había medio de encontrar ni un lugar de diversión ni un establecimiento en el cual entonarse con una cena suculenta o una simple colación.

A Londres no le convenía ese sistema, y ha resuleto seguir el alegre de París con sus "dancings", sus "cabarets", sus restaurantes nocturnos y sus mil espectáculos, que representan atracciones sugestivas para provincianos y extranjeros. Y rápidamente van abriéndose lujosos restaurantes, infinita variedad de salas y numerosos casinos, donde la gente se divierte hasta las cinco o las seis de la mañana.

Hace pocas semanas surgió en uno de esos sitios espectaculares un joven como de veinte años, que llevaba del brazo a una muchacha vestida regiamente y adornada con un collar de perlas y pendientes, diadema y anillos de brillantes nunca vistos, ni aun en estas latitudes, donde se ha centralizado el mercado de piedras preciosas. La belleza de aquella mujer era tal, que todo el mundo quedaba absorto al contemplarla.

"¿Quién es?", era la pregunta que los admiradores de esta hermosura excepcional se dirigían. Pero nadie podía contestarla.

Poco después se descubrió el secreto por una noticia publicada en los periódicos. El joven desconocido era nada menos que el maharajá de Jodhpur, uno de los más poderosos monarcas indios y poseedor de una fortuna que se evalúa en 10.000 millones de dólares. Su acompañante era una de las cuatro esposas del opulento príncipe.

Las cuatro son naturales del Purdah y rivalizan en belleza, pues nadie podría viéndolas afirmar cuál de ellas es más hermosa.

Con el príncipe y sus mujeres han llegado a Londres la banda de música de un regimiento militar indio, varias jóvenes bailarinas, algunos atletas, muchos sirvientes de ambos sexos y diez eunucos encargados de la custodia de las esposas del maharajá.

Este ha alquilado un palacio en Wimbledon, donde no se permite a nadie la entrada, y cuyos balcones se hallan constantemente cerrados para que miradas indiscretas no puedan descubrir los tesoros que guarda.

En ese palacio tiene ocho magníficos automóviles, y en Minenead, Somerset, 70 poneys de polo, con los que se propone ganar las partidas que se le presentan contra el ejército de equipos ingleses que se atreva a enfrentarse con ellos.

Todas las mañanas y por las noches de la mansión del príncipe oriental salen los "autos" conduciendo a las esposas del maharajá para que paseen por los parques de Londres y recorran las salas de espectáculo, cuidando mucho de ocultar sus facciones a la curiosidad del vulgo, en vista del verdadero escándalo que produjo la otra noche la aglomeración de gente en derredor de una de las esposas del príncipe.

Pensamientos musicales

Por Alberto WILLIAMS

Una vez más, este distinguido compositor argentino nos da pruebas de su sutileza de espíritu dándose a conocer una serie de pensamientos, que le han sido sugeridos en su larga carrera musical. En ellos no sólo está de manifiesto la alta cultura del maestro Williams, sino que ellos son la mejor guía que pueda tener todo aquel que se dedique al conocimiento de la música. En breves palabras, que tienen toda la autoridad de un aforismo nos pone de relieve todas las dificultades que debe vencer el que se dedica al aprendizaje del piano, como también el que quiera dedicarse a la composición.

Dicho se está, que tratándose de un maestro de la autoridad de Williams, estos consejos han de ser escuchados por cuantos desean apoderarse de los secretos de la música, así como de los que quieran poseer una pulcra técnica pianística.

De los pianistas.

Si queréis aprender a herrar, acudid a casa del herrero; si queréis estudiar el piano, pedid consejos al pianista.

—No consideréis el piano como adorno de la educación, sino como tesoro inagotable de emociones estéticas.

—El piano es el mejor propagandista de las ideas musicales.

—El piano es una orquesta individual.

—Como se nace poeta, se nace compositor; el pianista se hace lo mismo que el orador.

—Un pianista sin espíritu rítmico ni expresión, es peor que un organillo a manivela, puesto que no paga patente.

—La personalidad del pianista sólo se revela cuando se ha hecho dueño y señor absoluto de la técnica.

—Tu aspiración más alta debe ser la de emocionar a tus oyentes.

—Cifra tu ambición en que te apelliden "poeta del piano".

—La virtud interpretativa del pianista tiene por objeto difundir y hacer amar la belleza.

De los pedales.

—La poesía del piano reside en el arte de manejar los pedales.

—Aunque parezca un chiste, puede decirse que los pianistas tocan con los pies, pues la función más elevada y más intelectual, la que engendra la expresión más honda y produce los más ricos colores y las tenues delicadezas y los más dramáticos efectos, depende del uso de los pedales.

—Siendo los pedales lo más intelectual del piano, es natural que también sea lo más difícil de enseñar.

—Chopin decía que los pedales eran el alma del piano. Puede comprobarse la exactitud del aserto, tocando sus "Nocturnos", o el adagio del "Claro de luna", de Beethoven, sin usar los pedales.

De la sonoridad.

—Un pianista de sonoridad deficiente es lo mismo que un orador gangoso, que puede decir cosas muy bellas, pero tan sólo desagradablemente.

—La aspiración principal del pianista no ha de cifrarse en adquirir pasmosas velocidades, sino, antes bien, en conseguir las plenitud de la sonoridad bella, magnífica, poética y profunda.

—La variedad y riqueza en los modos de atacar el teclado, corren parejas con la sensibilidad, la emoción, la fantasía, la inspiración y la mentalidad de los pianistas.

—Los pedales ejercen una función importantísima en la paleta emocional de los colores sonoros, por cuanto tienden a hermosear, magnificar y poetizar la sonoridad.

—En los comienzos del estudio del piano se ha de cuidar mucho la acción de percutir, que tiende a ablandar y flexibilizar las articulaciones que por naturaleza ofrecen rígida tensión, ya ejercitar y desarrollar los músculos en determinada dirección de las fuerzas, o sea en la acción pianística. Una vez alcanzada la acción de percutir, ha de emplearse la de presionar, conjunta o aisladamente, según los diversos casos.

—La expresión honda y conmovedora no se alcanza, al tocar el piano, sino por el predominio de la presión sobre la percusión. Pero, no vayáis por eso a descuidar la percusión, que es tan indispensable como aquélla.

—Hay manos tan perfectamente adaptables al piano, que hacen pensar en que la técnica es un don del cielo, y no una conquista de la voluntad y del trabajo.

—Cuando en el estudio del piano se cultiva la fuerza, es menester estar siempre alerta, no perdiendo jamás de vista la buena calidad del sonido; de lo contrario, es fácil caer en el defecto intolerable de la violencia, que ahoga y estrangula la sonoridad. Por eso me decía el gran Paderewski, que las dificultades del piano aparecen cuando se cultiva la fuerza.

—Considerad las cuerdas del piano como si fueran copas de cristal. Si las golpeáis reciamente, las copas se romperán, si las golpeáis flexiblemente, las haréis vibrar.

—Sed ecuánimes en la distribución de las diversas sonoridades, y si vuestra inspiración llegase al arrebato, no altrapaséis nunca el límite de la bella sonoridad.

—La brutalidad en los ataques provoca el quebranto de la sonoridad.

Del tempo rubato.

—El "tempo rubato" es una alteración momentánea y perfectamente graduada del movimiento, en el sentido de retener o animar.

—Presenta dos formas simples: retener y animar, o animar y retener. Y dos formas compuestas: retener, animar y retener, o animar, retener y animar.

—La circulación de la savia y de la sangre, que en invierno se ralenta y en verano se acelera, la respiración que se precipita o se apacigua al ritmo de las emociones; las oscilaciones del péndulo, los vaivenes de las olas, y, en general, todos los movimientos sujetos a variar gradualmente, son símbolos del "tempo rubato".

—El ritmo musical es tan imperioso, que induce a restituir en unos compaces la cantidad de movimiento que se ha quitado en otros.

—Lo que distingue un pianista genial de una pianola, descartando la calidad del sonido vivífico, consiste en la libre interpretación del movimiento y sus momentáneas fluctuaciones.

—Hay músicos que son más exactos que los metrónomos, pues éstos se enmohecen, atrasan o adelantan, se descomponen, mientras aquéllos permanecen inalterables, materializando en sus interpretaciones al ritmo, que chispeante palpita en el áureo vaso del espíritu.



EL INVIERNO

Por M. LOPEZ PRIETO

¡El invierno!...

La ola de frío rueda en un océano de luz. ¡Qué puro el azul del cielo! ¡Qué blanca la blanca Diana de los espacios! Las estrellas son haces de espinas luminosas, intensamente luminosas. Un infinito desconsuelo vaga en lo alto. Yo, que miro venir la muerte plácidamente, tengo miedo de dejarme sorprender por ella... ¡Hace tanto frío!...

¡El invierno!...

Pobres criaturillas que contempláis de noche toda esta honda belleza sin expresión; que miráis con los dientes apretados y los ojos llorosos esa inmovilidad de esfinge que adquieren todas las cosas bajo el gélido manto del cielo profundamente azul, y apenas cubre un harapo vuestro cuerpo desmayado, y vuestros pies están insensibles sobre las escarchadas losas de la acera!

¡Ah! ¿Por qué hace frío cuando hay cuerpos desnudos, cuando hay tantos pobrecillos que se hielan?...

¡Ese misterio desesperante! ¿Para qué sirve todo el amor que palpita en torno si hay seres que mueren de frío? ¿Para qué?...

¡Vosotros, los que estáis agonizando porque el invierno os ha calcinado los huesos, no seáis cobardes! Esa oración suprema que sale de vuestros labios es perfectamente inútil. Vedla al salir de ellos caer a vuestros pies con las blancas alas yertas. ¡Una fuerza os endurece los labios con toda la crueldad de lo inconsciente y aún hacéis esfuerzos musculares para aplacarla! ¡Ah, esa altivez que deshojáis, ese destello de la Divinidad que vive en vosotros y que vosotros empañáis con vuestra cobardía, ella no os lo perdona, no!... ¡No os humilléis jamás! Dios os quiere altivos y fieros: fieros como Caín, altivos como Luzbel.

Amad a los débiles, a los pobrecitos desamparados; a los que se os muestran postrados por la desolación; para ellos guardad vuestro amor, pues que Dios no lo necesita, y ya que desea guardar el incógnito dejadlo. No os busca, no le busquéis. Vuestra relación con él es aún imposible. ¡Que mis palabras escarchan el alma! ¡Con ellas no hago más que corresponder a las heladas frases de la altura! Esas frases penetrantes como estiletes y que desgarran el cuerpo de los pobres. Esa elocuencia muda que habla de nuestra muerte, que quiere humillaciones, que pide ruegos!...

¡Alzaos del polvo, pequeñitos! Ya que debéis fatalmente sufrir, sufrid, pero sin queja. Trabajad de todos modos. Vosotros sois vuestros dioses. Purificaos, amad. Donde encontréis un derecho, ejercitadlo. Donde halléis a vuestros iguales, los pobres, pasadles la palabra: ya sabéis, redención... No pidáis a los ricos lo que os haga falta; es inútil.

Eso que ellos os dicen de la caridad, es una bella fábula para entretener vuestra hambre y contener un tanto vuestro furor. No creáis nada, nada, nada; ateneos a vuestras fuerzas. No tengáis contacto con los poderosos y los grandes: os contagiarían la lepra de su atávico egoísmo.

¡El invierno!...

¡La época feliz de los felices! ¡La época fatal de los pequeños!

¡Todo el pensamiento yerto, helado y flotante, toda la sombría desolación del cielo, invade la miserable choza del pobre oue vive sin luz y sin calor; pero todo eso no penetra a los regios salones de los poderosos, a los soberbios palacios del burgués, porque el lujo está de centinela en sus pórticos!

¡Ah! ¿No habéis pensado alguna vez, vosotros, los que poseéis el remedio de tanto mal, no habéis pensado alguna vez, mientras departiais al calor de la estufa, envueltos en costosas pieles, en los pobres que mueren de frío a vuestras puertas? ¿Es posible que siempre hayáis podido dormir tranquilos sin acordaros un instante de los pobres que se acuestan sin cenar y expiran de frío en el lecho infecto y duro? Sí, lo habéis pensado más de una vez, más de una vez habéis sentido una pequeña desazón que pasó fugaz como el relámpago, pero en seguida habló más alto vuestro profundo egoísmo y os dijisteis: "¡Bah, esos infelices nada tienen de común conmigo! Esos miserables están condenados a la muerte por la Providencia... y deben morir. Nada remediaría yo con ser caritativo, y además, la caridad no alcanza a remediar tan grandes males."

Así habló siempre vuestro igual; así pensasteis siempre vosotros. Y habéis pensado bien. Nada remediaréis con desprenderos de las migajas que sobran de vuestros banquetes, y los pobres que las aceptan, se colocan a más bajo nivel que el perro que husmea en los estercoleros.

Tenéis razón. No os desprendáis de vuestras comodidades. Aprovechadlas mientras os duren. Los pobres no os molestarán con sus lamentos. ¡Pero hay de vosotros cuando os falten! ¡No os acordéis entonces de pedir misericordia; no penséis más en la primavera del hotel que desafía el frío del cielo, porque entonces habrá llegado para vosotros el más espantoso de los inviernos!

Longevidad

Hay un kurdo que tiene 151 años, ha tenido veintiséis mujeres y no sabe cuántos hijos

Hace pocos días, al salir de la estación de Belgrado, un kurdo entregó un pasaporte turco donde se leía: "Zaire Effendi, nacido en 1774".

El comisario de policía, estupefacto, interrogó al kurdo, que era viejísimo, pero muy robusto.

Este dijo que había conocido a Jorge el Negro, antepasado del soberano actual de Yugoeslavia, la primera vez que estuvo en Belgrado.

Añadió que tenía, efectivamente, ciento cincuenta y un años, y que pensaba vivir muchos más todavía.

Ha tenido veintiséis mujeres.

La última de ellas murió a los sesenta y siete años de edad.

Su hija mayor ha muerto a los noventa años.

Dice que no sabe cuántos hijos ha tenido y cuántos nietos, bisnietos y tataranietos tiene.

—No me preocupo de esas pequeñeces—afirmó con desdén.

Zaire Effendi trabaja para vivir. Es jefe de los mozos de equipajes de Estambul.

Su cargo requiere poco esfuerzo físico; pero sí mucha atención, y es de bastante responsabilidad.

Ha vivido siempre como un buen musulmán, y nunca ha fumado ni bebido alcohol y café.

Toma algunas veces te y casi nunca come carne.

La mitad de la policía de Chicago acaba de detener a la otra mitad.

En Boston, trescientos cincuenta y siete empleados municipales han sido procesados.

En Denver, treinta y nueve magistrados se han visto obligados, por incorrecciones en el servicio, a presentar su dimisión.

En Baltimore, todo el personal de la aduana está en la cárcel.

En Wáshington, el mayordomo del Senado ha sido detenido en compañía de la mayor parte de los empleados de ese establecimiento parlamentario. Como cómplices de los delitos y faltas cometidas por ellos, hay muchos senadores a quienes alcanza el proceso. Y en casi todos los Estados Unidos, la historia viene a ser la misma... Detenciones, cesantías y estrepitosos escándalos.

¡Es terrible! Los tribunales no descansan; las cárceles están abarrotadas de recluídos.

Moralidad y ley seca

Está comprobado, además, que los casos de locura son diez veces más numerosos desde hace tres años. En las formas más variadas, la inmoralidad prevalece. Los americanos, en otro tiempo famosos por su ruda franqueza, se han hecho hipócritas; pasan su vida afectando un aire extraño, como si ocultasen secretos vergonzosos y temiesen ser detenidos a la vuelta de la esquina. Entre ellos y hasta en la vida de familia, se miran de través, desconfían unos de otros y se hablan lo menos posible. Con angustia semejante es como vivirían los venecianos en la época de la tiranía de su República. Lo cierto es que un malestar enorme pesa sobre los Estados Unidos, y que la situación se agrave a cada día que pasa.

Los americanos más perspicaces no dejan de decir con tristeza:

—He ahí a lo que nos ha traído el régimen de agua fresca que se nos ha impuesto. El abstencionismo nos llevará a una catástrofe moral... América perecerá si su imperio continúa.

El hecho innegable es que jamás obtuvieron los moralistas y profesores de la virtud, un resultado tan desconcertante. Desde que hubieron de triunfar, el fraude y el contrabando se convirtieron en las industrias más lucrativas del país, y en las que todo el mundo está interesado. Es indiscutible también que no beben menos alcohol, quizás que otras veces, aunque seguramente lo pagan más caro y se envenenan más con él. La cocaína está de moda, y mientras tanto los asesinatos, los suicidios y los dramas de todas clases, son innumerables.

Decididamente es irrefutable, según el aforismo célebre de Pascal que "qui veut faire l'ange fait la bête..." que quien aspira a la perfección absoluta se transforma en un ser absurdo... Las gentes que tratan de reformar la humanidad a fuerza de leyes y decretos son las más perturbadoramente desastrosas, entre cuantas practican la filantropía.

Parece como si hubiera una fatalidad que quisiese que sean los pacifistas quienes desencadenen las guerras, que los sectarios de la hidrofilia difundan el gusto del alcohol prohibido y que los energúmenos del pudor vengan a ser precisamente los que más inciten en los castos el gusto por ciertas tonterías...

ABEL ACOSTA.



HISTORIAS ROMANTICAS

Vida y muerte de Pablo Luis Courier

Por M. Núñez de ARENAS

El 11 de abril de 1825 lo encontraron junto a un barranco, cerca del camino, muerto, asesinado brutalmente, en aquella Turena de paisaje suave y dulce que él amara. Todo fué misterio. La justicia no descubrió nada.

Entre los liberales se recordó una frase de un folleto de él: "Pablo Luis, los reaccionarios te matarán". Pero ningún indicio aportó claridad.

Así desapareció, trágica, violentamente, misteriosamente, el gran libelista Pablo Luis Courier. Tal muerte completó su intensa figura romántica.

Sólo es dable conjeturar cuál fué su sentir profundo, más íntimo. Secreto lo guardó en vida e irrevelado permaneció luego. Unicamente sus gestos, sus actos, han sido conocidos. Nunca mostró más que la superficie exterior. Nada en él de confidencias plañideras, ni siquiera de sentimentalidad insumisa. Un tiempo sociable, y con más frecuencia, solitario, aislado; solo consigo mismo. Por varios aspectos pudo ser un modelo de personaje stendhaliano, resumen y cifra de romanticismo: en su esencia. Individualista como ningún otro, odia toda colectividad: ejército, clero, nobleza; pero tampoco se funde con el pueblo-masa; no está con la revolución, pero tampoco con el viejo ni con el nuevo régimen, anterior y posterior a ella. Quiere la libertad no por respeto a la personalidad humana, sino por necesidad fisiológica de que la individualidad no sea oprimida. Violento, impetuoso para hacer su capricho, para seguir su fantasía, lo vemos en perpetua lucha, en continua situación de contraste, de antinomia. Por ello también romántico.

Quizá por idealidad excesiva no encontró en su tiempo nada bastante alto, y su visión de la revolución y del imperio fué menuda, de miope, y así, deformada, grotesca, satírica. Jamás mostró ver el haz: sólo las espigas. Y no proyectando los hechos hacia la eternidad, aparecen cortos, ridículos, porque son sin trascendencia y sin ilación.

Su flecha ascensional era hacia la belleza, literatura y arte de la antigüedad; ante todo, Grecia. Este amor, esta pasión, que embeberá tantos impulsos suyos, que determinará tantos actos, que lo sumergirá en otro mundo, le hará tomar aspecto de distraído en ocasiones importantes de su existencia. Proyección estética no para vivir personajes creados por el arte, pero, sin duda, para contemplar la vida y para atravesarla.

Su historia nos induce a estas hipótesis. Grande historiador tuvo a su muerte el noble Armando Carrel, a quien los españoles libres, no digo liberales, no han sabido aun rendir el justo homenaje que le adeudan.

Nació Pablo Luis Courier en París, en 1773. Su padre, rico burgués, hombre de ingenio y de lecturas, tuvo que escapar de la capital a raíz de una aventura amorosa, y fué a refugiarse con su hijo en la Turena. Allí, en la quietud apacible de los montículos de dorado viñedo, el muchacho aprenderá a gustar el denso sabor de la cultura antigua, y esta comunión primera, recibida en el más apropiado ambiente, permanecerá llama viva en su pecho a lo largo de los años.

Estudiará, porque así lo ordena su padre, matemáticas; entrará en la Escuela de Artillería de Chalons, y saldrá de ella oficial, comenzando de esta manera su vida militar.

Militar, el joven helenista, ya en contraste inacabable, llega en 1793 al ejército del Rin. No se puede decir que tuvo miedo, porque realizó comisiones peligrosas pero con tan poca sonoridad que nadie se dió por advertido, y él tomó parte en la guerra por curiosidad a ratos, a ratos porque tanto valía estar allí como en otra parte. Sin embargo, las incomodidades, los sufrimientos le molestaban. Un día, cuando el sitio de Maguncia, con naturalidad, sin autorización de nadie, aburrido y pensando helarse: "Nunca me he visto tan próximo a una cristalización completa", se volvió a Francia. Más tarde explicó la necesidad de acompañar a su madre, enferma y recién viuda. En realidad, se encerró en una casa de campo y se puso a traducir la arenga "Pro Ligario".

Cinco años más tarde es destinado a Italia. Hervor intelectual al pasar los Alpes. La desolación, la barbarie de las tropas francesas. Llega a Roma y escribe a un amigo: "Decid a los que quieran ver Roma que se apresuren, porque cada día el acero del soldado y la garra de los agentes franceses marchitan sus bellezas naturales y la despojan de sus galas... Hoy se destruyen hasta las ruinas."

Su estancia en Italia le aprovechó para ver monumentos, trabajar en las bibliotecas; todo ello a espaldas de sus jefes, que ignoraban totalmente su existencia. Al evacuar Roma los últimos soldados franceses, Courier quedó solo, retrasado en unos archivos, y a poco lo asesinan.

Vienen luego unos años de reposo. Después, nueva marcha a Italia, siempre más deseada. Por entonces se finge el plebiscito para que Napoleón sea emperador. Se consulta al ejército. En una de las cartas de Courier se ve en qué forma todos aceptan la desaparición de la República, y él se dice: "¡Un hombre como Bonaparte, soldado, jefe de ejército, el primer capitán del mundo, querer que se le llame majestad! ¡Ser Bonaparte y hacerse llamar emperador!... ¡Aspira a descender!" Y agrega: "Sus ideas están por bajo de su fortuna".

Estando en Italia le ocurrió un percance que ha hecho nacer uno de sus más famosos libelos. Sucedió que trabajando en una biblioteca de Florencia en la transcripción de unos fragmentos, hasta entonces inéditos, de Longo, después de copiarlos, dejó caer una mancha de tinta sobre el precioso manuscrito. Con semejante crimen varios sabios locales promovieron un ruidoso incidente, y nuestro helenista publicó la "Historia de un borrón de tinta", que es uno de los trozos más sabrosos que existen de sátira literaria.

Pasa el Imperio; la restauración llega. Tras los "Cien días", el terror blanco. Pablo Luis Courier se revela libelista político, impone su nombre, se hace temer. ¡Felices tiempos en que la inteligencia de un escritor era una fuerza social!

El pánico, el miedo insuperable de los cortesanos de Luis XVIII y de los recién convertidos a un borbonismo ferviente fué tumultuoso y caricaturesco al presenciar la marcha rápida de Napoleón desde la isla de Elba.

Por eso, cuando los aliados, tras Waterloo, restablecieron al rey y a sus amigos, los hombres de buenas ideas cayeron valerosamente sobre los bonapartistas derrotados, sobre los que no habían huído como ellos, sobre los que no eran de los suyos, y todo les fué permitido: persecuciones, asesinatos, despojos. El terror blanco, venganzas y provechos particulares, fué, como siempre, más ensañado, más cruel que el terror rojo.

En este trance de vida imposible Pablo Luis Courier lanza su primer folleto la "Petición a las Cámaras" (1816). "Soy turenés, vivo en Luynes", y como un buen hombre viñador cuenta con sencillez de qué manera, durante la noche, una tropa de gendarmes ha invadido el pueblo, ha entrado en las casas, ha arrancado de sus lechos a una docena de hombres tranquilos y pacíficos y los ha conducido a la capital de la provincia. Allí les han dicho que eran hombres de malas ideas, conspiradores contra el régimen. Entre tanto, familias en la miseria, niños abandonados que mueren. Después se les traslada a otra cárcel; al fin se les juzga. Se pretende que han pronunciado palabras imprudentes. A seis se les devuelve la libertad. "Debemos permitirnos creer que esos seis ni siquiera habían hablado mal. Quiera Dios que nunca encuentren motivo de mal obrar". Y al final: "El terror que actualmente reina en este pueblo, antes apacible, no cesará sino para dar paso a la venganza. La injusticia los ha sublevado. Reducidos a la desesperación por esos mismos magistrados, naturales apoyos suyos; oprimidos en nombre de las leyes que deben protegerlos, no conocen ya freno, porque los que gobiernan no han conocido la medida".

Este folleto produjo una emoción extraordinaria, porque toda Francia era Luynes, y porque al indagar quién era el autor, su indiferencia anterior fué considerada como generosidad, y su antiheroísmo como fortaleza.

Su fama continuó creciendo con sus "Cartas al redactor del "Censor", en las que denunciaba abusos generales; pero su mayor éxito lo obtuvo con el "Simple discurso de Pablo Luis, viñador de la Chavonnière", a propósito de una subscripción pública para regalar al duque de Burdeos las tierras de Chambord. Su oposición fué tal, que, bajo un pretexto ridículo, se le procesó y se le condenó a tres meses de reclusión. El libelo sobre su proceso es de tal gracia, de tan fina

LA NOVELA

La verdadera novela reúne en sí, todo lo esencial a la poesía y al drama, a la psicología y a la ciencia social; es "historia condensada y sistematizada, en la cual se ha reducido a lo estrictamente necesario la parte de acontecimientos casuales que concurren a esterilizar la voluntad humana; es la historia "humanizada" en cierta manera, en que el individuo es trasplantado a un medio más favorable al vuelo de sus tendencias interiores. Por eso mismo, es una exposición simplificada y sorprendente de las leyes sociológicas".

GUYAU.

Sonata de la ansiedad

Rosa de la gallardía,
la más gentil y lozana,
cuya esbeltez soberana
disputa esplendor al día;
ánfora de la hechicería
cuyos áureos resplandores
engarzan en mis amores
las sugestiones más bellas,
ya como chorros de estrellas,
ya como salvas de flores!

¿A qué la gracia felina
de tu sonrisa traviesa,
con una llama me besa
y con otra me fulmina?,
si cuando mi sed culmina
y te va envolviendo entera,
tu cuerpo de bayadera
se sutiliza ante el bardo,
como el estoque de un nardo
sobre el rubí de una hoguera!

Ven, majestad venusina,
de mis emociones dueña,
por quien mi infortuna sueña
y mi orfandad se ilumina;
ven, que mi amor adivina
tras el tuyo su laurel
y ansía ofrendarse a él
bordando con mimo y ruego,
sus iniciales de fuego
sobre tu boca de miel!

No ilustra hazañas la suerte
con que poder conquistarte,
ni enjoya rimas el Arte
con que lograr conmoverte;
mi ciega fe te halla fuerte,
pero sabiéndose grande
busca actitud que te mande
y a tu antojo se arrodilla:
que ante un grande que se humilla
no hay fuerte que no se ablande!

Ven, pues, flor de hechicería,
la más gentil y lozana,
cuya esbeltez soberana
disputa esplendor al día;
deja que el triunfo deslía
sus más fastuosos brochazos
sobre los líricos lazos
que glorifican mi cruz
y entra en la fiesta de luz
con que te aguardan mis brazos!

Miguel de ARZUBIAGA.

HABLEMOS A LA JUVENTUD

Por Lorenzo SITANO

Hay que hablar a la juventud, y hay que hacerlo de prisa, con claridad y altura. Hay que despertar a los jóvenes de su modorra. Hay que sacar a la juventud del criminal indiferentismo en que está sumida. Este siglo, que es de los niños, como lo ha designado, con el título de una obra, la eminente escritora sueca Ellen Key, es también de la juventud. Y es a ella, precisamente, a quien hay que decirle pronto que es necesario que se vea bien, que se observe con detención que sea implacable consigo misma, que se juzgue hasta con rudeza, con crueldad si cabe, para que pueda definirse claramente como carácter, como fuerza innovadora, como voluntad capaz de realizar grandes ideas.

No se nos oculta lo difícil y arduo de la noble empresa. Pero, ¿qué importan, en rigor, la magnitud del obstáculo y las dificultades de todo orden que se opongan a la consecución de nuestra verdad y de los ideales nuestros, si sabemos afrontarlos con ánimo y estudiarlos detenidamente sacando de ellos una fuerza superior para proseguir la marcha con mayores bríos, no para rendirse vergonzosamente? No hay otro remedio que luchar con optimismo, con ardiente amor. Y no faltan, por fortuna, las almas jóvenes, consagradas por entero al bien de la humanidad, que saben pelear con intrepidez y con inteligencia por todas las grandes causas. Vence quien va en pos de la victoria, quien la busca bravamente. Los jóvenes podemos triunfar. Más aun: debemos vencer. Sólo por incuria e indolencia nuestra nos mantenemos reacios, fríos, sordos, impasibles a todo llamado de la justicia y de la verdad, a toda promesa de un mañana mejor, a toda redención de nuestra alma. Un orgullo tonto y de una destemplanza del peor de los géneros, nos inmoviliza, nos ata, nos detiene, nos estanca. Los jóvenes somos así. Nos negamos a toda serenidad y reflexión. Es preciso demostrar, empero, que no lo seremos más...

Y, vamos a ver: ¿por qué no oye nuestra juventud? ¿Por qué cierra absolutamente sus oídos y sus ojos a todo lo que sea esfuerzo, sacrificio, lucha, estudio, dedicación? ¿Por qué prefiere los cabarets, bars, cafés, salones y escenarios, focos de vicio, de enfermedad y de vergüenza, que llena totalmente, en cuya atmósfera viciada se mueven legiones de excitantes mujeres cuyo espíritu sirve a la emoción erótica y lasciva, llevando al placer morboso, y desdeña con énfasis la lectura, los ideales, la abnegación, el valor moral? Parece que el espectáculo de la lucha les inmuta. Les asusta la batalla. La juventud de este tiempo no tiene en cuenta nada. No quiere enterarse sobre lo que pasa a su alrededor. Se encoge siniestramente de hombros. No quiere comprender. La juventud no repara más que en el propio goce físico. No cuida de dar de lado con las pasiones subalternas de personas o de círculo. No profundiza en los problemas. El caso es no moverse, no sacrificarse, no inmolarse. Y se momifica, permanece estática e impasible. A veces discute, prefiriendo decir la verdad a realizarla. Lo peor es que, aun cuando sabe lo que hace, no quiere enmendarse ni corregirse. Y conocer esto es profundamente doloroso y entristecedor para los que deseamos con Zulueta "elevar los corazones llamando a la juventud al cultivo del ideal", porque consideramos, con Bourgeoise, que tener un ideal es tener una razón para vivir.

¿Es que, por ventura, no hay jóvenes que se dediquen, llenos de esperanzas y de fe en su destino, a la obra de amor y de bondad que reclama con imperio nuestro siglo? ¿No hay jóvenes de inteligencia pura, de actitud resuelta, de corazón franco, capaces de peregrinar de dolor en dolor, de verse en el trance de no tener qué comer y de sufrir las consecuencias de una vida pletórica de privaciones y de amarguras? ¿No hay jóvenes, en la época contemporánea, enardecidos por las más altas y generosas aspiraciones, reflexivos y amantes del estudio? ¿No hay jóvenes ansiosos de verdad y de justicia, animados por nobles impulsos, conscientes de la formidable obra que los espera? ¿No hay jóvenes vivamente preocupados de todo aquello que de una manera tan intensa apasiona y agita en la actualidad la vida de las colectividades humanas? ¿No hay jóvenes que no dejan obscurecer su pensamiento por intereses rastreros, malas costumbres o sofismas? ¿No hay jóvenes que se interesen, en puridad de verdad, en el progreso incesante de la humanidad toda? En resumidas cuentas: ¿no hay jóvenes sinceros, estudiosos, nobles, repletos de entusiasmo y de fe, que trabajan y sufren, piensan y luchan por un porvenir de más bondad y de más belleza?

En realidad, parece que la juventud no interesa hoy a nadie, y parece irritar que los jóvenes tengan un ideal. Contribuye a esto, con imperdonable culpa, la misma juventud que, por desdicha, en su gran parte, no constituye más que una masa amorfa y gelatinosa, cristalizada en la ineptitud y la ignorancia, irreverente y de calaveras, que va donde la llevan el viento, los influjos y las circunstancias. Esa misma juventud, pobre de ideales y de ímpetus, que desdeña la lucha, rehuye el combate, se aleja de la acción, inclinándose a las costumbres afeminadas y acepta los convencionalismos, la mentira y el error, se entrega a las languideces y perezas del cuerpo y del espíritu, y gusta jugar y alcoholizarse, relajándose y envileciéndose. Esa misma juventud, finalmente, que aun no ha comenzado a vivir, que no conoce las alegrías y reveses de la vida, y se cree desilusionada, desengañada y desencantada. Y cuando, en cambio, la juventud se levanta bravamente para sostener causas elevadas y dignas, ideales de verdad y de justicia, obras que glorifiquen y embellezcan, entonces se la llama loca, porque estar loco es investigar, juzgar, combatir, pensar, obrar y sentir con toda libertad, independencia y franqueza.

Hablemos a la juventud sin tardanza. Digámosle claramente cuál es la misión que le corresponde llevar a cabo. Si la juventud no oye y permanece inactiva, sorda e indiferente hoy, no importa oirá y trabajará mañana, pues ha de volver, como don Quijote, a su sano juicio. Y es menester no perder tiempo. Los jóvenes más que ninguno, hemos de dirigirnos a la juventud para que sepa que debe levantarse y batallar sin descanso contra las herencias, contra los obstáculos del medio, contra la molicie imperante, contra el precepto estatuído en dogma de "dejar hacer y dejar pasar", contra las tinieblas y el estancamiento, contra todo privilegio y tiranía, contra la superstición y la mentira, a fin de establecer la libertad y justicia sociales. Tócale a la juventud la grande y noble tarea de estudiar y resolver los graves y trascendentales problemas que impregnan la atmósfera social de estos tiempos. A ella le corresponde vencer los numerosos escollos y romper las moles graníticas que los estúpidos prejuicios y la hipocresía del siglo han puesto cual valla insalvable, contra la razón, la verdad y el progreso.

y tan mordaz ironía, que recuerda las mejores páginas de ''Las Provinciales'', de Pascal.

Lo procesan de nuevo por una petición, también deliciosa, en pro de ''los aldeanos a quienes no dejan bailar'', y en fin, después de las ''Respuestas a los anónimos que ha recibido el viñador Pablo Luis'', en las que se halla la famosa frase prediciéndole el peligro en que estaba su vida, escribe el maravilloso ''Libelo de los libelos'', en el que se gloría de ser un libelista, y, con elocuencia admirable, define su importancia social y moral. Y ello no en un sermón, sino en un diálogo animado y brillante, lleno de gracejo, de amargo sarcasmo, y al terminar, sin querer, de un dejo de melancolía, casi de angustia, como si la violencia de la sátira se hubiera parado en seco, y en un silencio, el agudo presentimiento le atenaceara el corazón. Un suave vuelo agorero ha girado en torno. Fué su última obra.

Pablo Luis Courier tenía cuarenta y un años cuando, bruscamente, decidió casarse con la hija de un viejo amigo suyo, hombre de gran prestigio, Clavier. La muchacha tenía diez y ocho años. El matrimonio se verificó.

Pablo Luis había contraído una enfermedad crónica en el ejército; probablemente la tuberculosis. Por temporadas se agudizaba su mal; su carácter se agriaba; se sentía envejecer; envejecía. Su mujer era joven.

El matrimonio se instaló en el campo; es posible que Pablo Luis creyera en un mejoramiento de su estado. Vida bucólica, a la que difícilmente se resigna la joven parisiense. Pleno marco de égloga. En una carta de Courier se habla de un campesino, ''bello como Apolo'', que acaba de llegar del ejército. Lo toman a su servicio.

Herminia Courier, a pesar de haber tenido ya un hijo, requiere al campesino, luego a un hermano suyo, y los dos criados se aprovechaban de la privanza para querer mandar, para ser dueños.

Pablo Luis se siente robado, traicionado. En pleno campo lo asesinan. Pesquisas. Nada. Todo entra en el silencio.

Pasan los años. Una moza, inconsciente, recobra unas parcelas de memoria. Habla. Denuncias. Revisión del proceso. Fueron los dos gañanes hermanos y el guarda los que mataron a Pablo Luis.

A Courier se le considera generalmente como a un clásico; ha despistado su amor a la cultura antigua y su carencia de énfasis. No es un romántico a la manera de Chateaubriand; pero ¿el ''Adolfo'', de Benjamín Constant, es obra de verbalismo?

Precisión, tintas destacadas, contornos firmes. Lo que da una magnífica persistencia a los libelos de Courier es el dramatismo de sus escenas; el cuadro está ante nosotros, los personajes viven, las reflexiones de Pablo Luis acompañan como coros; son el eco hacia lo futuro del acto narrado, la prolongación del suceso como profecía. Sin emoción externa — simple narración — sabe iluminar los hechos brutales, infames, chabacanos, con rayo de alusión a principios permanentes: justicia, verdad, y al ser heridos los sucesos tan en su entraña, experimentamos hoy una simpatía de humanidad. En aquella vida de antaño revivimos la nuestra.

Cuando se publicaron sus cartas particulares se vió en ellas el mismo espíritu, el mismo talento que en los folletos conocidos. Y ya su nombre quedó consagrado como el del gran satírico francés del siglo XIX.

Aquí, en España, no sé que se hayan traducido sus obras. ¿Qué menos se hubiera podido hacer para este su centenario? Pero un biógrafo de nuestro gran satírico del Romanticismo, el de vida atormentada y muerte dolorosa, un biógrafo de Fígaro, al ensalzarlo, se acordó de Courier, y en el recuerdo, ya hubo homenaje.

Literatos españoles

MARTINEZ RUIZ

(Azorín)

Martínez Ruiz (conocido en el mundo de las letras por "Azorín") es, como el ilustre Pío Baroja, un enemigo a muerte de la retórica. Autor, en su adolescencia literaria, de encendidos y vibrantes folletos de rebeldía, es (desde esa época y lo seguirá siendo siempre) el ángel rebelde a toda retórica, a todo artificio verbal aunque éste sirviera para embellecer o dar mayor realce, fuerza o elegancia a un párrafo o período determinado.

Espíritu profundamente observador, lleno de fina intención psicológica, sabe revestir sus obras con el imán del interés.

Su estilo es límpio, sobrio, claro, preciso, de una exactitud casi matemática en fuerza de ser ordenado: es un estilo gracioso en la sutileza y elegante en la claridad.

Para las finas y elegantes columnas del estilo azorinesco son innecesarias las guirnaldas pomposas y pesadas de la retórica.

La musa de Azorín es una musa seria y reflexiva que no se abandona al delirio de la inspiración sin freno y que sabe mantenerse siempre en una actitud digna y compuesta, quizás un poco fría, pero llena de encanto.

Lo que quisiera Azorín, si ello fuera posible, sería fijar y tratar de resolver el complicado teorema del conocimiento. Por medio de las cosas el gran autor de "Antonio Azorín", "La Voluntad", "Confesiones de un pequeño filósofo", etc., trata (hasta donde sus fuerzas literarias y de pensamiento se lo permiten) de conocerse a sí mismo con la esperanza de conocer a éstas por medio de sí mismo. El "yo" tiene para Azorín, suprema importancia. No existe quizás otro literato español que haya usado y abusado más de esta palabra.

Azorín tiene el enorme mérito de haber sido el primer escritor español que ha sabido darle un tono original a las narraciones subjetivas—en el estilo de memorias—que tan imitadas han sido luego.

Ha sido también el primero que tuvo el sincero valor de romper con el tradicional pudor y humildad de los escritores (pudor y humildad que estaban muy lejos de sentirlos) para mostrar, en una forma noblemente ingenua, su "yo" lleno de indecisiones y balbuceos como un infante.

Pero si Azorín se ocupa de sí mismo, también se ocupa, como muy pocos, de los demás seres y cosas. ¡Qué afán nobilísimo [illegible] en penetrar en la esencia íntima de los demás seres! ¡Qué ardiente es su anhelo en precisar las leyes y las relaciones de estos seres! Lo que le interesa de los seres y de las cosas no es, nunca, el conjunto sino, siempre, el detalle, pero no el detalle efímero, sin interés, sin vida, sino lo más "vivo", lo más "único", aquello que forma en cada ser el más puro éxtasis del momento.

Todas sus obras — que, bien miradas, no son más que novelas autobiográficas — se basan en la observación del detalle, del pormenor, y es por ello que todas sus obras son palpitantes e interesantísimos engendros de la realidad y no fantasías de la imaginación.

Azorín, en el fondo, no es más que un hombre que busca en la medida de sus fuerzas, adaptarse al medio, colocarse armoniosa y [illegible] ante la visión del mundo, observar y tomar notas como un viajero espiritual. "Las confesiones de un pequeño filósofo" son así como el viaje sentimental por entre las cosas, de un psicólogo que no hubiera visto jamás el mundo. De ahí nace su técnica descriptira que es, en apariencia, de suave sencillez; de ahí ese estilo claro, pero lleno de matices y sinuosidades, rebosante de realismo, enjoyado de precisión, sinceridad y exactitud.

Los personajes de Azorín realizan en todo instante una labor de perfeccionamiento, de noble depuración.

Su "Antonio Azorín" explora las viejas ciudades de Castilla y la antigua literatura de España, buscando la esencia del alma de la raza.

Su deseo íntimo—¡supremo deseo!—es representar con exactitud matemática cuál fué la verdadera psicología española en los siglos de su gloria y esplendor y cuál en los comienzos de la decadencia.

Poco o nada le interesan a Azorín esos "superespañoles", estilo Calderón que declaman, sin tomar aliento, largos párrafos de versos heroicos, sonoros y grandilocuentes, retóricos y falsos—creaciones literarias al fin, sin ninguna consistencia real. Le interesan, en cambio, esos otros españoles que si bien vivieron oscuramente, fueron (por la fuerza del número y la voluntad persistente) en todo momento, los que supieron sostener maravillosamente las columnas de la historia.

Azorín no ama a los héroes de la tragedia griega, a los grandes monarcas; pero ama, en cambio, al burgués amable lleno de sensibilidad y de buen sentido y llega su simpatía hasta el activo y generoso villano, que en las épocas de heroísmo y de gloria, representa la suma de ideas y sentimientos humanos. Todo lo humano le interesa a Azorín: de ahí su placer por el estudio atento y minucioso de las almas oscuras y sencillas cuya sensibilidad no está empañada por el cúmulo de los conceptos. Guiado por este hondo anhelo humano, Azorín enriquece la rica y jugosa literatura española con páginas que recuerdan por la intención y el método, "Les origines de la France contemporaine" de Hipólito Taine.

Espléndidas son sus monografías de tipos españoles del orgulloso siglo áureo y de nuestros tempestuosos días; claros y luminosos son sus estudios sobre el teatro español y la novela clásica: en ellos se rectifica graciosamente las líneas falsas y de relumbrón del carácter nacional para tocarlas en otras llenas de viveza, ondulantes de sinceridad.

¡Qué finos y exactos son sus estudios del medio ambiente y como le basta y le sobra la simple observación, que sabe aprovechar como nadie, en trozos sobrios y claros, sin un solo rasgo de "locura" imaginativa!

Mayorino Ferraría

Madrid, junio de 1925.

Páginas olvidadas

Con el rey de los ríos

Por

Carlos de SOUSSENS

Por vez primera en la vida, me cupo la envidiable gloria deparada a ciertos ilustres cofrades míos: la de "entrevistar" a un personaje célebre recién llegado a Buenos Aires.

De ningún afamado músico se trata. De un príncipe de la sangre tampoco. Bien que haya contemplado muchos pretensiosos vapores y aspirado el caprichoso humo de sus asmáticas chimeneas, mi héroe desdeña las vulgares comodidades de la navegación moderna y, no teniendo dinero ni gozando de pasaje oficial, se ha conformado con arribar a nuestras playas, según la usanza de sus mayores, a bordo de un camalote.

Así se observan las tradiciones en las familias venerables.

En las orillas pomposas de nuestro luminoso Riachuelo fué donde encontré al distinguido huésped.

Estaba filosofando cerca de un sólido poste y lucía en el esbelto y robusto busto una hermosa y maciza cadena al parecer de metal. De vez en cuando abría la boca ostentando soberbia dentadura. Y de la muchedumbre que lo rodeaba, admirativa, a respetuosa distancia, surgían voces algo imprudentes:

—¡Ché! a ver, Juan, que tiene sé! Traile una grappa del almacén.

—No, lo que quiere es comer. ¿A qué no le das un pedazo de tu fainá?

—Yo tengo un loro paraguayo, explicó una mujer con pico de bruja: así hace cuando v'hablar en guaraní.

Aproveché las risas para franquear a codazos, sin despertar el mal humor al apretado círculo de mirones. Ya enfrente del protagonista, lo saludé con toda cortesía.

Parece mentira ¿no? pero él, en lugar de contestar gentilmente, cual lo manda la buena educación, se volvió furioso y hasta intentó agredirme. ¡Qué animal!

—Señor Yacaré,—le observé entonces,—usted ignora que soy periodista y que, en esta virtud, disfruto de privilegios e inmunidades.

—¡Ah! comprendo,—dijo, moviendo alegremente la formidable cola.—Temía que me pidiese firmara postales para su novia... Ya que tan sólo es cuestión de un reportaje, estoy a sus órdenes...

—Pues bien ¿qué opinión tiene formada respecto a nuestra metrópoli?

—Hasta ahora, muy mala... ¡Es un país de salvajes!

—¡No diga, señor! ¿Usted no conoce nuestra parisiense avenida? ¿nuestra casa de gobierno, rival del Louvre? ¿nuestra monumental Catedral, rival de la Magdalena?... Sus ojos, vivos y penetrantes, ¿no se han deslumbrado en los corsos de la calle Florida, ante la gallardía de nuestros adorables petimetres y la gracia espontánea de nuestras opulentas beldades?... ¿No ha participado de ningún five o'clock, muy high-lite, en dulce, grata y chistosa compañía?... ¿No le han seducido los inefables ruiseñores y sirenas de nuestro parlamento?

—Ta, ta, ta, ta... Esas son pamplinas. ¡Lo que yo sé, es que tan pronto enderecé hacia la tierra firme, esta tierra de promisión, unos insolentes me echaron un lazo, moliéndome después a palos porque buscaba defender mi bien sagrado, ¡la libertad!..., Y todo esto a vista y paciencia de la po[illegible]a que se moría de risa... ¡Bárbaros!...

—Había que ver su tamaña boca al [illegible]orar sus grotescas carcajadas.

—¿Sin duda, lo habían confundido con algún abominable manifestante?

—Así debe ser, porque, después de bien sujeto, recordaron a tiempo las verdaderas reglas de la clásica urbanidad.

—¡Ya vé!...

—Cierto que al principio estaba algo sulfurado, y no sin razón. Malas consejeras, sin embargo, son las pasiones humanas, y, recuperada ahora la calma, reconozco por exageradas mis pesimistas impresiones del primer momento, hijas de una equivocada paliza.

—¡Qué alma sin rencor!

—¡Sí, todo lo perdono cristianamente! Tanto más cuanto que me han ofrecido una espléndida indemnización. Figúrese que vino un señor de aspecto muy bondadoso e inteligente. Me examinó un rato a través de sus lentes de oro y habiendo comprobado la pureza de mi geheología, prometió alojarme sin tardanza en un soberbio palacio de Palermo.

—¡Eso se llama rendir justicia al mérito.

—¡Todo un palacio para mí, un palacio rodeado por inmenso y pintoresco jardín, remembranza de mis selvas tropicales! Allí viviré de rentas, únicamente ocupado en elaborar sabios y artísticos *menús*. ¡Ay! tan sólo peso ahora ciento cincuenta kilos. Necesito reponerme de las penurias del viaje.

—¿Cuáles son sus alimentos preferidos?

—Forzosamente, como buen paisano, he tenido siempre gustos asaz sencillos. Salvo uno que otro indio para variar la comida de los domingos y fiestas patrias, solía contentarme con una rústica porción de mal condimentado surubí o cualquier otro pescado. Algunas veces también, cuando asnos groseros o mulas atolondradas, so pretexto de beber, venían a perturbar mi reposo en medio de los juncales do escondía mi humilde lecho, me veía en el caso de darles a esas bestias una buena lección de tacto, arrancándoles de un mordisco todo el hocico. Es un plato bastante recomendable.

—Ya lo creo.

—Póngase en mi lugar...

—Imitaría su digno ejemplo.

—Desde que estoy en esta gran capital, empero, comprendo los beneficios de la civilización. Me preocupa mucho la idea de educar mis instintos y refinar mis sentimientos. Ayer, por ejemplo, a la hora de la siesta, meditaba profundamente en los medios de aristocratizar mi burdo paladar de ser primitivo. Se lo confiaré en versos nicaragüenses:

"Entonces tuve un sueño que en-
[terraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y cenas,
como tigre goloso entre golosos,
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos."

—¡Válgame Dios!—exclamé—¡Qué programa de banquete, señor Yacaré.

—Le gusta ¿no? ¡Pierda cuidado! Un día de estos, cuando esté instalado en mi regia morada, lo convidaré sin falta a un festín de esos. Un hombre como usted es un elemento imprescindible para mi mesa.

—Gracias mil, señor, un pobre cronista no puede contraer compromisos a la fija. Estoy tan ocupado y los directores son tan caprichosos. Pero usted que tanto ama a los poetas, ya que de memoria sabe a Darío, ¿por qué no lo invita a Gabriel Carrasco, nuestro nuevo arcángel en el firmamento del Arte?

—Tiene luciérnagas en los ojos y me haría llorar.

—Entiendo... Y se anegaría el caldo. Pero escuche, ¡oh, noble extranjero!...

—¿Qué dice?... Usted me quiere perjudicar. Si me aplican la ley de residencia, ¡adiós mi castillo de Palermo!... Tenga la deferencia de rectificar este falso concepto en su papelucho, o sino...

—Perdone, señor. Se me ha torcido la lengua, ¡ilustre forastero!

—¡Viajero!... ¡viajero sencillamente! Escriba usted viajero no más. Es una palabra muy suave y llena de sugestiones romancescas.

—¡Cuán maravillosas dotes literarias posee usted!

—He visitado las ruinas de Misiones y limpiado mis mandíbulas, en mi tierna infancia, con manuscritos jesuíticos.

—¡Dichosos sus padres!

—Por otra parte, no es extraño su error. Por culpa del acento, usted me suponía oriundo de los alrededores de la encantadora Asunción. Es un país muy revolucionario. Soy correntino y basta.

—Entonces adivino los disimulados motivos de su voluntario, cruel y peligroso alejamiento del suelo natal.

—Los profesores de la Escuela Normal habían incurrido en la fácil broma de tildarme de cocodrilo y cocodriluo. Yo, el señor Yacaré, no podía tolerar semejante insulto... y me fuí.

—Estas son escapatorias diplomáticas. Hay otros resortes. Confiese la partida. Usted pretende un juzgado de paz.

—¡Esto sí que sería ir de Guatemala en Guatepeor! ¡Pobre de mí! No habría en Buenos Aires bastantes adoquines para lapidarme. Y sobre mi tumba, como oración fúnebre, todos los diarios pronunciarían el funesto vocablo de caimán, que tantos malos ratos nos hace pasar en los museos a los de mi raza.

—Pero en fin...

—El afable doctor de Palermo que me visitó, dijo que allí prestaría importantes servicios a los chiquilines y a la ciencia.

—Usted lo ignoraba antes de emprender su aventura. Así es que el argumento no vale.

—¡Encuentre otro mejor!...

—¿Acaso pretende usted, señor Yacaré, que he venido de tan lejos para oír "La Bohême" y saborear en carne y hueso a Puccini?

—Desgraciadamente no, joven. ¡Me agrada mucho la ópera, pero los Rodolfo son tan mal reputados y su ejemplo es tan contagioso!... Temería comprometer mi renombre de virtud y austeridad.

—¿Cómo diablos, entonces, explica su presencia aquí?... a centenares de leguas de sus claras aguas do reflejan el balanceo de sus ramas floridas las selvas seculares. Seguramente estarán en la miseria su mujer y sus hijos abandonados. ¡Oh padre sin entrañas!

—¡No se aflija! En casa tienen manjares a profusión. Pero ya que me demuestra un interés tan palpitante, le revelaré el misterio, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de guardar un silencio de ultratumba.

—Se lo juro por el sol que nos alumbra sin manchas.

—Bueno. Pero tengo que hablarle en voz baja, amigo mío. Aproxime su oído a mis labios.

—Es inútil, señor Yacaré. No estoy sordo. Lo entiendo todo a razonable distancia. Hasta lo podrían atestiguar mudos y tartamudos.

—¡Qué desconfiado es usted!... ¡Por unos colmillos que enseño al reír, se asusta y tiembla!... Tan acostumbrados están los hombres a la felonía y a la traición que hasta dudan de un inocente lagarto, sino vegetariano, por lo menos acuático. Me mostraré más noble que todos ellos proclamando en voz alta mi secreto. He venido aquí ¿sabe a qué?

—Todavía no, señor.

—¡A completar el millón de habitantes!...

Ocaso

I

Como un interrogante o una esfinge,
la mirada perdida
en el misterio de la gran llanura
altanero y sombrío
está el gaucho clavado
sobre el potro bravío.
La bárbara figura
se destaca atrevida
sirviéndole de marco majestuoso
el azul esplendente de la altura
y el verde de la pampa victorioso.
—¿Dónde está mi camino?
parece preguntar con la mirada.
¿Dónde la huella, dónde el derrotero?
¿Es un héroe o un loco
este altivo guerrero
de la noche de América triunfante
parado frente a frente del destino
como una esfinge o un interrogante?
—El pueblo que ha contado con mi brazo
me arroja de su seno como escoria.
—¡Resaca de la mar, barro de río!—
después que con mi brazo hice su historia?
Y la férrea figura
curtida de los soles el semblante
y el alma de amargura,
con gesto de amenaza
deja de ser esfinge
para ser la Sibila de su raza.

II

Odio y resignación llevo escondidos
en los hondos repliegues de mi alma;
y hay rencor en mi acento
porque sufro el desprecio del hermano.
¡El mismo a quien mi aliento
en la ruda contienda
ayudó a libertar de su tirano!
En cruz los brazos, la mirada al viento,
con la actitud del fuerte
que nada busca ya, que nada espera
porque todo lo tuvo y lo dió todo
marcho solo y triunfante
llevando por bandera
mi dolor arrogante.
¡Mi dolor que es mi fuerza y es mi escudo,
mi dolor que es mi cumbre y es mi gloria!
¡Dolor que está en mi frente
grabado por el sol de la victoria!
¡Cúbranse de vergüenza
todos los que han querido
colocar bajo el taco de sus botas
como a un Puma dormido
el orgullo del gaucho americano!
¡Libre soy, libre he sido
libre debo morir!...
En el desierto
se hizo débil la voz como un gemido.
¡Cerró el gaucho los ojos
y en su propio caballo quedó muerto!

Alberto Ghiraldo

El derecho de matar

Por el doctor COLAPINTO

El tema no se presta a consideraciones regocijantes, pero es de actualidad. El médico que asistió al famoso escritor France, refería al corresponsal de "La Nación" que el gran ironista lo recibía malhumorado, y le pedía con insistencia que acabase de una vez con él, en vista de la inutilidad de sus remedios. Hace poco, las crónicas parisienses relataban el caso de una mujer que, enloquecida por la dolorosa agonía de su marido, enfermo de cáncer incurable, ante sus súplicas, como suprema prueba de su amor, le descerrajó un tiro. El juez decretó su libertad provisoria, y el jurado la absolvió.

Días pasados hubo otro proceso. Una joven mató la hermana tuberculosa, a pedido de ésta. Pero, esta vez, el jurado condenó a la joven a dos años de cárcel, a fin de evitar que el ejemplo cundiera.

La tesis que sostienen algunos, de que en casos de enfermedades incurables, deben los médicos acceder a los ruegos del que sufre torturas espantosas y apresurar su fin, no es nueva. El gran poeta belga Maeterlink dice textualmente: "Los médicos consideran que el primero de sus deberes es prolongar todo lo posible las más atroces convulsiones de la agonía más desesperada. Un día este prejuicio nos parecerá bárbaro, y la ciencia no titubeará en abreviar nuestros sufrimientos."

Hay una palabra creada a propósito para indicar esta teoría: *Eutanasia*, que quiere decir muerte sin sufrimiento.

No se puede negar que todos los días los médicos presencien escenas horribles.

Un enfermo de cáncer del esófago que no puede tragar ni agua, y muere de inanición después de varios meses de tortura; un cardio-renal que se asfixia; un hidrópico, un paralítico por aplopejía cerebral, sufren enormemente y saben que no tienen cura. Claman para que termine de una vez esa insoportable agonía, y nada más penoso para el médico que asistir, cruzado de brazos, a estas escenas dantescas.

Pero... ¡hay un "pero", grande como una catedral! ¿Existe la completa seguridad de no haberse equivocado en el diagnóstico? Este es el obstáculo formidable con que se tropieza y, debido a este obstáculo, lo que en teoría puede aceptarse, en la práctica debe repudiarse.

—Tengo presente siempre en mi memoria un caso extraordinario, en el cual me tocó intervenir. Envié a Buenos Aires un hombre con un tumor en el vientre. Un cirujano notable lo operа; es decir, abrió, vió, tocó el tumor, y, diagnosticando cáncer inoperable, no lo extirpó. Como caso perdido vuelve el enfermo a Tres Arroyos.

Tenía hidropesía, y las instrucciones que traía eran de sacarle el líquido, cuando fuera necesario. Empezó mi tarea desagradable; cada quince días, más o menos, le extraía del vientre unos 15 litros de líquido. Pasaban las semanas y el enfermo... no se moría.

Lo más curioso del caso era que en los pocos días de relativo bienestar que seguía a la extracción del líquido, el enfermo, dominado por un hambre feroz, comía enormes cantidades de tomates, ajíes, cebollas y otros alimentos por el estilo.

Yo, filosóficamente, pensaba que hacía bien; a un condenado a muerte no se le rehusa nada, y, como era caso perdido, cuanto más pronto muriese menos sufriría.

Un día no pude ir a extraerle el líquido, y no supo más nada de él por un par de meses. Estaba algo intrigado, no sabiendo cuál colega me había substituído en mi humanitaria misión.

Volvieron, empero, a llamarme, y me comunican los parientes, con la mayor tranquilidad, que no pudiendo más aguantar los dolores, el enfermo mismo, con un cortaplumas, se abría el vientre y daba salida a varios litros de líquido, y esto, como lo aliviaba muchísimo, lo repetía cada 5 días. Casi me caí de espaldas, como dicen los criollos. En fin, pensé que no se trataría de cáncer, por su evolución, y, con otro tratamiento, el enfermo empezó lentamente a mejorar, y ahora, después de 4 años, trabaja en el campo y pesa 25 kilos más.

Creo, pues, que la esperanza es lo último que debe perderse, y que, ante fenómenos dolorosos insufribles, el médico debe aliviarlos, así como debe abstenerse de dar oxígeno, inyecciones y aplicar otros recursos, en casos perdidos, nada más que con el fin de prolongar por pocas horas una vida que puede decirse ya extinguida.

Esto es lo que impone la lógica, la conciencia y el interés del enfermo.

Ahora si se trata de enfermedades contagiosas, que pueden fácilmente diagnosticarse con seguridad, gracias al microscopio y otras investigaciones de laboratorio, ya es otra cosa.

Se recluyen los locos peligrosos en los manicomios, se encierran los criminales en las cárceles, para defender la sociedad. Esta tiene derecho también a defenderse de los contagios, pero aislando los sujetos peligrosos y no condenándolos a la pena de muerte, que en casi todas las naciones está abolida.

DEBILIDADES



—¿Dices que vienes dos veces todos los días a la Exposición Canina?
—Ahí me tienes por la mañana y por la tarde. He notado que mi perrita mira con ojos tiernos a un lulú que hay expuesto, y no quiero privarla de este amor cándido e inocente. ¿Qué quieres? ¡Ella es todo mi cariño en el mundo!

En el mundo del sueño

La tercera parte de nuestra vida se va en dormir. Un hombre de noventa años no ha vivido, realmente, más de treinta. De los sesenta que ha dormido, veinte al menos, según Demetrio Boronsof, puede decirse que ha soñado; esto es, que ha vivido la vida irreal, fantástica, misteriosa, alegórica, de los sueños. ¿No merece esta vida irreal, pero tan humana como la real, el interés, las atenciones, las preocupaciones del vivir diurno? El hombre, cuando sueña, vive. Toda la tragedia de Segismundo se encierra, no en su vuelta a la caverna, vestido de pieles, exonerado y humillado, sino en poner el sueño sobre la vida, como el jinete sobre el caballo, exclamando, triste:

Dices bien, aviso fué.
Y, caso que fuese cierto,
pues que la vida es tan corta,
¡soñemos, alma, soñemos!

La melancólica exclamación de Hamlet: "Morir, ¿será dormir?", más que una duda filosófica una infinita ansia de reposar. El feliz tropo de Argensola, llamando al sueño con terrible expresión salmista, "imagen espantosa de la muerte", toma la parte por el todo. El sueño está tan lejos de la muerte como lo está la vida. Los dos motores esenciales—cerebro y corazón—funcionan, sin descanso, durante el sueño, como durante la vigilia. ¿Qué diferencia hay, pues, entre el uno y la otra? Sólo una interrupción órgano-epiléptica, un paréntesis de reposo corporal.

Sin embargo, el mundo del sueño es substancialmente distinto del mundo real. El cosmos terrorífico de Dante, de Durero, de Sigael, de Holbein. El mirífico de Teresa, de Juan de la Cruz, de Nieremberg. El maravilloso de los encantadores, hadas y brujas, desde el jardín del Ariosto a la cabaña de Caperucita, tienen un mismo Génesis: el ensueño. Si el hombre no soñara, la Humanidad sería un conglomerado de apetitos. Todas sus obras inmortales—los poemas como los inventos, las sonatas de Beethoven como los sueros de Pasteur—están en el ensueño. Tienen la prosapia, el blasón de ese mundo, "sin climas ni fronteras", donde, como en la estampa de Holbein, sólo hay una habitación: la Noche.

CRISTÓBAL DE CASTRO.

MANERAS RARAS DE PESCAR

Con lanza, con arco, a palos y con la mano

Aquel baturro del cuento que en el Ebro mataba truchas a palos y defendía su sistema diciendo: "caen pocas, pero la que cae, muere del trancazo", ignoraba probablemente que tan sencillo procedimiento no era del todo original. Desde épocas remotísimas los indígenas del Canadá matan los salmones de la misma manera, si bien con la diferencia de ayudarse de una red de mano para sujetar a los peces. Apostados junto a los rápidos del San Lorenzo o de cualquier otro río del país, abundantes todos en salmones, se apoderan de éstos con una red pequeña de mango muy largo, y tan pronto como han cogido uno, antes de qué pueda saltar fuera de su prisión de mallas, le quitan la vida de un solo estacazo en la cabeza.

También se emplea en algunas partes la estaca para golpear, durante el invierno, el hielo que cubre los ríos, con lo cual los peces que hay debajo quedan como atontados y medio muertos, y luego es fácil cogerlos sin más que romper la helada costra que los cubre. No es este, sin embargo, el sistema más pintoresco de pescar a través del hielo, ni tampoco el más frecuente. En Escandinavia, en Alaska y entre los chukchis del norte de Siberia, se emplea otro que consiste en practicar un orificio en el hielo y echar por él un sedal con su correspondiente anzuelo. Los peces, hartos de verse aprisionados, tan pronto como perciben el agujero acuden a él para disfrutar del aire libre, y el pescador puede en pocos momentos hacerse dueño de una docena o dos.

De un modo análogo pescan los norteamericanos una especie de esturión que se cría en el lago Pepín. Durante el invierno, la superficie del lago queda convertida en una inmensa llanura de hielo, donde los pescadores instalan un gran número de cabañas pequeñas, pero muy confortables. En el suelo de cada cabaña hay un agujero rectangular que con una abertura practicada en el hielo, y junto a él se pone en acecho el pescador cómodamente sentado y provisto de un arpón de seis puntas, verdadero tenedor de metro y medio de longitud. Pez que se acerca al agujero, muere atravesado por la terrible arma, y así se hace una pesca abundante y fácil a cubierto de las inclemencias del tiempo.

La pesca de peces pequeños por medio del arpón, que para un pescador europeo sería cosa difícil, se practica por muchos pueblos salvajes, entre otros los isleños de Andamán, que tienen fama de no errar jamás el golpe. En algunas partes—en Fidjí, por ejemplo,—en vez de un arpón se usa una azagaya o una lanza cualquiera, y no hay que decir si se necesita habilidad para atravesar de una lanzada un pececillo, a veces no mayor que una sardina, que nada velozmente entre dos aguas. Pero aún tiene más mérito la pesca con flecha, tal como la practican los ya citados indígenas de Andamán y otros muchos pueblos de costumbres no menos primitivas. El pescador se coloca sobre una roca, provisto de su arco, y cuando ve en el agua un pez apetitoso le dispara cortero flechazo. La saeta, haciendo de flotador, impide que el pez se sumerja del todo, y el diestro arquero, si no puede alcanzarlo desde la orilla, no tiene más que echarse a nado y apoderarse de él.

A nado pescan también los indios záparos del Ecuador; pero estos cogen los peces con la mano, y a medida que se apoderan de ellos los van ensartando en una cañita que sostienen entre los dientes. El aspecto que uno de estos indios ofrece al salir del agua, completamente desnudo y con ocho o diez peces colgando a cada lado de la boca, es de lo más típico y original que darse puede.

Curiosísima es también, no por el procedimiento, sino por el animal pescado, la pesca del tarpón, a que son muy aficionados los "sportsmen" yanquis. El tarpón es un pez que se cría en aguas de la Florida, pero un pez enorme de cerca de dos metros de longitud y que, sin embargo, se pesca con caña, poniendo en el anzuelo como cebo un pedazo de salmonete. Si al tamaño del pez se añade su costumbre de dar unos saltos tremendos por encima del agua, y hasta por encima de los pescadores, se comprenderá que semejante deporte no debe estar exento de emociones no siempre gratas.

En los pueblos que pasan la vida sobre el agua o poco menos, como sucede con los tagalos de algunas partes de Filipinas, es donde se encuentran artes de pesca más notables. Los tagalos saben colocar en los ríos verdaderos laberintos de redes con estrechos y complicados callejones, de los que es imposible que escape ningún pez. Además tienen el "salambau", gran almadía de bambú con elevadas pértigas, de donde pende todo un sistema de redes grandes y chicas.

No sería completa esta breve ojeada sobre las pescas raras, si no mencionásemos la famosa pesca con cormorán, en uso entre los hijos del Celeste Imperio. En los grandes ríos de aquel país es frecuente ver un pescador en diminuta barquilla, sobre la que se posan seis, diez, veinte o más cuervos marinos.

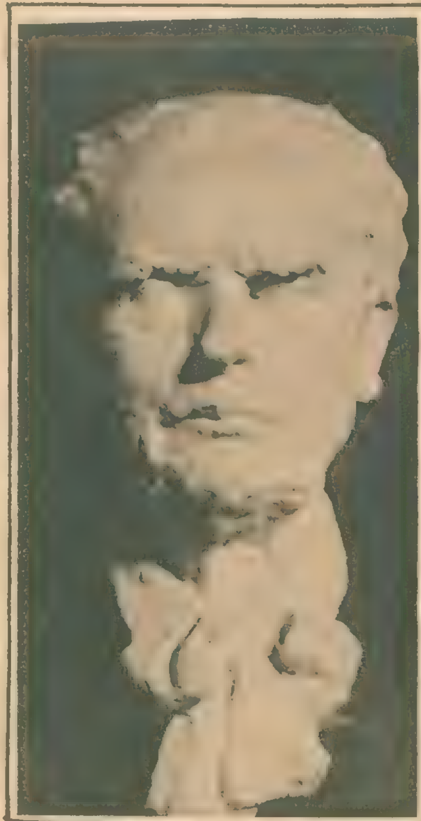
Con un largo bambú, el chino va tocando a las aves, que a esta señal se zambullen una tras otra en el agua, reapareciendo a poco con sendos peces en el pico. Para impedir que se traguen la pesca, su amo les pone al cuello un estrecho anillo de cobre, y cuando cree haber reunido el número de peces suficiente para los fines de su industria, quita a sus alados servidores este collar y les permite que pesquen por su cuenta, como premio a su trabajo.

El cormorán que se ha mostrado perezoso o desobediente, no goza de esta recompensa. Como a los chicos de la escuela, se le castiga dejándole sin comer.

Primer salón de artistas platenses



''Coriendo en la máquina'', óleo por Faustino Brughetti.



''Cabeza'', por Arturo I. González.





''Otoño en el puesto'', óleo de Gerardo Olmos Cárdenas.



''Bodegón'', óleo por Adolfo Travascio.



''Retrato'', por Cleto Ciocchini.

Documentos referentes a la independencia nacional. — 9 de julio de 1916

Acta. En la benemérita y muy digna Ciudad de San Miguel del Tucuman á nueve dias del mes de Julio de mil ochocientos diez y seis: Terminada la Sesion ordinaria el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande y augusto objeto de la Independencia de los Pueblos qué lo forman: Era universal, constante y decidido el clamor del Territorio entero por su emancipacion solemne del poder despótico de los Reyes de España: los Representantes, sin embargo, consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones, é interes qué demanda la sancion de la suerte suya, Pueblos representados y posteridad: A su termino fueron preguntados: ¿ Si querian qué las Provincias de la Union fuesen una Nacion libre é independiente de los Reyes de España y su Metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia, y uno á uno reiteraron ~~reiteraron~~ succesivamente su unánime y espontaneo decidido voto por la Independencia del Pais, fixando en su virtud la determinacion siguiente.

Declaracion. Nos los Representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en Congreso general, invocando al Eterno qué preside al Universo, en el nombre y por la Autoridad de los Pueblos qué representamos, protestando al Cielo, á las Naciones y hombres todos del Globo, la justicia qué regla nuestros votos: Declaramos solemnemente á la faz de la Tierra qué, es voluntad unánime é indubitable de éstas Provincias romper los violentos vínculos qué las ligaban á los Reyes de España, recuperar los derechos de qué fueron despojadas, é investirse del alto caracter de una Nacion libre é independiente del Rey Fernando Séptimo, sus Succesores y Metrópoli: Quedan en consequencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas qué exija la justicia, é impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas

Copia del acta de la independencia, reproducida de uno de los cuadernos que viene publicando el Archivo General de la Nación.

El final del acta, refrendada por el secretario Serrano.

BIBLIOGRAFIA



El poeta Ismael Moya, autor del libro "Orígenes del teatro y de la novela argentinos".



Señor Leonardo F. Napolitano, autor de "Evoluciones de la democracia", obra recientemente aparecida.

EL NUEVO DEFENSOR DE MENORES



Señor Pedro Colombo, nuevo defensor de menores de la capital federal. — Caricatura por Blay.

EL FOOTBALL EN EL INTERIOR



SAN LUIS. — Público que tributó una demostración de simpatía a los representantes del football de San Juan, a su llegada a San Luis.

Fot. La Vía.

El histólogo español don Pío del Río Hortega

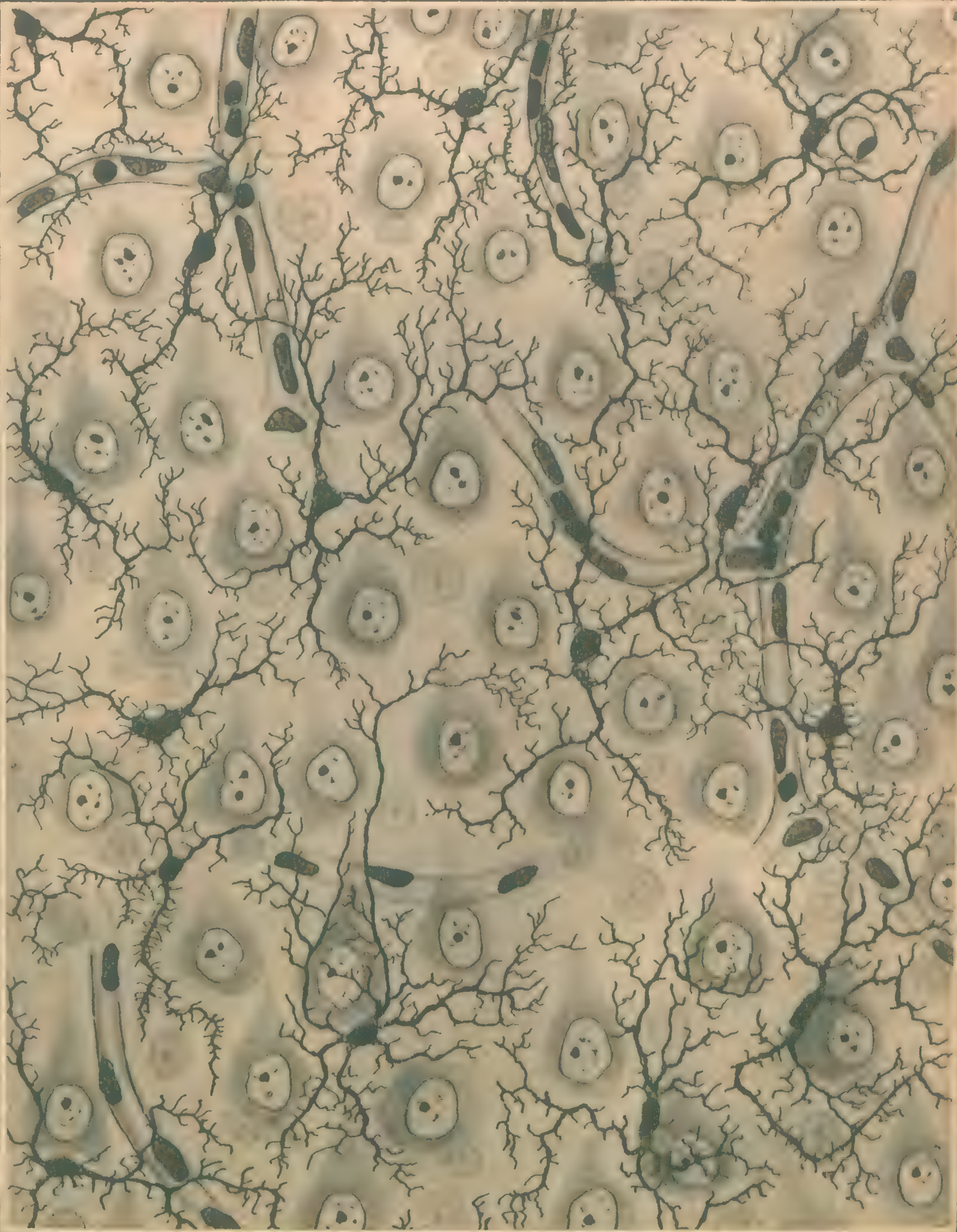
La Asociación Cultural Española, cumpliendo su programa de darnos a conocer cuanto existe de destacado a la hora presente en la ciencia española, nos ha presentado este año al histólogo don Pío del Río Hortega, discípulo predilecto del gran Cajal.

En las varias conferencias que lleva dadas en nuestra Facultad de Medicina, sobre temas de su especialidad, ha conseguido interesar a su auditorio e imponerse a la consideración de nuestros estudiosos. Sobre todo sus investigaciones sobre la nueva célula, a la que él ha dado el nombre de "microglía" han sorprendido habiendo sido felicitado por los hombres de ciencia argentinos.

A diario concurre al laboratorio de Histología Normal del profesor Lacoste, donde realiza interesantes experimentos sobre sistema nervioso, empleando sus diversas técnicas de coloración.

Sus trabajos han demostrado que no estamos ante un histólogo más, sino ante un verdadero hombre de ciencia cuyo nombre ha de universalizarse bien pronto, por ser el doctor de del Río Hortega no sólo continuador de Cajal, sino un maestro eminente en histología.

Su estada será fecunda para cuantos se dedican a la histología, pues como se trata de un laborioso ha de encontrar entre nosotros discípulos entusiastas.



Microglía de la corteza cerebral humana, cuyo descubrimiento y estudio de su función patológica se debe al doctor Pío del Río Hortega.



El distinguido histólogo realizando sus experimentos.



El doctor del Río Hortega, el profesor Julio Lacoste, los doctores Elizalde, Varela, Trefogli, Croco, Ramírez y otros, en el Laboratorio de Histología Normal de nuestra Facultad de Ciencias Médicas.

VIDA TEATRAL





Cuadros de la aplaudida obra "Chevalier Revista", que se representa en el teatro Porteño. — Chevalier e Ivonne Vallée, principales figuras de la obra.

Ida Delena, en una de las más vistosas interpretaciones femeninas.



Perla Grecio, luciendo el "traje camafeo".



El interesante cuadro final de "Chevalier Revista".



Las clases nocturnas de la Academia Nacional de Bellas Artes. — Curso preparatorio



Carbón del alumno Lino Spilimbergo.



Clase de ornato, en la que los alumnos se inician en el arte decorativo.



"La madrecita", apunte de la señorita Matilde Valle.



Cabeza ejecutada en lápiz litográfico por el alumno Antonio Gargiullo.



Carbón, ejecutado por el alumno Benedicto Massino



Alumnos de la clase de arte decorativo a cargo del profesor Pio Collivadino.



"Escena de hogar", apunte por Rafael Muñiz.





Alumnos de curso de natural ejecutando sus trabajos ante un buen modelo.



"Un ama de casa", apunte por la señorita Antonia Ottonello.



Carbón de Aquiles Sacchi.



"Una mamá", apunte de la señorita Eulalia Iribarne.

Es sabido que de algún tiempo a esta parte el entusiasmo por todo lo que atañe al arte es una verdad en Buenos Aires, pero todo ello, no ha surgido por generación espontánea, sino que ha sido la labor lenta y metódica realizada por la Academia Nacional de Buenos Aires. Allí cientos de obreros, noche a noche, realizan su aprendizaje bajo la dirección de profesores inteligentes que saben desarrollar las facultades de sus alumnos.

Además los métodos implantados por sus principales autoridades, los conocidos artistas, señores Collivadino y Ripamonti, han empezado a dar sus frutos, y prueba de ello es la cantidad de artistas que todos los años dan a conocer sus trabajos en exposiciones, siendo muchos los que figuran en el Salón Nacional.

Esto dice más que nada de la labor eficiente que se realiza en nuestra academia, y del entusiasmo de sus alumnos, todos ellos jóvenes deseosos de destacarse.

El señor Pío Collivadino en el deseo de orientar a la juventud que se dedica al arte pictórico, estimula por todos los medios el entusiasmo por la decoración, el aguafuerte y la escenografía, habiendo logrado a la hora presente excelentes resultados.

Por los trabajos que publicamos de los alumnos, nuestros lectores podrán darse cuenta de la cultura artística, siendo de notar que no se trata más que de alumnos del curso preparatorio.



Alumnos de curso elemental que inician sus primeros pasos en la senda del arte.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Laura La Plante y Eugenio O'Brien, en una escena de ''Inocencia peligrosa'', cinedrama Jewel que la Universal dará a conocer el 9 del corriente.



Louise Fazenda y Sidney Chaplin, en una escena de ''Una foca, dos pantorrillas y un pleito'', cinecomedia que la Corporación distribuye desde el sábado último.



John Charles Thomas, uno de los principales interpretes de ''El cardenal Richelieu'', la notable super producción que se dispone a estrenar la Corporación en el presente mes.



Escena de ''El corazón bandido'', cinedrama que tiene por estrella a Viola Dana, a la cual secundan Milton Sills, Wallace Mac Donald y Gertrude Claire, que la General estrenó el domingo pasado.

FRAY MOCHO organiza un concurso para un tango que deberá titularse **JUGUETE DEL PLACER**, destinado a acompañar la producción extraordinaria que la Paramount Films hará estrenar el 28 de julio, basada en el cuento publicado en el número del 30 de junio de esta revista.

PREMIO: una medalla de oro de valor de $ 300

El tango premiado se tocará en todos los biógrafos de la capital en los cuales se pase la producción mencionada, que en total son 73, correspondiéndole al autor los derechos de estilo.

Oportunamente indicaremos la fecha en que la cinta se pasará en privado, para beneficio de los que quieran optar al concurso, debiendo los interesados presentarse en Cerrito, 665, con una tarjeta que la dirección de **FRAY MOCHO** les entregará, una vez que comprueben su condición de compositores.



Anita Stewart, como protagonista de ''¡Amame, porque te adoro!'', cinedrama que en breve estrenará la New York Film.



Edmundo Lowe y Bárbara Bedford, en una escena de ''Una vez en la vida'', cinedrama que la Fox estrenará el jueves próximo.



Ernesto Torrence y Anna Q. Wilson, que con Louise Lagrange, Lawrence D'Orsay Maurice Cannon y otros, interpretan la producción ''El payaso'', a estrenarse mañana miércoles.

Motivos riojanos. - CHILECITO



El mentado cerro Famatina.



Trajes característicos usados por la gente sencilla en las procesiones de Chilecito.



La casilla de los obreros de la mina ''La Mejicana'', en el cerro Famatina.



La procesión de Santa Rosa, con acordeón y guitarra.



Cable-carril de Chilecito a ''La Mejicana''. — Vista tomada desde una torre metálica.



Bajando al pueblo.



Calle Dávila, en Chilecito. — Al fondo el cerro Famatina, con sus picachos nevados.



Carnaval en Chilecito.



Salida de una procesión de la pequeña iglesia.

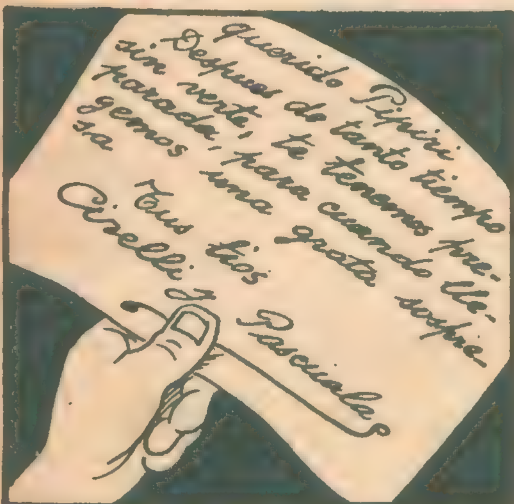
Fot. de Eduardo Gutiérrez.





PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí, *por Blay*













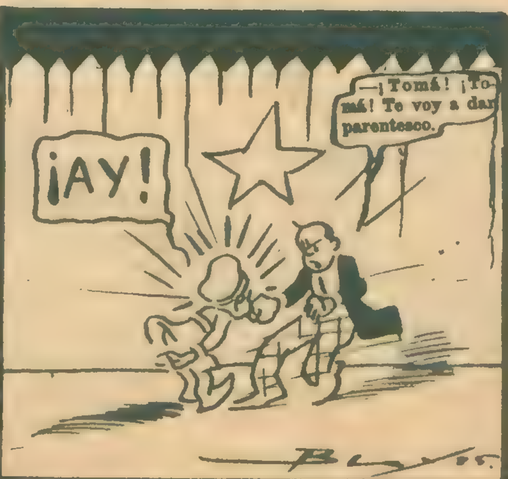














Partido de football organizado a beneficio del teniente Candelaria



El team combinado de la Provincia de Buenos Aires, que se desempeñó brillantemente, aunque no hubo en el match vencedores ni vencidos.



Equipo combinado de la Capital, que sostuvo el encuentro con combinado de la Provincia de Buenos Aires, cuyo partido fué empatado por 1 a 1 goals.



Vista parcial de las tribunas populares, completamente repletas por un numeroso público.



El popular Marcos Croce, deteniendo, en buena forma, un potente tiro de Loizo.



Otra incidencia del partido.



ALREDEDOR DEL MUNDO

1. Thomas A. Edison, fotografiado durante el descubrimiento de la placa colocada en Menlo Park (Nueva Jersey). en rememoración de los inventos de la luz eléctrica, el fonógrafo y el cinematógrafo. — 2. Coleccionando armas. Edith y Myra Ford, sobrinas de Henry Ford, examinando parte de la colección de fusiles antiguos, pero históricos, que el famoso fabricante de automóviles tiene en Dearborn, Michigan, en la residencia de su hermano William. — 3. Miss Natalie Hammond, hija de los esposos John Hayd Hammond, y una de las figuras más populares de la juventud aristocrática de Nueva York, vestida a usanza oriental y pintada de negro, para tomar parte en los cuadros de las Noches Arabes, realizadas en Wáshington, con fines benéficos. — 4. Miss Ursula Burns, de Nueva York, con el ''Bastón más grande del Japón'', que le fué ofrecido, como recuerdo, por sus compañeros de viaje a bordo del ''Empress of France'', durante el crucero realizado por aquellos mares. — 5. Ultima fotografía del general Mangin, héroe de Verdún, acompañado del Maharajá de Kapurthala, durante la segunda exhibición dada por spahis del ejército del Rhin, en el concurso hípico del Champ de Mars, en París. Pocas horas después de tomada la fotografía, el general Mangín sufría un ataque de apendicitis y moría en su residencia de París. — 6. La ''pipa de la paz'' de los veteranos guerreros. Grupo de ex combatientes de las guerras del Imperio Británico, en una fiesta realizada en su honor, en Londres. — 7. El teniente Newton Longfellow, del cuerpo de aviación de Estados Unidos, pasa, después de terminada la ceremonia de su enlace, bajo un arco formado por las espadas de sus compañeros de armas. — 8. William Hart, héroe de la pantalla, entregando un cheque a George D. Allison, por el primer león de las montañas, muerto esta estación, cerca de Los Angeles. Hart ha prometido indemnizar a todos los que le presenten ''gatos grandes'' muertos por ellos.



Sociales



CAPITAL FEDERAL. — Señorita María Pascual Acevedo, que contrajo enlace con el señor Enrique J. Murature.



Señorita María Mercedes Blanco, que mañana se desposará con el ingeniero Ernesto S. Schüren.



Señorita Celia Risso, que acaba de contraer matrimonio con el señor Alberto Hamonft.



Señoritas Mercedes y María Luisa Heredia.



Señorita Edelsina Rebello, cuyo enlace con el señor Aníbal Berzi se efectuará hoy.



MENDOZA. — Enlace de la señorita Ester Benarrosh con el conocido poeta y secretario del ministerio de Hacienda, señor Alberto A. Roveda. Los novios después de la ceremonia nupcial.



ADROGUÉ. — Señorita de López Carmona, recientemente desposada con el señor Etchart.



CAPITAL FEDERAL. — La señorita María Antonia Saldías y el señor C. Federico Damon, después de la bendición de su enlace, realizada en la casa de la novia.



LOMAS DE ZAMORA. — Enlace Migu[illegible] Totino. Los contrayentes después d[illegible] acto matrimonial.

FRAY MOCHO EN ESPAÑA



La visita de los reyes a Barcelona.—La llegada del rey Alfonso XIII y de la reina Victoria Eugenia, al apeadero de Barcelona, donde son aclamados por el público que los esperaba.



La reina Victoria Eugenia y las infantas (×) acompañadas de algunas damas de la aristocracia en el hipódromo de Barcelona.



Los reyes y las infantas retirándose con dirección al palacio real.



El rey, la reina y las dos infantas, presenciando el desfile de los mozos de Escuadra.



Durante el acto de la bendición de la bandera de los mozos de Escuadra.

Fota, del coronel don Luis. B. Loredo.

Transcribimos de "El Guadalete", de Jerez de la Frontera:

"En ocasiones diversas nos hemos ocupado de este bravo oficial de nuestro glorioso ejército, verdadero enamorado de su carrera, que en los campos africanos, por voluntad propia, ha permanecido largos años alistado en el tercio, dando en todo momento el pecho al enemigo, derramando su sangre por la patria, cayendo por último prisionero en los combates librados en la zona de Tetuán a mediados del año anterior.

Es Lópes de Roda un jerezano más de los varios oficiales cuyos nombres están en la memoria de todos, que han sabido honrar a su patria chica, la misma del ilustre soldado que hoy rige los destinos de la nación.

Hasta nosotros llega un ejemplar de la orden del tercio, que en lugar preferente inserta la siguiente disposición:

"El Excmo. señor general en jefe de este ejército en uso de las atribuciones que le confiare el artículo 3.º del Reglamento provisional de la medalla militar y el 16 de recompensas en tiempos de guerra aprobado por R. D. de 10 de marzo de 1920 (C. L. núm. 4), ha tenido a bien conceder tan preciada condecoración al capitán del tercio D. Francisco López de Roda y Zuleta, como premio a su valor y distinguido comportamiento en la acción librada el 17 de agosto de 1923, en las peñas de Caiat, en que, al frente de su compañía y en vigoroso ataque a la bayoneta, salvó una situación difícil relevando a una compañía de regulares, que, en su intento de acorralar a los rebeldes, habían perdidos muertos y heridos a sus oficiales y à la mayor parte de la tropa, circunstancias todas que han encontrado la necesaria justificación en la información instruida al efecto.

Lo que de orden de S. E. se publica en primera adición a la general de este día para conocimiento y fines consiguientes.

El jefe de E. M.—P. O.—El coronel segundo jefe de E. M.—Joaquín Fanjul."

Poco a poco, el capitán Lópes de Roda, que tiene dos propuestas de ascenso por méritos de guerra, va recogiendo los frutos de su valeroso comportamiento.

Allá en las soledades del cautiverio, llegará la grata noticia al distinguido oficial como un aliento de esperanza, como relámpago de fe.

Quiera Dios que en no lejanos días luzca sobre su pecho el heroico capitán la preciada recompensa, y que ésta le sea impuesta bajo el sol de Andalucía, en este Jerez de sus amores, a presencia de su santa y venerable madre, de todos los suyos, en fiesta patriótica a la que acudamos a rendirle homenaje de admiración."



Un oficial heroico. El capitán del ejército español. Francisco López de Roda y Zuleta, acompañado por las señoritas Mecha Ruiz, Mecha Perea, Clarita Ruiz y señor Zuleta.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR





Doctor Alejandro Orfila. Señor Carlos Saa Zarandón.
Candidatos a gobernador y vicegobernador, respectivamente, de la provincia de Mendoza, que sostendrá la Unión Cívica Radical lencinista.



ROSARIO. — Festival organizado por el Centro Estudiantes de la Escuela S. N. de Comercio. Los intérpretes de uno de los números del programa, titulado "Fhoor y sus chicas".



Vista parcial de la sala del Social Theatre, mientras se efectuaba la fiesta del Centro Estudiantes de la Escuela S. N. de Comercio.



SAN LUIS. — Las profesoras, señoritas de Barbeito, directoras del Conservatorio Williams, con el maestro señor Saldaña y un grupo de alumnas, reunidos en ocasión de los exámenes realizados en dicho establecimiento.



Las profesoras, señoritas Garro y Pinto, y las alumnas del Conservatorio Beethoven que tomaron parte en el séptimo concierto efectuado en la Escuela Normal de Maestras.



Un aspecto de la concurrencia que asistió al concierto de las alumnas del Conservatorio Beethoven.



El viejo profesor don Dalmiro S. Adaro (×), que recientemente fuera objeto de una afectuosa demostración de simpatía, con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación, después de haber prestado cuarenta y cinco años de servicios.





TUCUMAN. — El gobernador de la provincia, doctor M. M. Campero, el presidente [illegible] Cámara de Apelaciones en lo Civil y Comercial, doctor Rufino Cossio, los doctores [illegible]ledo y Nicanor Posse, el general Vacarezza y otros caballeros, durante la [illegible]ión efectuada en el Club Social, con motivo del cincuentenario de su fundación.



ROSARIO. — Enlace de la señorita Herminia Boldt con el señor Emilio Giménez. — Los contrayentes y un grupo de familias invitadas, después de la ceremonia nupcial realizada en la residencia de la familia de la novia.



SAN LUIS. — La directora de la Escuela Rivadavia, señorita Calderón, acompañada del demás personal docente del establecimiento.



DEL CAMPILLO (F. C. P.) — La comisión directiva del club "Los Noctámbulos", señores: José Fernández (presidente), Silvio Torterolo (secretario), Martín R. Muguerza (tesorero) y vocales de la misma.

Fots. Capra, Flores Toledo, La Vía, Saccone y Della Mattia.

GENTE MENUDA



Omar Roberto Ché Solveyra.



María Amalia Montalvo.



Agustín Héctor Marsano Monteverde.



Nelly A. Ewert.



Luis Angel Loydi.



Osvaldo H. Bargo.



Nicolás Riva Martini.

NECROLOGIA



Señora Josefa M. de Boero, recientemente fallecida.

Los dos cadáveres

Por Mauricio DEKOBRA

Después de la revista Lepoille y Versusson se dirigieron a la cantina a tomar una copa.

—Dime, Lepoille. ¿Qué te parece si pidiéramos permiso para esta noche? ¿Querrías ir al teatro Municipal?

—Ya lo creo; pero no me quedan más que veinte céntimos.

—Por eso no te preocupes. Mi compadre Civette, el portero del Museo de Juana de Arco, tiene una hermana casada con el jefe de los maquinistas del teatro, y algunas veces le dan entradas. Si le pido dos de seguro que me las da y podemos ver la función sin que nos cueste una perra.

—Entonces, magnífico. Precisamente yo no he estado más que en un teatro ambulante, en Pithiviers.

—Pues esta noche verás un teatro de verdad y una función bonita, porque ponen un drama soberbio que se llama "Los gemelos del quincallero".

—Entonces vamos ahora mismo a pedir permiso al sargento.

Obtenido el permiso, Lepoille y Versusson salieron contentos como unas Pascuas del cuartel del regimiento 195 de Infantería.

Iban muy cepillados y muy limpios, pues tanto Lepoille como Versusson eran dos buenos soldados, disciplinados, respetuosos con sus superiores e incapaces de la menor infracción de las Ordenanzas militares.

—Son las cinco y cuarto—dijo Lepoille acelerando el paso.—Acaban de cerrar el Museo, y llegaremos a tiempo de ver a mi compadre, que nos dará una carta para su cuñado.

El compadre de Lepoille acababa de marcharse.

—Debe de haber ido a su casa—dijo Lepoille arrastrando a su compañero. Vamos en seguida. Vive en la calle de Saint-Paterne, número 115.

Allí les dijo la mujer de su compadre que su marido debía de estar en el café Escarlata, hacia donde se dirigieron apresuradamente.

Allí estaba Civette jugando una partida de dominó. Lepoille le explicó su caso.

—Nada más fácil—dijo Civette amablemente.—Vete a ver de mi parte a mi cuñado Tavusse, ya sabes, bulevard de la Motte Saguin, 2, y te dará dos billetes de favor para esta noche. Ahora lo pillarás en su casa.

El bulevard de la Motte Saguin estaba al otro extremo de la ciudad. Lepoille y Versusson emprendieron la larga caminata a paso gimnástico, y con la lengua fuera llegaron al fin al quinto piso de la casa donde vivía Tavusse. Llamaron. Abrió la puerta una chiquilla de unos ocho años.

—¿Está tu padre en casa?

—No.

—¿Estará en el teatro?

—No sé. ¿Qué lo querían ustedes?

—Unos billetes para esta noche.

—¡Ah! ¡Sí? Pues límpiense.

Y les dió con la puerta en las narices.

—Promete, promete la mocosa—dijo Lepoille.

—No te ocupes de la chiquilla, y al teatro escapados—le interrumpió Versusson bajando los escalones de dos en dos.

Después de perderse varias veces en los pasillos interminables y de tropezar con cuerdas y bastidores, Lepoille descubrió una puerta que daba a los almacenes.

—Me parece que hemos acertado, Versusson.

Entraron y, en efecto, allí estaba el jefe de los maquinistas.

[illegible] ustedes—les dijo al saber el objeto de su visita.—Los sábados no nos dan billetes de [illegible]. De todos modos voy a ver si el director de escena...

Volvió a poco con el director de escena, señor Saccagnole, a quien expuso la pretensión de los soldados.

—Estos amigos quisieran ver la función de esta noche. ¿No podría usted, señor Saccagnole, colocarlos en escena en lugar de los dos maniquíes? Podían hacer los dos cadáveres en el tercer acto.

El señor Saccagnole reflexionó unos segundos.

—Por mí—dijo,—no hay inconveniente; pero..., ¿sabrán estar en escena?

—Yo creo que sí. Para hacer un papel de cadáver...

—En efecto, no hace falta haber salido del Conservatorio.

—Es mejor haber salido del Depósito.

Lepoille y Versusson se miraban satisfechos e inquietos. Era un modo bastante original de ver la obra.

—Por nosotros—dijo Lepoille—no hay dificultad. Conque nos digan de qué se trata...

—Es muy sencillo. La escena representa una granja. Es en 1870. Los gemelos del quincallero han sido hechos prisioneros por los prusianos, que han puesto sitio a la granja. En primer término hay dos cadáveres de soldados franceses. La novia de uno de los gemelos, que acaba de llegar de Soissons, los cree muertos, y se pone enferma al ver a los soldados. Los dos cadáveres sois vosotros. La cosa no es difícil, como veis.

—Sí—dijo Lepoille riendo.—No necesitamos apuntador.

—Entonces..., ¿hace?

—Aceptado.

—Pues vengan ustedes a las ocho y media en punto.

Lepoille y Versusson cenaron sobriamente en el restaurante Español. Su debut artístico los tenía emocionados. A las ocho y veinticinco entraban en el teatro por la puerta de los artistas. Su entrada produjo gran curiosidad en el elemento femenino.

—¡Susana! ¡Loloti! ¡Niní! ¡Venid aquí! ¡Mirad! ¡Dos soldados de verdad!

Lepoille y Versusson se vieron en un minuto rodeados de mujeres que los abrumaban a preguntas. Cuando dijeron que iban a representar los cadáveres el alborozo fué extraordinario.

Por fortuna el señor Saccagnole [illegible]so orden en el batallón femenino, y los dos primeros actos transcurrieron sin novedad.

En el entreacto el director [illegible] a escena y les indicó el lugar [illegible] debían tenderse; al pie de un [illegible] junto a la batería.

—Ocultaréis el número del capot[illegible] con un pañuelo ensangrentado, y e[illegible]réis sin moveros hasta que caig[illegible] telón.

—Comprendido—dijeron a la [illegible] Lepoille y Versusson.

Dió comienzo el tercer acto. Los [illegible] cadáveres yacían en el suelo con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol. Varias escenas patéticas entre la madre de los gemelos y el [illegible] de la aldea, y, sobre todo, la llegada de la novia, habían producido [illegible] impresión en el público. Los pañuelos habían salido a relucir. Los espectadores lloraban, angustiados, ante el dolor de la pobre novia, que, casi [illegible] llecida en los brazos de [illegible] contemplaba los cadáveres sin [illegible] a acercarse. De pronto una [illegible] carcajada sacudió a la [illegible] desde las butacas hasta el para[illegible]

Los dos cadáveres [illegible] vantarse a toda [illegible] ciplinados ante [illegible] Versusson [illegible] [illegible] de entrar [illegible]

AVES MARINAS

Los seres que pudieran, en la infinita complicación de los movimientos del mundo, distinguir los que favorecen su evolución de los que tienden á disolverla; serían capaces acaso de oponerse a los movimientos de disolución, y la definitiva finalidad de ciertas combinaciones superiores estará asegurada.

Para atravesar el mar es preciso que las alas de un pájaro tengan cierta envergadura. Sólo es cuestión de unas cuantas plumas. Su suerte depende de estas plumas ligeras hasta que sus alas no sean bastante fuertes. Las aves marinas que se apartan demasiado de la orilla zozobran una en pos de otra. Llega un día en que sus alas han crecido, y entonces pueden franquear el océano.

Sería preciso que engrandeciese, por decirlo así, la envergadura de los mundos, que agrandasen en ellos la parte de la conciencia. Acaso entonces se producirían seres capaces de atravesar la eternidad sin zozobrar. Acaso la evolución podría ser puesta al abrigo de un retroceso. Y por la primera vez, en la marcha del universo, se habría obtenido un resultado definitivo.

Según los símbolos, con frecuencia profundos, de la religión griega, el tiempo es el padre de los mundos. La fuerza de la evolución que los modernos colocan por encima de toda cosa es siempre el Antiguo Saturno que crea y devora. ¿Cuál de sus hijos le engañara y le venciera? ¿Cómo Júpiter será algún día bastante fuerte para encadenar la fuerza divina y terrible que le haya engendrado a él mismo? Para este nuevo hijo del universo, para este dios de luz y de inteligencia, el problema sería limitar la eterna y ciega destrucción sin detener la fecundidad. Nada, después de todo, puede hacernos afirmar científicamente que un problema tal, sea; por todos lados, jamás insoluble.

JUAN MARÍA GUYAU.

Las utopías

Por el

Dr. Bruno ALTMANN

En 1516 escribió Tomás Moro, el lord canciller inglés, su conocido libro "De optime reipublicae statu deque nova insula Utopia", obra en que el autor pinta una forma ideal del Estado adoptada por los dichosos habitantes de la isla Utopía. Desde entonces se designa con la palabra *utopía* toda descripción quimérica de un estado futuro de la humanidad. El ensayo de hacer desaparecer las diferencias sociales, de disminuir el trabajo y de aumentar al propio tiempo su rendimiento, de repartir por partes iguales los frutos de la labor social y de estatuir la igualdad de derechos en su forma más rigurosa tal como Tomás Moro lo ha proclamado en su novela, es una *utopía*, un bello ideal que no tiene más inconveniente que el de ser irrealizable.

Hasta fines del siglo XVIII, se tomaba la palabra en un sentido aún más lato. Los autores de las ficciones utópicas, Tomás Moro, Campanella y Bacon, esperaban que la conciliación de los contrastes sociales y la elevación del nivel general de la vida vendrían en secuela de un estudio más profundo de las ciencias naturales y de su omnímoda aplicación técnica. Los siglos pasados conceptuaban exageradas y fantásticas semejantes esperanzas, y precisamente por eso calificaban de utópicos los escritos de dichos autores. En otros términos: se reputaban utópicos los medios con que se pretendía llegar a una forma ideal del Estado. La reforma misma no se descartaba como vana ilusión.

La paulatina modificación que se operó en el criterio de las naciones civilizadas sugiere la cuestión: ¿"Qué ha de entenderse por utopía absoluta?" Caso que parezca atrevido plantear el problema en esta forma, se pudiera formular la pregunta así: "¿Qué ficción merece hoy todavía el nombre de utopía?" Desde luego podemos contestar que nada de aquello que hace 150 años se consideraba una bella fantasmagoría nos merece hoy el nombre de quimera. Tomás Moro y sus émulos creyeron harto temerarios sus varios postulados, que en lo esencial se redujeron a la construcción de maquinaria de función automática y a radicales reformas agrícolas. Estos autores se sintieron evidentemente oprimidos por la necesidad de emplear en toda producción, por mezquina y mísera que fuese, duro y fatigoso trabajo manual. Por eso quisieron que se idearan instrumentos que les ahorraran este humillante esfuerzo físico. Además se creyeron detenidos en sus reformas sociales por el escaso rendimiento del suelo, que a la siembra respondía con cosechas que hoy consideraríamos minúsculas. Pero la técnica, la química agrícola y las ciencias naturales en general han cumplido ya todos estos deseos y lo que antes se tomaba por utopía se ha convertido en viva y palpable realidad. Dado el enorme e inconcebible progreso de la técnica y de las ciencias exactas precisa borrar de nuestro léxico la palabra "imposible" y no cabe ya hablar de utopías en este terreno.

¿Acaso fuera sin embargo una utopía querer mejorar la situación económica y social de varias clases de la población? ¡De ninguna manera! Nadie podrá negar que ya se ha hecho efectiva una mejora en las relaciones jurídicas entre la clase obrera y sus patronos, entre los parias de la sociedad y las esferas pudientes. Cuando Platón escribió su "República", era la servidumbre todavía una institución sagrada y nunca se le ocurrió al gran filósofo pedir la abolición de la esclavitud. Cuando los ya citados escritores (Moro, Campanella, Bacon) publicaron sus obras, estaba aún en vigor la servitud de la gleba y en sus relaciones con los "siervos" tomaba el "amo" la justicia por sus propias manos. Y si Karl Marx afirma que "el contrato libre entre patronos y obreros liga al proletario más firmemente al capitalismo que el martillo de Vulcano el gigante a la peña", sabemos todos que este propagandista del socialismo exageró conscientemente para atizar las pasiones de las masas. La despedida de un operario pigre o renitente, es incomparablemente más humana que los castigos que el patricio podía infligir a sus esclavos y siervos.

En cuanto que el problema social es una cuestión crematística, ha mejorado igualmente, y de un modo muy notable, la situación de las clases bajas. La llamada "teoría de la depauperación" (Verelendungstheorie), un factor muy esencial del sistema marxiano, está abandonada por los teorizantes socialistas. Sobre todo hay que tener presente que la pertenencia al proletariado no tiene carácter definitivo e irremediable, puesto que el ascenso a capas sociales superiores es siempre posible y ni siquiera raro, cuando menos en Inglaterra y Estados Unidos. Cuando de esta manera se elevó el nivel general del operario, cuando a la reforma jurídica se asoció la reforma de las condiciones económicas, cambió automáticamente también el respeto que las diferentes clases se profesaban mutuamente. El respeto fué antes algo que según la opinión general, debían sentir el trabajador por el patrono, el proletario ante el representante de la aristocracia. Hoy es el respeto nuestra orientación natural hacia toda persona que no se haya hecho indigna de nuestro aprecio.

Consta, pues, que efectivamente ha mejorado la posición social de amplias esferas de la población y que estuvieron en un error los sabios teorizantes de siglos pasados que calificaban de utopía semejante reforma, como entre otros lo hicieron Rodbertus y Ricardo. Verdad es que se trata más bien de un asemejamiento entre las diversas clases de la sociedad que de una igualación. Si la igualdad absoluta, anhelada por los románticos de la idea del Estado, será realizable en una fase futura de la historia, eso sólo lo saben los dioses, que desgraciadamente se envuelven en eterno mutismo. Las ideas modernas, en este punto fuertemente influidas por Gustavo Schmoller y su acertada formulación del problema, ocupan frente a esta cuestión un punto de vista algo desplazado. Schmoller opina que para solventar el problema social no precisa que los bienes estén repartidos por partes iguales sino basta que se hallen en confluencia los límites que separan las diferentes clases del escalafón hacendista, mejor dicho: que imperceptibles tránsitos conduzcan de la una a la otra. Una condición indispensable es que la remuneración de la clase más baja—la de los trabajadores no especializados—sea suficiente para el sustento de la vida.

Ya se ve que apenas hay ideales desde luego irrealizables, por lo cual no conviene emplear la palabra utopía sino con mucha precaución. Federico Nietzsche ha enunciado esta tesis como verdad axiomática. El, un partidario acérrimo de la teoría de la eterna vuelta de las cosas, creía con fe ciega que en el interminable rodar de los acontecimientos, cada una de las combinaciones imaginables surgiría del insondable piélago de las posibilidades a la superficie para tomar cuerpo y vida; todas, la más insensata lo mismo que la más luminosa y consecuente, la más inmoral como la que está en perfecta consonancia con las leyes de la razón divina. Y no una sola vez, sino siempre de nuevo cuando ha llegado su turno en el orden invariable, preestablecido para la cronología universal. Hoy día habrá pocos que acaten esta idea. A pesar de admitir que casi todas las bellas ilusiones pueden tornarse realidad, habrá siempre *una* idea, *una* pretensión que infaliblemente estigmatizaremos con la palabra utopía: la creencia falaz de poder basar la vida económica, las relaciones sociales y el derecho internacional en la moral y la virtud de los hombres. Ese sentimiento de equidad y de abnegación, que induciría al individuo a sacrificar sus aspiraciones egoístas a los intereses de la colectividad, será siempre el privilegio de algunas almas nobles y entusiastas, una luz que ilumina las cumbres de la humanidad sin bajar jamás a las llanuras. En el vasto espacio de cinco o seis milenios no se ha notado todavía el más mínimo progreso en este sentido, por lo cual se han de postergar al último de los días todas las esperanzas encaminadas hacia este ideal. Puede ser que en el correr de los siglos pierdan su crudeza las formas de este egoísmo; pero parece imposible desarraigar de la naturaleza humana el egocentrismo, para quien el bienestar personal es el elemento rector y el único móvil de todas las acciones. Por lo tanto han de quedar infructuosas todas las tentativas de fundamentar la estructura del organismo social sobre el altruismo de sus individuos. Con ello se explica también el fracaso del socialismo premarxiano, que creía en la "bondad metafísica" de los hombres o cuando menos en la posibilidad de adoctrinarlos en la idea de que el bien personal tiene por premisa impretermitible el bien de la generalidad. Los heraldos de este socialismo esperaban la superación de todos los males sociales, que para ellos culminaban en la propiedad individual en medios de producción, de la moralidad absoluta del género humano. Con justicia llama Sombert a estos ilusionistas, a los Owen, Weitling, Fourier, ideólogos utopistas.

La rebelión de los ángeles

Amenazan con la huelga si no se les deja vestir como quieran

Y los estudiantes las apoyan

Las alumnas de la Escuela Superior de Jamaica (Long Island) se han sublevado contra los profesores que pretendían imponerles una reglamentación del traje.

Esas muchachas, cuya edad oscila entre trece y diez y ocho años, reclaman a gritos el derecho a gozar de completa libertad en lo que afecta a su conducta y a su manera de vestir, alegando que la mujer del siglo XX debe disfrutar de independencia absoluta y no supeditarse a los caprichos puritanamente ñoños de los hombres y las mujeres que en todos los actos de la juventud encuentran motivos pecaminosos.

En la Escuela Superior de Jamaica reciben enseñanza varios centenares de mujeres, en su mayoría jóvenes de la edad indicada, que desde hace tiempo se presentan en las clases con los brazos al aire y las rodillas desnudas, adonde escasamente llegan las faldas.

Los profesores han comenzado a escandalizarse de semejante atavío, y temen que su tolerancia y la osadía o la inocente inconsciencia de las niñas alcance términos peligrosos para la moral más acomodaticia. Por esta razón dictaron hace días la orden de que no les fuese permitida la entrada en las aulas a quienes no se presentaran con las faldas hasta más abajo de la rodilla, sin escote y con los brazos enfundados en las mangas hasta la muñeca.

Aquella disposición provocó tal indignación en las jóvenes, que a punto estuvieron de prender fuego a la escuela y hacer un auto de fe con los profesores, quienes hallaron su salvación en la fuga.

Inmediatamente se nombró una comisión de defensa femenina, encargada de formular una protesta y de dirigir una circular a los 1.500 padres de las escolares, en la cual se dice que "los corpiños, las camisas, las medias, los pantalones y las faldas son iguales, que los que usa todo el mundo".

Los profesores, a su vez, han remitido otro escrito a los padres de las muchachas conminándoles con que obliguen a sus hijas a ser más recatadas en el vestir, so pena de incurrir en vergonzosas repudiaciones.

Esta comunicación ha excitado aún más los ánimos, provocando mitines en Jamaica y en los municipios inmediatos a Long Island, en los cuales se pronunciaron violentos discursos con excitaciones a la huelga en el caso de que cualquiera de las alumnas sea castigada por llevar las faldas hasta donde le plazca y los brazos desnudos.

Los grupos de muchachas que se congregaban delante de las puertas del edificio de la Escuela Superior discutían acaloradamente el caso, y se mostraban dispuestas a llegar a los últimos límites de la violencia si los profesores persistían en imponer su criterio.

Las autoridades universitarias han tomado cartas en el asunto, para evitar que los desafueros revistan peores caracteres.

Por lo pronto, los jóvenes estudiantes han salido a la defensa de sus condiscípulas, y amenazan también con adoptar actitudes enérgicas si no se reconoce a las chicas el derecho que recaban.

Riqueza moral

Muchos seres que en su vida tuvieron una modesta fortuna lograron nombres cuya fama no dejará morir el mundo.

¿No se han visto hombres sin un centavo que por la nobleza y la elevación de su carácter enaltecieron a todo un pueblo? ¿No hay hombres pobres cuya presencia enriquece a sus convecinos? ¿No sabéis de hombres que, a pesar de su pobreza, se atraen el cariño de los niños? ¿No habéis conocido muchos cuya pobre morada miraban todos como un santuario?

No es ser rico acopiar cuantiosa fortuna. El consumado egoísmo exagera el valor del dinero y de lo que con él puede lograrse. El auxilio del prójimo es lo más valioso del mundo, y si no lo hacemos así seremos verdaderamente pobres, aunque poseamos millones, y no podremos gozar plenamente de la vida.

El pobre don Florentino

Por Sara INSUA

Todos los años, al acercarse las fiestas de Pascua, cuando se inicia en las calles el estridente cacareo de los pavos y en las vidrieras de ultramarinos aparecen los primeros bloques de turrón, y cuando es ya imprescindible el uso de "pieles" (para el que lo tiene), acude a mi memoria un recuerdo de mi niñez, no lejana.

Yo hice mi primera enseñanza en un colegio de barrio que se llamaba pomposamente "Colegio Hispano-Francés". De hispano tenía mucho, porque don Florentino Carrizales, su director, profesor y pasante al mismo tiempo, era del "propio" Madrid, nacido en la calle de la Ruda. Pero como representación de la amable República francesa no teníamos más que a Emerencianita, la hija de don Florentino, a quien llamaba éste tres veces por semana, la colocaba a su derecha sobre la tarima y le decía:

—A ver, hija, diles a estos niños cómo se llama el pollo en francés.

—"Le pulé"—decía Emerencianita con su vocecilla atiplada y poniéndose más fea de lo que era.

—¿Y el gallo?—insistía el padre.

—"Le co".

Estas palabras y unas cuantas más eran las que componían el léxico francés de nuestra minúscula profesora, y nosotros quedábamos convencidos de que aprendíamos el idioma...

Por lo demás, don Florentino era una buena persona, y la gramática y la aritmética nos la enseñaba a conciencia. Ahora bien. A don Florentino le ocurría una cosa que sus discípulos no acertábamos a explicarnos. Durante los tres primeros meses del curso era benévolo, indulgente, hasta simpático pero en los cinco restantes iba poniéndose progresivamente inaguantable; no pasaba por movimiento mal hecho, o mejor dicho, por lección mal sabida, y nos obsequiaba con toda clase de castigos; desde la media hora de rodillas hasta las sesiones de palmeta, pasando por uno de su invención verdaderamente "ejemplar". Consistía este castigo en tirar de una cuerda que, mediante un complicado mecanismo de roldanas, hacía mover un monumental abanico colocado en el techo; el abano, como le llamaba don Florentino para expresarse con propiedad. Como se comprenderá, era éste un castigo veraniego, y que al mismo tiempo servía de premio para los no castigados. Pero lo que le hacía ser injusto las más de las veces era que para mover el dichoso abano se hacía preciso tirar de las dos cuerdas pendientes de sus extremos, haciendo falta, por lo tanto, dos castigados, y como don Florentino no quería privarse del airecito, uno de los dos era indebidamente penado. En este caso estuve yo algunas veces.

Esto nos hacía odiar a don Florentino a final de curso y salir del colegio jurando no volver el octubre próximo. Volvíamos, sin embargo, por aquello de que más vale malo conocido, y además porque nos confortaba la esperanza de que don Florentino se comportaría los nueve meses del curso como los tres primeros.

El último año que acudí al "Colegio Hispano-Francés" fué cuando se hizo la luz en mi joven cerebro respecto al brusco cambio de don Florentino. A primeros de diciembre, cuando nos repartió la muestra de escritura, que nos renovaba cada dos semanas, "lo comprendí todo". La muestra decía así: "En Nochebuena, en la calle, suélense helar las narices; es mejor comer en casa buenos pavos y perdices". Era ya la tercera vez que nos ponía la muestrecita, y siempre por la misma época. Era para que se nos grabase bien en la mente lo de "pavos y perdices", y cuando se hablase en nuestra casa del regalo a don Florentino sugiriésemos la idea de enviarle alguno de estos sabrosos volátiles. Tenía "pupila" don Florentino. Nosotros caíamos como tontos! Pero de esta vez le falló el negocio.

—Tenemos que vengarnos—dije a mis compañeros.—Esto de que don Florentino nos baile primero el agua para que le regalemos pavos y nos dé palmetazos después de habérselos comido merece un castigo, peor que el del abano. Este año le regalaremos todos la misma cosa, y algo que no le gusta ni a él, ni a Emerencianita, ni a doña Gertrudis. A ver, ¿sabéis qué es lo que no les gusta a ninguno de la familia?

—El jijona—dijo Rogelito, el hijo del tendero de ultramarinos;—yo sé que ninguno de los tres puede ver el turrón de Jijona. Lo sé por papá.

—Nada—dije yo, a quien todos obedecían,—pues a regalarle todos jijona, y si quieren comer pavo que vaya doña Gertrudis a regatearlo y que se... "hiele las narices".

No nos fué difícil llevar a cabo la venganza, porque cuando nuestras madres decían:

—¿Qué le regalaremos a don Florentino?

—Pues turrón de Jijona, que le gusta muchísimo.

Y, según sus medios, cada familia mandó una, dos, hasta tres cajas de turrón.

Bueno; eso sí, al llegar el 7 de enero acudimos todos a clase, un si es no es, más bien arrepentidos; porque si después de comer pavo estaba don Florentino intratable, ¿qué sería después de no comerlo?

Nuestra sorpresa no tuvo límites cuando vimos la recepción inusitada que nos hizo don Florentino. Palmaditas cariñosas en la espalda, frases amables, etc. Y no es que fuese ironía, nada de eso. Don Florentino estaba realmente satisfecho; satisfacción que a nosotros nos sumía en un mar de confusiones. Creíamos que lo de la muestra de la plana había sido una pista falsa; que el compañero que nos indicó lo del jijona era un traidor adicto al dómine; que lo que más le gustaba a don Florentino era el turrón, y que, por tanto, nuestra venganza había fallado.

A la salida de clase, el que más y el que menos pensábamos tener una explicación "ilustrada" con el supuesto traidor; pero el hijo de la portera lo salvó de las "morrás" dándonos la clave del misterio. Lo que había pasado era lo siguiente. Doña Gertrudis no se arredraba ante unos kilos más o menos de jijona y no tardó en encontrar el modo de resolver el conflicto. Se puso una toquilla y un pañuelo a la cabeza, le encasquetó a su marido una boina hasta los ojos, cargó ella con todas las cajas de turrón, y al maestro le hizo llevar la tabla de planchar, los caballetes y una sábana, no parando ambos hasta la Plaza Mayor. Al regresar, en vez de las cajas traían dos pavos hermosísimos y en el bolsillo una porción de cuartos. Así, pues, nuestra venganza había resultado para don Florentino un excelente negocio. ¡No había derecho! Y ya íbamos a dispersarnos un tanto mohinos cuando una voz dijo:

—Bueno; ellos habrán comido pavo, pero tuvieron que helarse las narices.

Después de todo siempre era un consuelo y una venganza a medias.

¡Pobre don Florentino! Ahora ya no come pavos ni vende turrones. Se fué... Ya sabe a qué atenerse respecto a nuestra infantil jugarreta..

MODERNISMO



—Y tú, ¿cuándo te casas?
—¿Qué dice usted? ¿Casarme yo? ¿No ve usted que aquí todavía no hay divorcio?

Una mujer sobrenatural

SUS OJOS PRODUCEN EL EFECTO DE LOS RAYOS X

El acontecimiento sensacional del día en Budapest está personificado en la señora Vary, una mujer de treinta a cuarenta años, invariablemente vestida de negro y que lleva al cuello un collar de perlas negras.

El salón de la señora Vary es el punto adonde convergen cuantas personas se hallan aquejadas de cualquier dolencia, siempre que ésta sea susceptible de rendirse a los efectos de los rayos X, hoy tan usados en cirugía para destruir tejidos ulcerados y otras manifestaciones morbosas del cuerpo humano, así como para descubrir en el interior de éste los objetos extraños introducidos casual, voluntaria o violentamente.

A la casa de esta mujer excepcional acuden a diario banqueros, artistas, escritores y obreros, que creen religiosamente en el poder curativo de sus ojos.

La señora Vary posee una fuerza penetrante en sus ojos para examinar el interior de las personas, que es imposible discutir, porque la demostración ha sido comprobada.

—Usted padece de una úlcera en el estómago que reviste tales o cuales particularidades—le indica a uno.

El paciente acude al médico sin revelarle el diagnóstico anterior, y el facultativo, después de una auscultación detenida y de someter al enfermo a pruebas irrecusables, acaba por acusar la existencia de la úlcera.

A otra persona le dice que tiene un principio de cáncer, que está amenazada de apendicitis, que un riñón no funciona por tal o cual causa, y luego los doctores convienen en la exactitud de las indicaciones de la mujer de los ojos luminosos.

Estas demostraciones son las que han atraído al salón de la señora Vary la enorme suma de gentes aquejadas de diversas dolencias que esperan de ella la salvación.

Esta mujer no ofrece exteriormente ninguna particularidad que la distinga de las demás mujeres. Solamente cuando practica el esfuerzo conducente a influir con la mirada en el estado de salud de un enfermo es cuando se determina el potencial magnético que ejerce efecto positivo en la dolencia.

Aquí no se trata de hipnotismo, ni de ciencia cristiana, ni de sugestión por la fe, sino de una fluencia de energía basada en un motor psíquico, por decirlo así, con eficacia suficiente para dejar sentir sus condiciones inquisitivas o curativas sobre los enfermos.

La ciencia oficial nada ha dicho hasta el presente sobre este caso extraño. Sólo las personas que se han sometido al tratamiento preconizan sus bondades mostrándose como ejemplos.

La señora Vary viene practicando su sistema desde hace doce años y siempre con el mismo resultado de curar a cincuenta clientes de los sesenta que recibe todos los días.

Ante las ruinas de un imperio

"Ceterum censco Carthaginen esse delendam". Con esta sabidísima sentencia cerraba el severo Catón todas sus oraciones en el Senado para infiltrar en las entrañas de los ciudadanos odio inextinguible contra Cartago, la poderosa rival que vigilaba receloso el guardián de la seguridad y del bien de la república. Pocos años más tarde se cuarteaba el poder púnico batido por las legiones de Escipión el Africano.

En los tiempos de Julio César se encontraba ya toda la comarca bajo la ordenada administración romana; el Oriente marroquí, la "Mauretania Tingitana" era una valla protectora contra "Hispania" y al mismo objetivo servía la "Mauretania Caesariensis" hoy Argelia. El corazón de la empresa colonizadora era "Africa", provincia que comenzaba en la Argelia oriental, comprendía Túnez y limitaba con Trípolis. Aquí se levantaron por doquiera centros grandes y pequeños de cultura latina, emporios comerciales o puntos estratégicos que alcanzaron floridas épocas.

La obra de los romanos se mantuvo en pie hasta el siglo v de la era cristiana e hizo sentirse en los confines del desierto; merced a una sabia política supo la dominación extranjera mantener en paz a las tribus autóctonas berberiscas y únicamente luchas intestinas y legeneración racial quitaron a los conquistadores su fuerza.

La rueda de la historia en su girar eterno trajo pueblos nuevos y vírgenes, primero a los vándalos, tras éstos a los árabes; su terrible ímpetu abrió brecha y dió en tierra con la soberbia fortaleza romana; sobre los escombros sopló el huracán abrasador del mahometismo. Sic transit gloria mundi...

La tierra tiene la misión de sepultar así a los hombres como a los monumentos. El polvo de quince siglos ha cobijado con inmenso sudario la pompa, la majestad y brillantez de la obra humana; montes de arena se elevan encima y no hace aun treinta años que los nuevos señores del país, los franceses, en unión con otras naciones se han dedicado a la tarea de arrancar al suelo sus secretos.

Los arqueólogos que pasaron toda su vida en busca de los vestigios de la antigüedad y no lograron sacar del seno de la tierra sino escasos restos, acometieron en verdad una faena ímproba. Sus resultados nos bastan sin embargo para admirar al romano en el cenit de su vitalidad y energía documentadas en obras que son el asombro de antiguos y modernos. Si se exceptúa a la península italiana, no hay lugar del mundo antiguo en que hubiese dejado su civilización expresiones más profundas y vastas que en este país lleno de recuerdos del tiempo pretérito marcado con el sello de Roma.

La impresión más potente se recibe en Tamugadi o Timgad, en sus orígenes un campamento enclavado en las fragosidades del Aurus, luego una copia de Roma y gran ciudad que rebasó los ámbitos encerrados por las murallas. Las excavaciones han descubierto un campo de ruinas tan extenso como no se había encontrado nunca; el nombre de Pompeya africana se ha aplicado muy con razón esta vez.

Los hombres de hoy han levantado de su sepulcro a una ciudad muerta y en ruinas que absortos nuestros ojos ven confinar con el horizonte. En las anchas baldosas de las calles están aún grabadas las huellas de los carros de combate; todo predica el desengaño de las grandezas humanas.

Un silencio todavía más lúgubre que el de la soledad, el silencio de la muerte se cierne sobre montes y escombros; la fantasía recorre las centurias pasadas a tiempo que cruzamos las solitarias callejas en dirección al capitolio y al bien conservado templo de Júpiter. Aquí y en el foro donde estaban la curia y los tribunales, habrá todo el movimiento urbano; de este centro salen calles rectas a desembocar en el teatro y las puertas de la ciudad. Con qué bullicio y algazara festiva acogería la población a las legiones victoriosas cuando entraban por el arco de triunfo de Trajano; ¡cuánta pompa se ha desmoronado en silencio!

En el interior de las viviendas encuéntranse preciosos pavimentos de mosaico y las paredes ostentan artísticas esculturas; todos los barrios poseían termas instaladas con mucho refinamiento.

Trescientas millas lejos de aquí, en Túnez, pero también en tierra montañosa, hay otra joya arqueológica: Thugga (Dougga), fundación fenicia, en los tiempos romanos de gran importancia y fama. La ciudad estaba construída sobre la pendiente de un cerro al que coronaba el templo consagrado a Saturno que sostenían columnas hermosísimas. Con mucho trabajo se ha conseguido desenterrar un gran teatro con pórtico muy valioso y el foro rodeado de los edificios municipales. En hondo valle, engarzado en el marco verde obscuro de un olivar se yergue el único monumento que ha dejado el tiempo de los cartagineses: un mausoleo de ingentes proporciones y raro estilo.

¿Pero qué significan para el historiador Timgad y Dougga frente a la reina del Africa antigua, Cartago? Grande es la desilusión que causan los escasos restos de la que fué ciudad gigantesca. Los soldados de Escipión no dejaron piedra sobre piedra en la residencia de Aníbal pero tampoco han quedado muchos recuerdos de la vida que más tarde, en la era cristiana, resurgió para sumirse a sí mismo en la noche del olvido después de algunos siglos de existencia. Las excavaciones han destapado un teatro, el anfiteatro, una basílica y algunos barrios: bajo los edificios y huertas de las aldeas Sidi-Bou-Said y Malga descansan los restos de la ciudad madre de los primeros navegantes que dieron la vuelta al mundo antiguo.

Muchas alabanzas merece la asidua labor de los monjes en la catedral de San Luis: el gran museo del convento está atestado de preciosidades arqueológicas: sarcófagos fenicios labrados en piedra guardan aún sus momias; en las obras plásticas y esculturales se documenta una técnica de finura increíble e inimitable hoy; los artefactos caseros, las inscripciones y los ídolos de las épocas púnica y romana muestran a las claras la profunda divergencia entre ambas culturas.

Túnez y Argelia albergan todavía más lugares históricos: Hippo regius, cuyos cuadros en mosaico se evalúan en millones; Utica, donde Catón el bisnieto del Censor, el acérrimo contrario de César, se quitó la vida; Caesarea, corte de la hija de Cleopatra y capital de Numidia; Cirta, la Constantina actual, centro del gobierno del Africa romana septentrional. Los museos de las ciudades Argelia y Túnez encierran preciosos restos de la antigüedad que yacían en el cálido suelo africano, sepultura del enorme esqueleto de un imperio que abarcaba el mundo.



Las mucamas

Por Mark TWAIN

¡Contra todas las mucamas, sea cual fuere su edad o su nacionalidad, lanzo la maldición de los solteros! Por esto:

Ellas colocan siempre las almohadas del lado opuesto a la luz del gas, de modo que, cuando uno quiere leer y fumar antes de dormirse, antigua y honrada costumbre de los solteros, tiene que levantar el libro en el aire, en una posición incómoda, para que la luz no ofusque la vista.

Cuando, por la mañana, encuentran las almohadas puestas en el extremo apropiado, no reciben esta insinuación con espíritu favorable; por el contrario, gloriándose de su absoluta soberanía, y sin compadecerse poco ni mucho de nuestro desamparo, vuelven a hacer la cama tal como en un principio, y se relamen en secreto al pensar en la angustia que su tiranía va a causarnos.

Después de esto, cada vez que encuentran las almohadas en su debido sitio, deshacen lo que uno ha hecho, y lo desafían así a uno y tratan de amargarle la vida que Dios le ha dado.

Y cuando no pueden conseguir de algún otro modo que la luz esté en una posición incómoda, entonces dan vuelta a la cama.

Si uno retira el baúl a media vara de la pared, para que la tapa quede levantada cuando uno la alza, ellas empujan siempre el baúl contra la pared. Lo hacen a propósito.

Si uno quiere tener la salivera en un sitio dado, donde esté a mano, ellas no lo quieren, y la sacan de allí constantemente.

Los botines de repuesto lo meten siempre en lugares inaccesibles. Se complacen especialmente en colocarlos debajo de la cama, tan lejos como se lo permita la pared. Hacen esto porque así lo obligan a uno a agacharse en una actitud indigna, y a buscarlos en la obscuridad, barriendo el suelo frenéticamente con el sacabotas y echando maldiciones.

Siempre ponen la caja de fósforos en un lugar distinto. Todos los días encuentran un nuevo sitio para esconderla; y allí, donde estuvo antes la caja, colocan un frasco o algún otro objeto de vidrio, frágil. Eso es para que uno tenga que romper ese objeto de vidrio cuando vaya a buscar a obscuras la caja de fósforos, y para que de esta manera sufra uno un disgusto.

Eternamente están cambiando los muebles de un lado para otro. Al entrar de noche en su pieza, uno puede estar seguro de que va a encontrar el escritorio donde dejó por la mañana el ropero. Y si, al salir por la mañana, uno pone el balde de las aguas servidas junto a la puerta y la mecedora al lado de la ventana, al volver, a media noche, o cosa así, tropezará al entrar con la mecedora, e irá hasta la ventana, a sentarse sobre el balde. Esto lo fastidiará a uno, que es lo que ellas quieren.

Sea cual fuere el sitio donde uno ponga algo, ellas no lo dejarán estar allí. Lo sacarán de donde se encuentre, en la primera ocasión que tengan. Esto está en la naturaleza de ellas. Además, les gusta revelar de esa manera su ruindad y su espíritu de contradicción. Se morirían si no pudieran cometer estas bajezas.

Recogen siempre todos los pedazos de papel impreso, inservibles, que uno tira al suelo, y los apilan prolijamente sobre la mesa; y en cambio, encienden el fuego con los manuscritos útiles que uno tenga. Si hay entre esos papeles viejos alguno que nos fastidie más particularmente que cualquier otro, y que nos obligue a consumir gradualmente nuestra vida en la tarea de tratar de desembarazarnos de él, puede uno tomarse todas las penas del mundo en este sentido, que su ensueño será inútil; porque ellas rescatarán siempre ese pedazo de papel y volverán a ponerlo, todos los días, en el mismo sitio de siempre. Esto les hace a ellas un bien inmenso.

Y consumen más aceite para el cabello que seis hombres. Si uno las acusa de substraerlo, mienten con el mayor descaro. ¿Qué les importa a ellas la salvación eterna? Absolutamente nada.

Si uno deja la llave en la puerta, para mayor comodidad, ellas tienen que bajarla a la portería y entregársela al portero. Hacen esto bajo el vil pretexto de proteger nuestra propiedad contra los ladrones; pero, en realidad, es porque quieren que uno baje y vuelva a subir la escalera en busca de la llave, cuando se retira cansado a su casa, o para ponerlo a uno en la necesidad de pedir a un camarero que la traiga, camarero que, por supuesto, querrá que se le pague ese servicio. En este caso, me parece que los muy degradados parten las utilidades.

Ellas hacen siempre de modo que tengan que arreglar la pieza antes de que uno se haya levantado, con lo que le roban a uno el reposo y le causan una mortal congoja; pero, así que uno se ha levantado, ya no vuelven a aparecer hasta el siguiente día.

Cometen cuantas ruindades pueden fraguar, y las cometen por pura perversidad, y nada más.

Las mucamas están muertas para todo instinto humano.

Si puedo conseguir que el Congreso dicte una ley suprimiendo las mucamas, estoy decidido a hacerlo.



NI CON LUJO NI SIN EL

Por Antonio ZOZAYA

He recibido la invitación a un baile y he acudido a él con la puntualidad de un literato, lo cual significa en romance que he llegado hora y media después de las cinco, que era la señalada. Como una bandada de pájaros a los trigos han acudido a la antesala, para recibirme, Matilde, Pilar, Mercedes, Lolita; todas esas muchachas deliciosas de que nos ha hablado, en sus crónicas sentimentales, un ilustre escritor académico.

Con gran menoscabo de mi vanidad he observado en ellas una mueca de desencanto. No era a mí a quien esperaban. Y han quedado mudas, perplejas, como niños a quienes se les deshoja una camelia entre las manos. Y digo niños, porque a los que no lo somos hace tiempo se nos han deshojado ya tantas, que pasamos ante ellas con un dedo en los labios y la diestra sobre el corazón.

—Pase usted—me ha dicho Mercedes,—estamos solas.

"¡Estamos solas!" Era verdad; solas como las abejas en la colmena, como los astros en la nebulosa. Ellas esperaban al pájaro goloso o al luminoso y raudo cometa. Al punto he comprendido su desolación melancólica. En la habitación no había muchachos.

—Sepa usted—me ha dicho, después de sentarse a mi lado la espléndidamente rubia Manolita—que ocurre en todas las reuniones una cosa sin precedentes: los muchachos brillan por su ausencia, como decía el cronista de marras. Así, cada tertulia es un acto de "El amor que pasa", de los Quintero, comedia irónicamente triste, drama con apariencias de sainete, en el cual no se sabe si reír o llorar, porque las lágrimas serían risibles y los chistes sangrientos.

—¿Es decir que los muchachos os abandonan?—he preguntado con la indignación de un barba del viejo teatro.

Asustado en seguida de mi falta de galantería, he rectificado:

—No, hija mía; no es, ni puede ser, que os abandonen; será que os temen.

—Temernos... ¿por qué?

Pasaba a nuestro lado Asunción, esbelta, primorosa, bajo su envoltura de raso; en sus orejas diminutas brillaban dos solitarios enormes y clarísimos, dos irisadas lágrimas de las cavernas de Golconda; sus medias eran también de seda y bordadas a mano.

—¿Tampoco ha venido el joven que corteja a Asunción?

—Tampoco.

—¿Y qué es él?

—Teniente.

Teniente; es decir, algo menos de duro y medio diario, quitado el descuento. ¡Oh, prosa de la vida! La primera cuenta fué en amor la primera desilusión. En la manzana que corrompió la primera inocencia debió la serpiente grabar con sus dientes de ofidio menudos guarismos.

Treinta reales. Dos amantes, pagado el alquiler de una vivienda pobre, tienen para pan y legumbres, si acaso. Es poco. ¿Cómo condenan los encarecedores del sustento del laborioso a vida tan misérrima a una joven hermosa, que lleva en las orejas diamantes y topacios?

—¿Cómo se llama?

—Arturo.

—Arturo no vendrá.

Luego ha pasado Laura, severa, noble, erguida; su cuerpo se ornaba con cintas y encajes; su sombrero, con plumas de elevado precio.

—¿Cómo se llama el muchacho a quien Laura espera?

—Ricardo.

—¿A qué se dedica?

—A abogado.

Abogado. Dos, cinco, diez años de práctica infructuosa; luego un ingreso mínimo. Tal vez, cerca de la vejez, el dinero y la gloria.

—Ricardo no vendrá.

He mirado a Mercedes.

—Mercedes—ha dicho precipitadamente Manolita—está enamorada de Aurelio, escribiente en un ministerio; pero la pretendía hace poco, también, Fernando, pintor de porvenir, y además la ha cortejado Enrique, que a nada se dedica, porque cuenta con mil duros de renta.

He vuelto a mirar a Mercedes; parecía una gran duquesa de Hesse o de Connaught. Mi contestación ha sido la misma.

—No vendrán ni Aurelio, ni Fernando, ni Enrique.

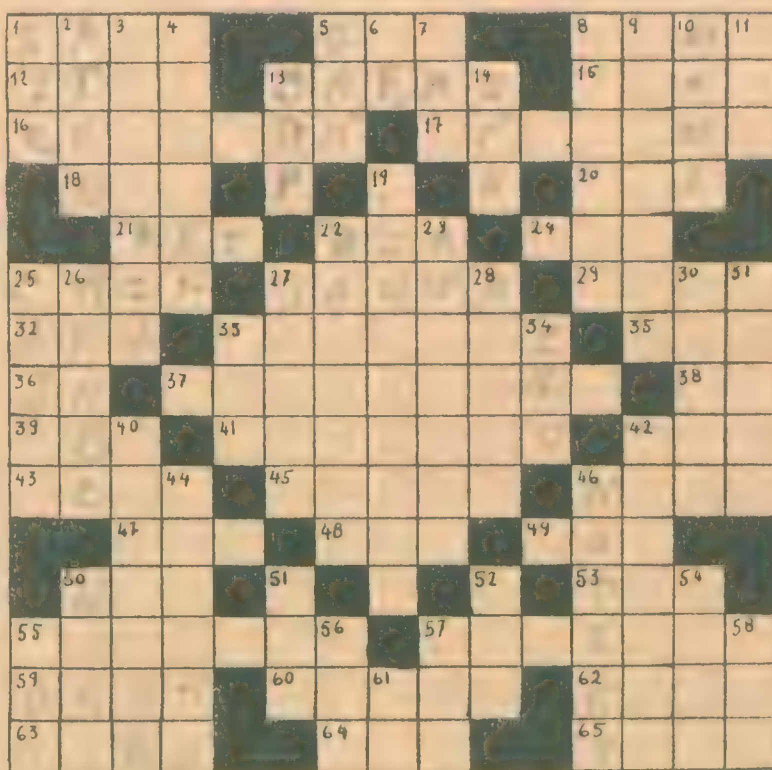
Manolita se ha levantado malhumorada de su asiento, y, mostrándome con un dedo a Pepita, quien, vestida muy pobremente, ocultaba en un rincón sus batistas pasadas de moda, sus cintas chafadas y sus zapatos de quince pesetas, de tacones torcidos, me ha preguntado con aire de triunfo:

No me dirá usted que es bonita de veras y que reúne cuantas condiciones puede exigir un buen marido. Y los pretendientes de esa, ¿por qué no vienen?

¡Pobre Pepita! Estaba fea, siendo hermosa, muy fea, con sus míseros y ridículos trapos. La mitad de la hermosura, dice una sentencia popular, "está en la tienda". Aquella pobreza le agobiaba; cuando vió que la contemplábamos, el rubor le subió a las orejas, de que pendían dos sencillos aritos de "doublé". No; no vendrían sus pretendientes, porque no los había tenido jamás, siendo la más bella y la más honesta e inteligente de todas.

Entonces, sólo entonces, comprendí el sufrimiento de Manolita, de Asunción, de Laura, de Mercedes y de todas las amiguitas de reunión de aquellas infelices muchachas, obligadas a presentarse deslumbradoras de lujo y riqueza por no parecer feas y condenadas al perpetuo abandono, por ser elegantes.

PALABRAS CRUZADAS



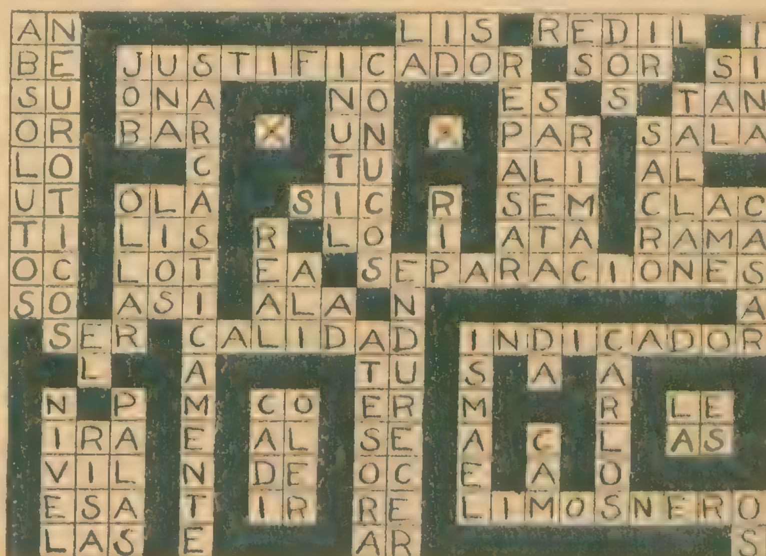
VERTICALES

1—Título inglés.
2—El que no cree en Dios.
3—Resplandecer, brillar, etc.
4—Lo mismo que atar.
5—Apócope de santo.
6—Lo que hay que hacer para llegar.
7—Embarcación.
8—Lo que no cuesta mucho.
9—Lo que hacía la negra con la harina para hacer empanadas.
10—La teta de los mamíferos.
11—Lo mismo que elogio.
13—Voz del verbo ser.
14—Lo mismo que tonto.
19—Pequeña palomita.
22—Voz del verbo bastar.
23—Ajuar o equipo.
25—Célebre histólogo español.
26—Perteneciente a la Arabia.
27—Sexta parte de la vara.
28—Sobrenombre.
30—Si limpias.
31—Falsa deidad.
33—Tiempo que dura la claridad del sol sobre el horizonte.
34—Yo en latín.
40—Mujeres que están unidas a un hombre.
42—Clásica pasta para sopas.
44—Las que no son sosas.
46—Amigo del mate.
50—Natural de Morería.
51—Insignia de la orden de San Antonio Abad.
52—Acusativo del pronombre personal de tercera persona.
54—Cada una de las partes en que se divide un todo.
55—Especie de chacó.
56—Título de nobleza.
57—Parásito.
58—Lo que afecta agradablemente al oído.
61—Nota musical.

HORIZONTALES

1—Instrumento que sirve para remover la tierra.
5—Reino del Oeste de la Senegambia.
8—Caja para guardar ropa.
12—Pescado que tiene mucho crédito en conserva.
13—Reunión social.
15—Lo que es propio de dos.
16—Cuando a varios jueces se les pone tacha.
17—Subjuntivo de un verbo que tiene mucha aplicación en la cirugía.
18—Imperativo de verbo que corresponde a un sentido.
20—Tomar una cosa.
21—El más alto representante de un reino.
22—Reptil constrictor.
24—Letra del alfabeto griego.
25—Uno de los hijos de Adán.
27—Serie de cosas metidas en un hilo.
29—Autoridad de una corporación religiosa.
32—Labrar la tierra.
33—Descubrir algo que está tapado.
35—Adverbio.
36—Onomatopeya de carcajada.
37—El que tiene conocimientos de histología.
38—Río de Lugo (España).
39—Lo que se dice de uno que sabe mucho.
41—Algo semejante a estar fastidiado.
42—Artículo determinante, plural.
43—Tiempo de un verbo que instruye.
45—Contrabando.
46—Mezcla de harina.
47—Lo que condimenta la comida.
48—Sinónimo del verbo unir.
49—Autoridad etiópica.
50—Lo que obliga a uno a estar enfermo.
53—Pronombre indeterminado o adverbio.
55—Lo que ocurre con frecuencia al que anda a caballo.
57—Propio de los godos.
59—Lo que se hace en la iglesia.
60—Lo que sucederá si vas a una conferencia.
62—Espacio de tiempo.
63—La comida que le falta sal.
64—Trucha de mar.
65—Igual que atrevidos.

Solución del problema anterior



PAPEL Y TINTA

La ciudad de los sueños (Cuentos soñados) por ARTURO CAPDEVILA, Buenos Aires

El inspirado autor de "Melpómene", una vez más nos ha ofrecido un libro de cuentos soñados, donde se manifiestan sus grandes condiciones de escribir.

En esta obra el vuelo imaginativo del poeta se acrecienta, y lleva al lector a una ciudad imaginada por él, donde "el aire es grueso y sutil a la vez: según sea el pensamiento del que mira". El poeta ha merodeado con su espíritu sensitivo por la ciudad de los sueños, anduvo "errante a lo largo de unas calles anchísimas, a la sombra de unos descomunales edificios." "La Ciudad de los Sueños", dice el señor Capdevila, está "situada más allá del tiempo."

Es este uno de los libros más originales e interesantes de este escritor, cuya alma emocionable se revela en diversos estados.

Capdevila es uno de nuestros escritores contemporáneos que con todo acierto sabe llegar al lector y conmoverlo, con la profundidad de sus poemas, siempre chispeantes de una sonoridad exquisita.

El espíritu del poeta que se ha mostrado en trabajos de diferente índole, surge claro y espontáneo en estos cuentos, cuyos finales siempre encierran una frase filosófica.

Capdevila es un escritor que en sus obras ha reflejado estados cambiantes de su alma. Así en "Jardines solos" y en el "Poema de nenúfar" el amor, que es la parte tónica, campea en esos poemas, y en "Melpómene", la tristeza de su corazón, fluye en esos cantos con la espontaneidad, que es su característica.

La figura de Capdevila en las letras argentinas cada vez recobra más relieve.

Elementos de literatura preceptiva, por ALFREDO COSTA RUBERT y DOMINGO MORALES

La obra con que encabezamos estas líneas, tiene el privilegio de la comprensión; como se adapta a los programas de los colegios nacionales y escuelas normales, creemos que reportará a aquellos un gran beneficio.

Los señores Rubert y Morales han sabido mezclar a la selección de las poesías de poetas consagrados el estudio de las diferentes formas y metros del verso, como así también de su construcción.

Es un libro interesante, y como dice el prologuista, señor Alonso Criado: "es una guía y no un texto, en el sentido hermético de la palabra, pues tan sólo presenta un esquema de curso, dejando al profesor la tarea de complementarlo y evitando al discípulo la rudimentaria y afligente tarea de memonizarlo."

Este libro es meditado, fácil de comprender y sus ejemplos y demostraciones facilitan en una forma clara el estudio de las combinaciones métricas. Aún cuando está inspirado en otros tratados, difiere de aquellos, se hace más explícito. Es una obra recomendable e interesante, que reportará un gran beneficio a la juventud.

Alfredo L. Palacios, por ANTONIO HERRERO, Buenos Aires

El señor Antonio Herrero, que hace algunos años publicó un estudio meticuloso sobre la personalidad de Almafuerte, ahora ha dado a luz una nueva obra que trata de la personalidad del doctor Alfredo L. Palacios.

El autor analiza la actuación del inteligente parlamentarista, los propósitos de su obra, su acción universitaria, como así también nos describe su retrato moral.

Tratándose de una personalidad como la del Dr. Palacios, cuya acción es conocida del público, por su actuación en el Partido Socialista años atrás, sus proyectos y sus leyes, la obra no puede ser menos interesante.

Con un estilo galano, el señor Herrero ha sabido describir el desenvolvimiento en la política, del Dr. Palacios, como así también sus hechos con las ideas adversas, y ha reflejado con acierto su temple de batallador, su carácter y la bondad de su corazón manifestada siempre, aún con sus mismos enemigos.

Quizá en la obra exista un poquito de apasionamiento, pero, se justifica, el señor Herrero la ha escrito con sinceridad, con admiración.

En síntesis, es un buen libro que acusan en su autor a una brillante pluma y honra a las letras argentinas al ocuparse de un espíritu febriciente y batallador como el del doctor Palacios.

Claudio Torregrís, por EUGENIO JULIO IGLESIAS

He aquí una novela que desde su iniciación despierta la curiosidad, se hace interesante.

En estos tiempos que surjen muchos novelistas con obras de escasos argumentos, pesadas y pobres de literatura, esta novela se hace única, interesa por sus descripciones y por lo bello de su estilo.

Conocíamos la labor dispersa de este escritor, que con este nuevo libro viene a reafirmar sus cualidades de observador.

Nada hay que pueda anatematizarse en esta obra, por demás irónica, bien desenvuelta con la personalidad de Torregrís, siempre en acción, se hace estimable y digna de estudio.

—Novelas así, trazadas de este modo, honran la literatura americana, perduran siempre.

Nosotros creemos que el señor Iglesias reúne grandes cualidades para este género literario y a medida que vaya forjando nuevas obras de esta naturaleza, se irá superando, recobrará mayor dominio en la descripción de sus héroes.

"Claudio Torregrís", es una de las novelas más interesantes del año, por su valor literario y su argumentación.

Prosa campera, por SIMÓN P. BAYONA

El señor Bayona nos da este libro con narraciones camperas, las que están bien observadas; el estudio que hace del ambiente es bueno y vívido, uniendo a él la emoción, cosa esencial en toda obra.

Algunas descripciones empalidecen, pero esto no altera la sinceridad manifestada en ellas.

Estos libros de ambiente criollo nos hacen rememorar la tradición, por eso aunque repetidos siempre en el asunto, se hacen estimables.

P. B. V.

México, por MARIO D'ARPI

Edición del "Instituto Italiano d'Arti Grafiche", Bergamo, Italia

Hemos recibido un ejemplar de este interesante libro, redactado en castellano y lujosamente impreso, el cual viene a enriquecer la importante serie geográfica editada por el "Instituto Italiano d'Arti Grafiche", de Bergamo, siguiendo la plausible iniciativa de divulgación científica emprendida por dicha institución.

Como dice el doctor Callegari, en el prólogo de la obra que nos ocupa, el volumen "contiene unos apuntes de historia de las tres épocas: precolombiana, colonial y moderna, que nos dan a conocer las agitadas vicisitudes de aquel pueblo, durante los últimos seis siglos; sigue una descripción geográfica-política que muestra cuidadosamente cuanto pueda interesar al lector sobre sus productos, sus industrias y su comercio. Los cuadros y tablas estadísticas relativas que presenta, rigurosamente calculados, resultan de la mayor utilidad aún para una rápida consulta. Numerosas y bellas fotografías—varias de las cuales son originales—representando los fascinadores panoramas, las maravillas del arte precolombiano y las glorias del arte colonial y moderno, ilustran esta obra haciéndola, también, un verdadero libro de arte.

Hemos recibido

El cuerno de oro. (Cantos de amor, de sueño y de locura), por Godofredo Lazcano Colodrero.—Edición A. Biffionandi. Córdoba, 1925.

De mi musa. Poemas, por Eduardo Benet. —Edición Excelsior. Cienfuegos (Cuba).

Tutankhamon en Creta, por D. Merejkowsky. Traducción de I. Samet.—Edición Biblioteca Crítica. Buenos Aires, 1925.

Calcomanías, por Oliverio Girondo.—Edición Calpe. Madrid, 1925.

Tu honra y la mía. Comedia dramática en tres actos y en prosa, por F. Defilippis Novoa.—Edición H. A. Tommasi. Buenos Aires, 1925.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo-Argentino. — Año IV. Número 40. Buenos Aires.

El comercio exterior argentino en 1924 y 1923.—Publicación de la Dirección General de Estadística de la Nación.

Mensaje del gobernador de la provincia de Jujuy, señor Benjamín Villafañe, leído al inaugurar el período legislativo de 1925.

Revista del Ateneo.—Año II. Número 10. Jerez de la Frontera (España).

Relatorio presentado ao Exmo. Sr. doctor João Suassuna M. D. Presidente do Estado da Parahyba pelo Professor Alvaro de Carvalho.

Revista Bimestre Cubana.—Volumen XIX. Número 6. Habana.

El camino de Eros, por SAMUEL E. de MADRID

Samuel E. de Madrid, que se incorporara a la joven vanguardia espiritual en el año 1923 con su volumen de versos "Las horas que van pasando..." y al año siguiente publicara "Las tardes pensativas", ambos favorablemente acogidos por el público y la crítica, ha dado a la estampa recientemente un pequeño y elegante tomo de poemas en prosa.

Pequeño y breve, como un misal, el nuevo libro del poeta de Madrid ha de resultar tal vez un acontecimiento en nuestros círculos literarios en los que la prosa poética ha sido desechada al parecer temporariamente.

Los asuntos que toca el autor de "El camino de Eros", no son tampoco aquellos que suele gustar el paladar del público grueso, por la delicadeza de su tono y el dejo de dulce amargura que suele hallarse en el fondo de algunos de sus capítulos.

Poemas eróticos, tal vez, debió llamar de Madrid a su libro, pero, quizá por la innoble acepción que tales palabras han encontrado en el vocabulario vulgar le alejó del breve y verdadero título de su obra.

Porque en verdad son poemas eróticos los que comentamos; poemas eróticos en su sentido más puro y clásico; poemas eróticos llamaban los trovadores árabes a sus cánticos amorosos, en los que la pornografía hubiera sido considerada como un atentado a la majestad de la belleza.

El libro de de Madrid, no es otra cosa que poesía y amor. Amor poético y vívido. Los que le conocemos, podríamos afirmar que sus páginas serenas algunas, como la titulada "Y haré el pan blanco", apasionadas cual "Celos", dulcemente melancólicas como lo es "Avecillas viajeras", reflejan nítidamente las horas santificadas por los sentimientos humanos más elevados.

Un notable verismo irradia de todos sus capítulos. No se trata ya del romántico que canta a la amada inaccesible o lejana o irreal; cántale de Madrid a una mujer que ama y con la cual lucha en ese combate en el cual Eros suele triunfar siempre sin que hayan vencidos en la lidia inmortal. Y es a esa mujer que el autor dedica su libro humano, volcando en las páginas, toda la castidad, toda la pasión, toda la vehemencia de un amor intenso y febril, como lo haría en las cartas personales e íntimas.

He aquí uno de los positivos méritos de "El camino de Eros"; de Madrid ha tenido la valentía de desnudar su espíritu ante el lector; presentarle los suavísimos instantes que el amor depara, sus vacilaciones, sus angustias...

Y en la forma, encontramos, claro está, que guardando distancias, los perfiles inconfundibles de Lamartine, Musset, Tagore y algunos escritores rusos.

Estos últimos, por la violencia de algunos párrafos, cuan el mencionado "Celos" y los dos primeros, por la suavidad y música de sus giros, de muchos capítulos. Tagore, no ha sido imitado; la sencillez de sus palabras, tan claras y penetrantes, han hallado campo propicio en el medio tono de "El camino de Eros" y en "Rayito de Sol" brilla inconfundible.

Y terminamos esta breve reseña, expresando que el libro de Samuel E. de Madrid, puede ser olvidado por la crítica interesada o dócil únicamente a las influencias de los consagrados, pero esto no afectará ciertamente la honestidad y belleza de la obra realizada.

Y de Madrid, con "El camino de Eros" habrá reafirmado su prestigio de escritor y de poeta.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Higiene especial de los tuberculosos.—2.º Habitación. La habitación donde el enfermo dormirá solo, no debe contener más muebles que los estrictamente necesarios, todos los cuadros deben suprimirse; se dejarán entrar todos los días abundantemente aire y sol, que son los mejores antisépticos. Se lavará después de barrida, lo cual no debe hacerse en seco. De cuando en cuando, y especialmente en ausencia del enfermo, debe desinfectarse la habitación.

3.º Piel y vestidos. Fricciones secas, luego alcohólicas, a continuación agua fría, reemplazada más tarde por duchas. En cuanto a la ropa que está en contacto directo con la piel, deben emplearse camisas y calzoncillos de lana blanca y gruesa, friccionando incesantemente la piel, y reemplazar muy a menudo la ropa. Suprimir los corsés; nada de vestidos largos que arrastren por el suelo, ni de sombreros pesados.

4.º Boca. Prohibición de fumar, desinfección frecuente de la boca, y cuidado de los dientes.

Higiene especial de los hijos de tuberculosos.—Los hijos de tísicos deben ser alejados del lado de sus padres y amamantados en el campo por una buena nodriza cuidadosamente vigilada. Se evitará todo lo que pueda estorbar la respiración de los niños, principalmente el empleo de velos tupidos, colocados muy cerca de la cara, y que obligan a respirar por la boca. Convertir al niño en un aldeanito; reemplazar la vida urbana por la vida campestre, la vida en las habitaciones por la vida de campo, la privación del sol por la exposición al sol, el temor del frío por la afición a los baños calientes por los baños de río, el reposo por la actividad, los ejercicios intelectuales por los musculares, en una palabra vivir una vida natural; esta es la mejor profilaxia.

Después se debe procurar que el niño no vaya al colegio como alumno interno y se debe dedicar a una profesión en la cual tenga que estar mucho al aire libre.

Consultorio del hogar

La habitación de un enfermo. — Tan pronto como la enfermedad ha hecho su aparición, sea peligrosa o no, infecciosa, contagiosa, se debe meter el enfermo en la cama sin cambiar en nada sus costumbres, es decir, instalándolo en la habitación que ocupa habitualmente. Esto además es casi siempre una necesidad, porque la pequeñez de las casas obliga a ello por la instalación, pues arreglar una habitación especialmente para los casos de enfermedad, es casi imposible; además, la idea, sería rechazada con espanto por los supersticiosos que creerían ver en eso un prestigio maléfico.

Admitamos, pues, que es preciso permanecer en la habitación ocupada de ordinario, pero habrá que disponerla para este incidente o accidente y hacer desaparecer los elementos absorbentes y modestos, organizar la farmacia especial, añadir mesas cubiertas de paños blancos, renovados con frecuencia, no dejar en ellos flores asfixiantes, ventilarlas por todos los medios, ventanas y chimeneas, sostener una temperatura siempre igual para que el enfermo no experimente pasmos. La temperatura normal debe ser de 16º a menos de indicación especial del médico. Una bronquitis, una pulmonía o una angina reclama una temperatura más elevada que la tifoidea o una congestión cerebral. No se debe con un calor excesivo aumentar la fiebre ni provocar el delirio. En otras circunstancias provocar un enfriamiento repentino sería también fatal. La persona que acepta la responsabilidad debe dirigir los cuidados, verificar las cosas y remediarlas.

En las enfermedades contagiosas infecciosas, no debe titubear, de retirar los muebles, se quitan los cortinones, las colgaduras, y las alfombras; se sanea la habitación por todos los medios posibles y se aisla al enfermo de todos los peligros que se puedan introducir por los elementos receptores. Muchas enfermedades, reputadas graves, seguirían su curso normalmente sin las complicaciones introducidas por los descuidos. La situación no parece desesperada y de pronto un traumatismo se produce desconcertante, terrible, y es que las precauciones eran insuficientes o se habían debilitado por una seguridad engañadora. Se debe velar sin descanso, velar continuamente, y cuando la muerte se cierne encima de la presa que ansía, hay que disputársela valientemente, hay que desarmarla y oponerle una tenacidad que muchas veces la pone en fuga.

Cuando el local permite tener una habitación para enfermería, sobre todo cuando esta precaución no crea terrores infantiles, se debe amueblar la pieza para este uso con una cama de hierro o de cobre y los colchones y las almohadas siempre limpias y en buen estado. Las paredes deben ser pintadas o estucadas y las cortinas blancas y muy limpias; un linoleum en el suelo, mesas y sillas, pero nada de telas. No hay que olvidar el santo terror que deben causar los microbios. Por otra parte se colocarán allí todos los utensilios indispensables a las necesidades del enfermo y para las diferentes recetas del médico, todo ha de estar al alcance de la mano y en buen estado. La farmacia casera se encontrará en un armario, lo que permitirá recurrir pronto a los medicamentos recetados. Una chimenea para leña, que da el calor suave y se puede regular a la voluntad, no dará dolor de cabeza al enfermo. Y una vez tomadas todas estas precauciones con toda serenidad, tal vez sean inútiles, porque la enfermedad es fantástica, como el peligro, y muchas veces no hiere más que a los que temen.

Consultorio femenino

Rosa María. Mendoza.—Para conseguir un perfume exquisito proceda así: Coja violetas salvajes que sean frescas, córteles el peciolo y póngalas en un frasco de cuello largo extendidas lo mejor posible, agrégueles por encima una capa de sal fina, luego una capa de violetas, otra de sal fina y así siempre, hasta que se terminen las violetas.

Cierre herméticamente por medio de un género fino y un tapón de corcho, ponga sobre el corcho un peso que impida que el corcho se levante o se afloje.

No llene el frasco más que hasta la mitad y póngalo al calor cerca del fuego o de la salamandra durante quince días más o menos.

Después guarde el frasco en un armario y destápelo. El olor de las violetas se esparcirá en el armario como si acabase de cogerlas y la lencería se impregnará.

Julieta R. Capital.—Para combatir el vello en los brazos muchas personas recomiendan el agua oxigenada como se vende en la farmacia, pero ahora se ha comprobado que lejos de debilitar al pelo como se creía, activa su crecimiento.

Para que el agua oxigenada obre, es preciso elegir una dosis concentrada, de 50 volúmenes más o menos.

Se aplica directamente con un algodón, repitiendo diariamente esta operación.

Al cabo de algunos días de tratamiento, se interrumpe, dejando descansar a la epidermis, luego se empieza nuevamente.

El ácido fénico y el formol pueden ensayarse con el mismo resultado.

Bajo su acción el pelo se debilita, palidece y muere.

Naturalmente el efecto no es inmediato, se necesita un poco de paciencia.

Amanda E. San Nicolás.—Desde el momento que note la presencia de caspa en su cabeza, deje de ondularse y lavarse con Schampoing si desea curarse y dos o tres veces por semana fricciónese la raíz de los cabellos con:

Vaselina blanca.	50	gramos
Resorcina.	1	„
Extracto de quina. . . .	5	„

o también con:

Precipitado amarillo. .	5	centígramos
Vaselina oficinal. . .	5	gramos

Lávese con una yema de huevo batida en agua tibia, adicionada de un vaso de agua Colonia. Nada de jabón y sobre todo nada de potasa ni soda.

Elvira G. Avellaneda. — Contrariamente a las pieles secas, las pieles grasas tienen los poros muy dilatados.

Esta leche de belleza sabe hacer maravillas:

Agua de Colonia.	250	gramos
„ de rosas.	240	„
Bórax.	10	„

Lociónese después de la toilette, mañana y noche.

Mary A. Belgrano.—Una buena pomada para las manos es la siguiente:

Tintura de benjuí.	25	gramos
Glicerina	15	„
Vaselina.	20	„
Bórax.	5	„

Mezcle bien todo, guarde en un tarro de porcelana, úntese las manos por la noche y use guantes para dormir.

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

CUIDADOS DEL CUELLO Y AXILAS

Para evitar las arrugas.—Las arrugas del cuello se cuentan entre los estigmas de la edad que importa más tratar de borrar, cuiden su cuello, lociónenlo, dense masajes y hagan ejercicios de gimnasia que no serán menos eficaces que las cremas y aguas de toilette.

Los ejercicios más saludables son los siguientes:

1.º Levantar la cabeza y echarla hacia atrás, para volverla en seguida a su posición normal en dos tiempos.

2.º Inclinar la cabeza a derecha, a izquierda, en cuatro tiempos.

3.º Volver la cabeza a derecha y a izquierda, en cuatro tiempos. Evitar la inclinación de la cabeza hacia adelante.

Entre las unciones recomendables para borrar las arrugas del cuello, les recomiendo la siguiente:

Agua de rosas.	40	gramos
Glicerina.	40	„
Agua oxigenada.	25	„

Las paperas.—Para evitarlas se hacen macerar durante media hora en agua hirviendo la corteza de una encina joven. Se moja en esta decocción un pañuelo que se ata al cuello.

El tanino y el alumbre son recomendados con frecuencia como astringentes. Se emplean en compresas.

La sal de cocina y las compresas de vinagre son también recomendables.

La higiene de las axilas.—Debajo del brazo es el sitio de abundantes secreciones. Es por esto que todas las mujeres adoptan, con el fin de preservar sus trajes, una sobaquera cosida a la tela y que se coloca debajo del brazo.

No debe olvidarse el buen funcionamiento del estómago y de los intestinos.

Independientemente de esta precaución, que se impone de un modo absoluto, es preciso tener cuidado cada día, de proceder a abundantes abluciones de agua fresca alcoholizada.

En el caso de ser seriamente sujeta a la transpiración de las axilas, les aconsejo empolvarse con alumbre y aplicarse cataplasmas de raíz de cardo y de azucenas hervidas, en igual proporción.

Para borrar el doble mentón.—Los ejercicios que recomiendo para borrar las arrugas del cuello son excelentes para hacer desaparecer el doble mentón tan desagradable.

Pueden hacerse también aplicaciones de compresas embebidas en agua de rosas después de haber frotado el mentón con la siguiente preparación:

Bálsamo de Opodeldoch. .	30	gramos
Yoduro de Potasio. . . .	1	„

El masaje debe practicarse desde el centro del mentón a las orejas, sin hacer pliegues y desde la parte inferior de las mejillas hacia arriba.

Las compresas se aplican en forma que levanten los tejidos. Estas se aplican por la noche, antes de acostarse y se conservan hasta el otro día. A la mañana se lava con agua fría.

Las duchas de agua fría sobre el mentón contribuyen mucho a apretar los tejidos.

Se duerme siempre de espaldas, con la cabeza hacia atrás.

No debe olvidarse el buen funcionamiento del estómago y de los intestinos.

Para nuestros pequeños

1. **Traje en tela de lana beige. Ribete de trencillas con el mismo tono. Corbata de cinta marrón.**
2. **Blusón de nubiana verde, bordado con lana anaranjada en el cuello, mangas y abertura. Aplicación bordada con anaranjado, azul y gris.**
3. **Blusa rusa en pañito azul vivo, adornado con satín negro. Bordado gris y negro.**
4. **Detalle del bordado del blusón N.º 2.**



COLABORACION ESPONTANEA

Intima

Vuelve otra vez a mi alma la congoja,
huéspeda malhadada que creía
huída para siempre, y cuya fría
racha, el rosal de mi ilusión deshoja.

Y al rodar tras el golpe cada hoja,
bajo el cielo de gris melancolía,
su roce es como un grito de agonía;
tan triste su caída se me antoja.

Y hacia el pasado vuelve mi memoria,
y lee en cicatrices caprichosas,
pasión, odio, dolor; toda mi historia.

Pero, iluso, repito ante mi ruina:
hoy las hojas, ayer fueron las rosas,
¡acaso esté la dicha en una espina!

E. RODRIGUEZ GARCIA.

El éxodo

Con las bocas entreabiertas, las miradas apagadas,
jadeantes los alientos, palpitante el corazón,
va, famélica, la turba, por comarcas desoladas,
escapando de las pestes y el estrago del cañón.

Acaricia la llovizna los escuálidos semblantes
y se clavan las pupilas en la larga carretera,
mientras vuelan, por los cielos, mil legiones de gigantes
que, en las nubes cabalgando, no sofrenan su carrera.

Afiebrados van oyendo bellos cantos de esperanza
que otros días entonaran en los campos de labranza
y que el viento, en sus oídos, hoy repite de otra suerte.

Y sonriendo por lo bajo con satánico embeleso,
impasible ante las penas que los rinde bajo el peso,
con su mano descarnada, va empujándolos la Muerte...

Leonardo A. COLOMBO.

"Dolly"

Nuestra buena perra siempre había sido
cariñosa y fiel.
Y una tarde fría se murió la pobre,
y no sé de qué.

Su fosa cavamos al pie de la higuera
y junto al vergel,
y allí la enterramos entre yo y mi hermano
al obscurecer.

Los dos, sin mirarnos ni hablarnos siquiera,
sufriendo tal vez,
postramos las frentes... ¿Por qué se nublaron
mis ojos?... No sé.

Vi un montón de tierra y unas cuantas hojas
caídas... Después,
levanté los ojos y vi que mi hermano
lloraba también.

Víctor J. MUSCHIETTI.

La suprema ansiedad

¡Eterno descontento!, di, ¿qué quieres?
te di mi alma apasionada y pura
vaso es mi cuerpo do tu sed apura
la ambrosía de todos los placeres...

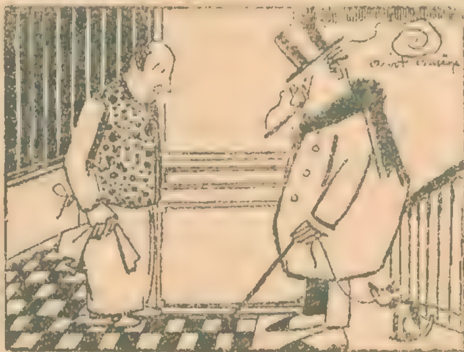
¡Eterno descontento!, di, ¿qué quieres?
si odiaste la razón, fuí tu locura...
si niño te sentiste, la ternura
superé yo de todas las mujeres...

Me entregué a tu capricho soberano
y cual dócil arcilla, así en tu mano
nuevas formas y espíritu cobré...

¡Toda tuya! Morir... si lo prefieres:
¡eterno descontento!, di, ¿qué quieres?
—¡calla, calla, mujer, que no lo sé!

Albino REY.

VIDA SOCIAL



—El señor barón está de viaje.
—¿Viaje de recreo?
—No. Se ha ido con la señora.

Así...

Para la Nata.

¡Mírame así, con la profunda calma
de tus pupilas húmedas y puras
y que su luz, llegando hasta mi alma
rasgue las sombras del dolor obscuras!

¡Bésame así, y que tus besos sabios
pletóricos de fuego y de ambrosía
hagan brotar en mis marchitos labios
una dulce sonrisa de alegría!

¡Háblame así, y que el melifluo acento
de tus frases de amor y de confianza
despierte en mi ser el sentimiento
y la muriente flor de la esperanza!

¡Y ámame así, con la voraz pasión
de tu alma ardiente y soñadora;
y que halle en tu amor, mi corazón
la dicha inmensa de una nueva aurora

Domingo F. ARIETTI.

Reflexiones

Para "Fray Mocho".

El que hace el bien, el que es caritativo, no por sentimiento natural sino para congratularse con algún dios y hacerse acreedor de cualquier prometida recompensa, es el peor de los egoístas.

—

Nadie puede decirse a sí mismo soy honrado si no ha tenido ocasión para comprobarlo.

—

Entre la prudencia y la cobardía sólo hay un paso.

—

Mucho, mucho se ha hablado sobre el amor, pero lo único cierto es que todos caen en él.

—

¿Qué es el amor?, le pregunté a un poeta. "Es la unión espiritual de dos almas", me dijo; le pregunté a un hombre de ciencia, y me contestó: "Es un estado patológico del individuo. ¡Elije entre ambas respuestas.

—

Mi primera desilusión la sentí cuando, niño aún, la maestra me explicó que el cielo no era nada más que una capa de aire.

—

Discutían en cierta ocasión un cínico y un hipócrita: Los hombres son egoístas, dijo el cínico; no, le replicó el hipócrita: cuidan sus intereses.

—

El hombre piensa constantemente en hechos probables que a veces no se realizan; pero jamás piensa en la muerte, que es lo único cierto después que se nace.

—

Es ésto, una felicidad para la humanidad y para el hombre.

—

El que aprueba la tiranía, es porque se ve tirano; pero jamás se ha puesto en el lugar de los tiranizados

—

El orgullo humano es la única causa que nos ha hecho concebir la idea de que somos semejantes a los dioses y creados por ellos.

—

Una de las maneras fáciles de llegar a ser sabio, es expresarse de modo que nadie lo entienda.

Sidney N. RUBINO.

El bufón

I

Princesa: Los encantos de vuestra tez, los negros diamantes de los ojos y vuestra linda boca, fulgen en la alegría de este día risueño, que cae desde el cielo como una rosa roja.

II

Vuestro bufón, Señora, (¡Frívola sois, Princesa!), hace sonar las perlas de vuestra fresca risa, mientras allá en el fondo de su alma pierrotesca, siento brotar sus lágrimas en fuente cristalina.

III

¡Sois ingenua, Señora: No sabéis lo que ocultan unos labios que ríen para disfrazar su pena. Como reís, sin tregua, vuestros juegos no buscan sino hallar el encanto de un momento. ¡Princesa:

IV

Reís, en tanto, y vuelan hacia los baldaquinos, las ansias del bufón que quisiera besaros. Ha seis años que muere por vuestros labios vivos, pero ¡ay!, para la risa nacieron vuestros labios...!

José A. MICHELI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

VENCIDO

Novela original por
Berta J. de THESLEFF

I

Los tranquilos y soñolientos habitantes del pueblo de Bompland, en Misiones, fueron despertados cierta mañana de verano, por una voz, cuyos gritos: ¡Coliflor! ¡Coliflor!, se oían de casa en casa. Era un verdulero francés, colono, que había comprado un lote allí donde termina el último campito y empieza el bosque, grande, espeso y misterioso. Había cortado los gigantescos árboles, los había quemado y allí plantado su huerta de verduras, cuyos primeros productos hoy ofrecía por el pueblo.

Llegó de Francia con su mujer y cuatro hijos. Ella era rubia, con tez rosada. Él, un tipo francés meridional, cara morena y expresiva, ojos obscuros y grandes. Antes de casarse llevaba una vida alegre, aventurera. Con los zuavos fué al Africa, tomó parte en los ataques contra los beduinos. Tenía fama en el regimiento de cantor alegre y de valiente. Cuando volvió a Francia, no había acción heroica o peligrosa de que no se vanagloriase ante su pueblo. Con su gallardía y con sus canciones guerreras y patrióticas conquistó el amor de Nancy y se casaron.

La vida en la pobre aldea se hizo más difícil cada año y como la familia de Jean Beau—que así se llamaba—creció también por año, él resolvió salir de su patria e ir a la Argentina, el país, que ya por su nombre, parecía prometer riqueza y bienestar.

Cuando llegaron a Buenos Aires, se encontraron con varios agentes de colonización y entre ellos había uno que con tan lindos colores sabía pintar el idilio de la vida de los colonos en Misiones, el paraíso de la Argentina, que Jean Beau, entusiasmado, compró un lote de tierra allá y se preparó para la vida hermosa que prometió el agente.

La mujer de Jean Beau, la rubia Nancy, pensaba con melancolía en que estaban por terminarse los días de su estada en Buenos Aires. Su rubia frescura de campesina despertaba interés en más de uno de los rostros pálidos y cansados que, durante sus salidas, encontró y, aunque no comprendía las palabras que al pasar le dirigieron, bien sabía que eran homenajes a sus atractivos de mujer bella y joven. Muchas veces se sentía como quien despierta de un sueño, encontrándose con la realidad ya casi olvidada, cuando, entrando en la pieza del hotelito, hallaba a sus hijos que la esperaban, el más chico levantando los brazos y gritando de alegría.

—Mis pobrecitos,—decía, entonces, besándolos,—aquí trae mamita algo para ustedes.—Y allí, entre sus hijos, se desvanecían, por el momento, los ambiciosos pensamientos que le habían invadido por la calle.

Pero los tenía siempre y de noche. Cuando los chicuelos ya dormían tranquilos, preguntaba a su marido si no quería ir a pasear y, ya en la calle, sin darse cuenta, buscaba las miradas, las provocaba, y sentía su corazón llenarse de orgullo y satisfacción cuando los paseantes clavaban miradas deseosas en su boca, fresca y sonriente. Cuando Jean Beau, cansado de pensar en el porvenir, dormía, seguía su mujer pensando en aquellas miradas y gestos de admiración de que había sido objeto durante su paseo.

Al fin llegó el día de embarcarse para Misiones y Jean Beau con su familia se dirigió al vaporcito que debía llevarlos hacia la vida tranquila y feliz de colono. De pie sobre la cubierta del vapor veían alejarse, poco a poco, las innumerables luces de Buenos Aires.

Jean Beau miraba como los otros, pero en su mente se reflejaba otra vista: árboles, plantaciones, una casita. Los chicos miraban las luces, contándolas y la mujer de Jean las miraba también, pero las miraba, como las había visto la noche que vagaba por la calle Corrientes, pasando por delante de los teatros y viendo muchas luces, muchas mujeres bonitas y muchos, muchos caballeros.

Cuán diferente de mi vida es la de ellos,—pensaba—y sin embargo, soy yo también joven y bonita y desearía sentir la alegría y el júbilo que deben sentir aquellas gentes. Nunca éstas estarán tristes, nadarán en una continua felicidad. Y yo, yo voy a Misiones y quizás nunca veré las cosas que he visto en estos días.

Sentía en su corazón una amargura de envidia y de descontento, sentimientos hasta ahora desconocidos, en su vida de aldeana sana y sencilla.

II

Nancy, sentada en la puerta de la carpa, miraba hacia afuera.

Delante de ella se extendían los cultivos de su marido y más allá estaban los árboles enormes del bosque virgen. Su mirada pensativa vagaba del bosque a sus hijos, de los cuales los dos más grandes jugaban a su lado.

¡Qué negros y delgados se habían puesto sus hijos! ¡Cómo habían crecido! Parecían viejos con sus caras preocupadas por el trabajo.

De los chicos su pensamiento se volvió al padre. El también había cambiado aún más que éstos, él también estaba flaco y negro; no conservaba de antes sino los ojos, vivos y enérgicos. Además, había empezado a emborracharse cada vez que iba al pueblo con verduras. Concluirá por maltratarme, seguía pensando.

Aquí todos los hombres beben y se emborrachan. ¿Por qué será? ¿Por qué pierden sus buenas maneras y se ponen tan repugnantes? La vida de colono es odiosa. No deberíamos haber salido nunca de nuestro país. Allá, por lo menos, había casas. Aquí solamente los ricos tienen casas, los otros nada más que ranchos y carpas. Nosotros no hemos salido nunca de carpas. Y qué horrorosas son las serpientes que entran y salen a su gusto; como no hay paredes que lo impidan... Acaso no encontramos, al entrar por primera vez en la carpa recién levantada, una serpiente enorme que muy tranquilamente se había acomodado bajo el lienzo con la asquerosa cabeza afuera, al calor del sol.

Los otros colonos cuchicheaban de que esto era un mal augurio y razón habían tenido a lo menos en cuanto a ella, pues bien desgraciada se sentía.

¡Dónde estaban el bienestar y las riquezas prometidos por el farsante del agente?

¡Qué feos se habían puesto todos! Parecían moros. Ella no tenía valor para mirarse al espejo de miedo de encontrar en vez de su cara blanca algo parecido a aquella negra Julia que parecía como si estuviera tragando un conejo. Sin embargo, a pesar de esto, todos los colonos buscaban a Julia y hasta se peleaban para tenerla en su rancho. Daba asco pensar en ello.

Aquí estoy yo, y no veo el medio para salir. Hablar con Jean es como hablar con la mula. Bien merecido tiene el sobrenombre "Coliflor" que los colonos le habían puesto en su primer entrada al pueblo.

¿Cómo hago para salir de aquí?

Por primera vez se le ocurrió la idea de que podía dejar todo, irse, escapar.

¡Adónde?

Una extraña calor se dejaba sentir en sus venas cuando pensaba: a Buenos Aires.

Recordaba, como en una visión, que una noche, allí, en una calle muy iluminada, había visto acercarse un auto ocupado por una señora joven acompañada de dos caballeros. La señora era muy linda, pero no era en ésta que pensaba Nancy; pensaba en el pie de la señora que mostró al bajar del auto, un pie diminuto, de tobillo delicado, alrededor del cual brillaba un ancho anillo de oro, con piedras que echaban chispas.

En su vida había visto semejante cosa. Qué lindo y qué chic. Qué monada de moda. ¿O era quizás sólo una ocurrencia de aquella señora tan hermosa, tan querida y feliz? Nancy miraba, pensativa, sus alpargatas. También ella se sentía capaz de tener ocurrencia. Se despertó de sus visiones por el grito de uno de los chicos que, jugando, había caído y chillaba esperando que lo levantaran. Corrió hacia el chico y al verle llorando en sus brazos, dijo para sí: ¡Y éstos, qué hago con éstos? Para llevarlos conmigo me falta dinero, y tampoco puedo dejarlos. No, no puedo abandonarlos; estoy condenada a quedarme aquí. Sentía su corazón llenarse de odio y fastidio y poco a poco empezó a ver menos imposible dejarlo todo, hasta sus mismos hijos. Les sería más útil trabajando y ganando dinero en Buenos Aires que quedándose aquí, donde nada podría hacer. De allí mandaría dinero, ropa y muchas otras cosas para su marido y para ellos. Había oído decir que se pagaba lo increíble, en Buenos Aires, por cocineras francesas. Ella sabía cocinar; ¿por qué no podría ganar aquello increíble?

Cuando Jean Beau volvió del pueblo no pudo menos de notar la expresión contenta que las secretas esperanzas habían dejado en la cara de su mujer.

—Te veo tan alegre—dijo—¿qué pasa? Su tono revelaba la esperanza de buenas noticias.

—Nada—contestó Nancy—estoy mirando el juego de los chicos. ¿Cómo han crecido! ¿No te parece?...



Lo que vo el sabio al besar.



Jean observó a su mujer con desconfianza. Si no había pasado nada de extraordinario, ¿Por qué tenía ella, por primera vez en tantos años, el semblante feliz?...

El corazón de Jean latía más fuerte. Si volvería ella a ser la de antes..., volvería a tener el rostro inocente y dulce de los primeros años de su casamiento.

Una ola de sangre, al presentir nueva felicidad, subió a la cabeza de Jean, cuando de reojo observó a su mujer y la vió rosada, con los labios entreabiertos, como deseosos de decir palabras amorosas.

¿Dios mío, qué habrá producido este cambio en ella?

Quizás alguien ha venido durante mi ausencia... Sereno preguntó si había llegado un compatriota a quien esperaba.

No, nadie ha estado aquí—contestó Nancy.—Ya más seria preocupábale el modo que debía emplear para comunicar sus proyectos al marido. Estaba resuelta a escaparse si éste se oponía. Más tarde, cuando hubiera vuelto con fortuna, ya sabría reconciliarse con Jean.

Sentarónse a comer y, mientras comían, uno de los chicos dijo:

—Papá, yo solo he sacado este choclo y éste... y éste. Pronto puedes dejarme ir al pueblo con la verdura.

—Papá—dijo el otro—¿cuándo me dejas ir a la escuela? Quisiera tanto saber leer.

—Mamá les va a enseñar,—contestó Jean—no podemos pagar pensión en el pueblo y es imposible ir desde aquí y volver todos los días.

—¿Y si alguien se fuera más lejos a ganar el dinero necesario para todo ésto y mucho más?—dijo Nancy, tomando la palabra.

Jean miró sorprendido a su mujer.

—¿Cómo podrían ustedes cuidar la chacra, y quién iría al pueblo a vender los productos de la huerta?

—No he dicho—replicó Nancy—que tú te fueras de acá.

—¿Quién entonces?—preguntó Jean, mientras sentía como si dos manos de hierro le apretaran el corazón, porque empezaba a comprender.

—Yo; ¿por qué no podría ir yo? —dijo Nancy, y viendo que su marido no contestaba, empezó a explicar las posibilidades que tendría para ayudarles; quedaría el tiempo necesario para ganar lo suficiente y, cuando volviera, empezaría la felicidad y bienestar para todos.

Jean Beau quedó silencioso. Su mirada expresiva iba de uno a otro de sus hijos. Estos pobres sin madre. ¿Podría él reemplazarla? Después pensó en sí mismo. Sólo, sólo con la fiereza de la lucha en aquella vida nueva y difícil. No me querrá más; la vida aquí ha extinguido su amor. Si me amara, no iría. Es que ella ha cambiado, y no es cosa de hoy. No la he visto alegre nunca desde el momento en que embarcamos en Buenos Aires. ¿Por qué no quiere compartir nuestra vida de lucha y esperanza?

¿No son los chicos hijos de ella como lo son míos? ¿No es, acaso, para el bien de los chicos que hemos emigrado? Para el bien de ellos estamos aquí. Y todavía están en la edad en que más se necesita la madre que al padre. Es que no nos quiere más, pensaba con desesperación.

¿Qué haré yo para contentarla?...

La noche había cerrado y la carpa estaba alumbrada solamente por la indecisa llama del fogón; las sombras caían inquietas de un sitio a otro; los ojos de la mujer tenían un brillo raro, misterioso, con la vista fija en el fuego.

—¿Y tú—dijo Jean con voz insegura—eres en realidad capaz de dejar a los chicos, dejarnos a todos?

Si fuese para siempre, no—contestó Nancy—pero como es por algún tiempo y para el bien de todos, no veo nada de absurdo en esto. Me parece que ya hemos visto cómo tardan los adelantos aquí. Reflexiona un poco. Aquí ves unas cuantas chacras lindas. ¿Sabes cuándo vinieron sus propietarios? Hace veinticinco años. Y nosotros, después de ese tiempo, tendremos cultivos más o menos buenos, pero ¿acaso habremos vivido? ¿Debemos convertirnos en máquina de trabajo, lucha y privaciones para tener con que vivir recién cuando la vida no tenga atractivo alguno?

—¿Y los hijos?—dijo Jean.

—¿No es para el bien de ellos también,—continuó Nancy—si hay con que ellos pueden recibir instrucción, ser algo en la vida y vivir? Tú dices,—seguía con calor,—¿y los hijos? ¿Piensas realmente que quien se casa debe cambiar de ser humano para convertirse en una máquina de alimentación desde el día que nacen los hijos? Sería una injusticia imperdonable condenar a los padres a no pretender nada, a no existir más que para el bien de ellos. Somos muy jóvenes aún y al menos yo me siento con ganas de probar y de luchar, pero no aquí, donde no hay éxito, sino allí, donde yo puedo ver el fruto de mi trabajo, donde yo sé que si hago algo, recibo algo y mientras, también vivo.

Se calló. Había hablado con la violencia que sentía y esperaba con miedo, rencorosa, que el marido la contradijera. Pero Jean Beau no dijo nada. Levantóse y fué a sentarse en un banco delante de la carpa.

Sentía frío, un frío interno, que helaba su sangre y paralizaba sus ideas. Cuando esta primera impresión pasó empezó a sentir un dolor agudo en el corazón, un dolor que le daba ganas de gritar, de aullar de pena. Sentíase como si fuese una de las fieras del bosque vecino, obscuro y amenazador. Sentía que le era necesario hacer un esfuerzo físico cualquiera. Si hubiese podido arrancar con sus brazos uno de los inmensos árboles, tal vez esto le habría aliviado.

¿Qué podía hacer? No se sentía bastante fuerte para impedir la realización del proyecto de su mujer; su conciencia le decía que hasta cierto punto, tenía razón ella, y si él, a su manera, sacrificaba su vida para los chicos, no había razón para que ella no hiciera lo mismo. En su desesperación se ocusaba por egoísmo al sentir miedo de perder la amada compañera. Pensó que también ella hacía un sacrificio al ir a trabajar en casa ajena. ¿Por qué no podía él ser a la vez padre y madre para los chicos? Al fin no se trataba sino de una separación por poco tiempo.

Jean Beau se levantó y fué a la carpa donde encontró a Nancy, siempre en la misma postura. Le habló tranquilamente, dijo que si ella veía una solución en lo que había proyectado, él no se sentía con derecho de prohibírselo. Solamente puso una condición: que la separación no fuera por más de dos años. Si después de dos años los chicos no estuviesen en condiciones de recibir aunque fuera una rudimentaria instrucción, todos los sacrificios serían nulos y él la obligaría a cumplir con sus deberes de madre y mujer.

A medida que hablaba, Jean se puso más serio y seguro y las últimas palabras las dijo casi imperioso. Nancy lo miró con extrañeza. No había esperado ganar tan fácilmente. Pero en el fondo estaba alegre y contenta como si hubiera recibido un regalo inesperado.

Así la rubia Nancy fué a Buenos Aires para ganar dinero y gozar la vida, dejando marido e hijos en el bosque, para que se arreglasen como pudieran.

III

Un día, a la tardecita, Jean Beau y sus compañeros, sentados en el boliche del italiano Támis, acabaron de tomar la última copa de caña. Ya algo alegres discutían sobre variados asuntos y terminaron por hablar de sus mujeres.

—A ver, Jean,—dijo uno—¿por qué se te fué tu mujer?

—Te lo he dicho tantas veces,—contestó Jean—que ya lo has de tener bien sabido. Y como ya es tarde—continuó,—voy a ver si llego a la casa antes de anochecer.

Jean se levantó de la silla un poco tambaleante, con la cara encendida a causa de la caña o quizás por la pregunta, poco delicada, del otro colono. Sabía muy bien que la gente murmuraba, que a esta pregunta seguirían otras más indiscretas, pero, ¿cómo puede uno atar las lenguas de la gente, cómo evitar las miradas maliciosas que creía encontrar en los ojos de los otros? Había ya pasado un año y medio desde que se fué su mujer; al principio todo andaba a las mil maravillas; en los primeros de cada mes venían noticias y dinero, a veces hasta cincuenta pesos; pero ahora, ya iban once meses sin señal de vida por parte de ella. El había escrito a la dirección señalada, había escrito al consulado; todo sin resultado. Ninguna noticia de la madre de sus hijos.

Jean Beau monta, pensativo, en su caballo. ¿Quién hubiera pensado hace quince años que Jean Beau, el que fué a Africa, a India, matando negros y amando las compañeras negras de ellos; Jean Beau el cantor más popular y alegre del regimiento, tuviera penas insoportables a causa de mujer e hijos? "Mon Dieu", algo tiene aún del antiguo aventurero. En marcha y a cantar. Animándose empezó a entonar antiguas canciones. En la puerta se apeó, pues sentía los efectos de la caña. Agarró la cola del caballo y así seguían los dos por la picada estrecha del bosque, el caballo adelante con las alforjas de la verdura colgando a los lados de la montura y Jean atrás, cantando todo lo que daba la voz y recordando tal o cual episodio de su vida.

Volvió a la realidad recién cuando el caballo se paró delante de la puerta del alambrado de la chacra.

La noche había caído serena, fría, y la luna anémica del invierno brillaba con una luz casi lúgubre. Todo era silencioso, como la muerte.

Jean traspuso la tranquera, desensilló el caballo y se preparó a entrar en la carpa, cuando se le ocurrió contar a la luz de la luna el dinero que le quedaba de lo que había ganado con la verdura. Metió la mano en el bolsillo y sólo encontró unos níqueles y cobres. Sin pensar, había invitado a tomar un vaso a cada uno de los colonos que había encontrado y su dinero se había acabado. ¿Con qué seguir ahora? Con los cobres en la mano entró en la carpa y empezó a contemplar lo que allí se veía.

Dos de los chicos durmiendo en el suelo, flacos, negros, con la expresión de sufrimiento en sus caras sucias. En un catre dormía lo más grande con el más chico, todos con poca ropa, acurrucados de frío.

Jean pensaba que esto no podría continuar. Ya estaba seguro de que su mujer no iba a volver, que los había abandonado. No se sentía con fuerza suficiente para obligarla a volver al hogar y esto, además, era imposible, pues nadie sabía dónde estaba.

Para sus chicos necesitaba una mujer, ya que no tenían madre, y mañana mismo iría en busca de una por más que fuese la misma Julia. Con esta resolución se acostó para levantarse muy temprano y ponerse en marcha.

Su viaje tuvo éxito. Por indicación de otro colono encontró a una india que no opuso dificultades para seguirle. La india, silenciosa, inconmo-



vible, con la indiferencia absoluta pintada en su cara, empezaba a ocuparse de la casa y de los trabajos, ganó la confianza de los chicos y resultó ser una compañera trabajadora, sumisa y fiel para Coliflor.

Así pasaron año tras año sin llegar carta ninguna de la mujer de Jean. El se conformaba. Sus negocios andaban mejor y, gracias a la ayuda de la india, sus hijos habían mejorado en salud y limpieza, y, poco a poco, todos fueron olvidando que allí antes había habido otra mujer.

Pero un día el pueblo de Bompland vió asombrado a Jean Beau paseando del brazo con una mujer rubia, gorda, con sombrero y vestido de seda. Nancy había vuelto después de seis años de ausencia. Tenía dinero y quería llevarlos a todos a Buenos Aires.

Hacía unas horas Jean, esperando la llegada del coche correo, vió con asombro que en el mismo coche llegó una señora quien le saludó con gestos amistosos. Era ella. En el primer instante no la reconoció. Su mujer era delgada, tenía cara infantil. Y esta señora era gorda, con porte seguro y pretensioso. Con la Nancy que se había ido no tenía otra cosa en común que ser rubias las dos.

Jean quería protestar, decir que no era la misma Nancy y que no conocía a esta señora, pero las primeras palabras de ella le enmudecieron; ahora puedes educar tus hijos, comprarte una huerta, cerca de Buenos Aires, y trabajar allí.

Había dicho tus hijos, entonces no tenía la intención de arrancárselos. Y cuando le contaba que tenía dinero y que convenía que su marido y sus hijos vivieran con ella; que al fin eran hijos de ambos y que si no había escrito era porque quería tener el dinero necesario para buscarlos; que no era por falta de cariño, entonces Jean se animó poco a poco, y después de tomar unas cuantas cañas a la salud de la recién llegada, comenzó a sentirse orgulloso de la señora nueva e inesperada que se le había presentado.

Andaba del brazo con Nancy conservándose verboso y risueño con todos los que encontraba. Pero, quien lo observaba atentamente, veía algo extraño en sus ojos, una preocupación secreta, un pensamiento confuso que él mismo, en vano, trataba de aclarar.

Por fin, montando a caballo, tomaron rumbo hacia la chacra de Jean. En el camino los dos estaban entregados a sus pensamientos. Ella pensaba en los chicos que iba a ver, si habían cambiado mucho y lo contentos que se pondrían al verla. Ella tenía sus razones para querer llevar a sus hijos y su marido. En fin, en la vida de ella no habría cambiado, ella seguiría como siempre.

Silenciosos se acercaban a la chacra. La india y una chica estaban trabajando en los cultivos y los otros chicos estaban parados delante de la carpa asombrados de ver a su padre acompañado de una persona tan extraña. —¡Siempre tienes la carpa? — observó Nancy.—Sí, la tengo siempre,—fué la lacónica respuesta. En el mismo instante se detuvieron los caballos delante de los chicos.

—Bebé, mi corazón ¡no me conoces?—gritaba Nancy, saltando del caballo y corriendo hacia el más pequeño de sus hijos.

Bebé la miró con los ojos llenos de estupor y cuando la madre quiso tomarlo en sus brazos, chilló asustado. Mientras tanto, la hija mayor y la india se acercaron, examinando detenidamente a la visita.

—Hija mía—dijo Nancy—tú me conocerás, verdad; ¿quién soy?

—Una señora—contestó tímidamente la chica.

La cara de Nancy tomó una expresión contrariada.

— Qué zonzos son, — murmuró — se han olvidado de la madre.

Cuando la india oyó la palabra madre, levantó tranquila la cabeza y fijó sus ojos indiferente, primero en el rostro de Nancy y después en los ojos de Jean.

Jean no había pronunciado una palabra durante la escena, pero una palidez intensa cubrió su cara. Hasta ahora no había tenido tiempo de reflexionar; la sorpresa vino demasiado de golpe. Ahora empezaba su mente a trabajar. La india, su fiel compañera, la madre verdadera de sus hijos; la india que, durante largos años, nunca había tenido un deseo para ella misma, que vivía sacrificando su vida y su trabajo para estos hijos que no eran de ella y por el marido de otra mujer.

La miraba otra vez más atentamente. Parecía que ella contemplaba a la recién llegada con angustia, con miedo. Los chicos se acercaban a la india; el más chico se tenía agarrado en el vestido de ella y todos miraban con curiosidad a aquella señora que había dicho que era su mamá. Los grandes sabían que habían tenido una madre, pero los más chicos no comprendían el sentido de la palabra. Entraron todos en la carpa y la india preparó el mate.

—Me parece bien raro que los chicos no me conozcan—dijo Nancy fastidiada,—hubieras podido hablarles de mí, para que no se olvidasen.

Jean rió, con una risa seca, sin alegría.

—Y si no hubieras vuelto, ¿no habría sido mejor que ignorasen tu existencia? Quizás no hubieras vuelto nunca, si no nos necesitases.

—¿Por qué, tengo necesidad de ustedes?—preguntó Nancy acalorada,—finalmente son mis hijos y quiero educarlos.

—Eran tuyos también cuando huiste para buscar la vida, y tu cariño no fué bastante grande para sacrificarte por ellos—replicó Jean.

Nancy miró con malicia a la india.

—Me parece por lo menos — dijo desdeñosa—que me has sabido reemplazar con esa mona. Ahora, que estoy, yo, no la necesitas. Dile que se vaya, que aquí no hay lugar para ella.

Jean Beau miraba a la insultada. Estaba sentada con el más chico en los brazos, los otros se habían pegado a ella asustados, como presintiendo un peligro.

—No,—dijo Jean con dureza inesperada—no. Si quieres quedarte aquí será al lado de ella. Te ha reemplazado en todo, durante tantos años, en el cariño de tus hijos, en el cuidado de todos nosotros. Tiene tanto derecho aquí como tú y más.

Nancy calló. Pensaba que inmediatamente empezaría los preparativos para irse. Qué horror obligarle a ella, su mujer, la madre de sus hijos, a vivir junto con una china semejante.

Y sin decir palabra abrió sus maletas y empezó a arreglarse para la noche.

Jean caminaba afuera, sumergido en sus pensamientos. Como es cuestión del porvenir de mis hijos—se decía— no me puedo negar a seguirla a Buenos Aires. Una vez, antes, había sacrificado vida y felicidad en bien de ellos; lo haría otra vez. Pero sentía en sí un odio sordo, una antipatía profunda por aquella persona bien cuidada e insolente, que había vuelto recién después de tantos años; años en que él había arreglado la vida a su modo; años en que había recobrado la tranquilidad deseada y alcanzado una felicidad relativa. Y no podía decidirse a dejarla. Sería un crimen contra los hijos.

El rostro de la india no le dejaba en paz. Se acercó a la puerta de la carpa y vió, sin ser visto, lo que allí pasaba.

Su mujer con la cara roja de ira, estaba sentada sobre uno de los catres; la hija mayor la ayudaba torpemente a sacarse los botines. El más chico dormía en los brazos de la india y los otros contemplaban en silencio la madre y a la hermana.

La india tenía la mirada fija en el fuego y por primera vez, en todos estos años, su cara había perdido su habitual indiferencia y gotas silenciosas caían de sus ojos, perdiéndose en el cabello rubio del chico. Silenciosa como su vida, era su pena. Contra las penas no tenía otra defensa que la resignación. Ella sentía que la vida sin estos seres, que consideraba suyos, no la atraía, pero ningún pensamiento de defensa, de lucha, pasaba por su mente.

Jean la contemplaba enternecido. Tiene un impulso de entrar, arrodillarse ante aquella pobre despreciada y decir a todo el mundo que ella es una santa, que tiene verdadera alma de madre, pero otra vez recuerda sus hijos y se contiene.

Dos días después se verificó la salida. La chacra fué vendida y la pobre india dejó un pedazo de su vida allá, en la boca del gran bosque. Jean no se despidió de ella, no tuvo valor. El se sentía miserable y cobarde. ¿Cómo disculparse de su ingratitud?

Llegaron a la ciudad de Posadas, donde debían esperar el vapor para Buenos Aires.

Por el encanto del cine y de las confiterías los chicos se olvidaban del pasado; aquí todo era nuevo y lindo. Y papá estaba con ellos. Nancy ya se sentía libre de todo fastidio y esperaba con impaciencia la llegada del vapor que los llevaría a Buenos Aires, su Buenos Aires.

Jean Beau andaba absorto, como en sueño. Día y noche veía un rostro implacable, indiferente, con lágrimas silenciosas cayendo gota a gota. Erraba inquieto de una parte a otra, visitaba los cines con sus hijos, miraba los vapores, pero no tenía más que un pensamiento: no la puedo dejar, tengo que volverme.

Así pensando se paró delante de la fuente que había en el centro de la plaza.

El día era caluroso, se sentía cansado y, más que nunca, preocupado en su idea fija: me está esperando.

Un lindo fresco subió del agua. Jean se inclinó por sobre el brocal, mirando hacia el fondo, cuando allá abajo, en el agua, vió una cara triste, pálida. Un extraño júbilo se apoderó de él.

Sabía yo que me estaba esperando, se decía, y le parecía que el rostro en el pozo le hizo un signo afirmativo, como si le llamara.

Casi gritando dijo: sí, sí, voy y no te dejo nunca, nunca, seguía repitiendo, mientras que se inclinaba más y más sobre el pozo, como fascinado por el rostro en el agua. Un movimiento más y allá en el fondo de la fuente encontró Jean Beau la tranquilidad deseada y eterna.



El peligro de que haya luz en los cines

Un duelo, un divorcio y algunas cosas más

La sorpresa del aristócrata

Lo que está ocurriendo en las salas de cinematógrafo, de Budapest y que refiere en una comunicación la Jefatura de Policía, ha causado fuerte impresión en dicha capital.

Recientemente en uno de los cines más elegantes de Budapest, donde se hallaba reunida una muchedumbre de lo más distinguido de la capital, ocurrió un escándalo que no tiene precedentes en los fastos cinematográficos del mundo.

Por no haberse desarrollado con toda perfección una de las películas, y para evitar el escándalo subsiguiente, los acomodadores dieron luz repentinamente a la sala.

En el mismo instante sonaba un terrible bofetón, y en medio de la multitud dos caballeros se apaleaban de una manera tan terrible, que tuvo que intervenir la policía para que cesaran en sus furiosas acometidas. Uno de los caballeros era una de las personalidades más notables de la aristocracia, y el otro, hijo de un famoso banquero judío.

Al día siguiente se concertó un duelo a pistola, y el aristócrata alojó una bala en el pecho de su adversario, que se halla en gravísimo estado y no se confía en salvarle la vida.

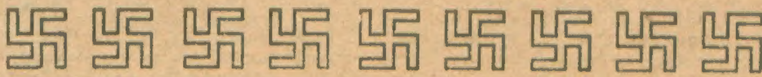
El aristócrata ha presentado ya la demanda de divorcio.

El origen de la cuestión fué que la esposa del noble estaba besando al hijo del banquero judío en el momento en que, indiscretamente, los acomodadores encendieron las luces eléctricas de la sala.

El marido de la dama no se hallaba junto a ella porque no encontró asiento, sino en la fila inmediata del lado opuesto; pero al producirse la luz volvió la cabeza hacia el lugar ocupado por su esposa, y sorprendió el acto que ésta realizaba. De un salto se puso junto al joven, y entonces lo agredió de una manera espantosa.

En vista del escándalo que con tal motivo se ha producido en la alta sociedad de Budapest, la Dirección de Policía dice que lo relatado no debe sorprender a nadie, porque sucesos como éste y aun más graves se desarrollan en los cines todos los días.

Para evitarlos en lo posible, el ministro de la Gobernación ha dirigido una orden al jefe de Policía disponiendo que en lo sucesivo dos agentes de Vigilancia se sitúen en las salas de cine, cerca de los conmutadores de la luz, para encenderla siempre que lo estimen necesario, y detengan, sin apelación, a todo el que ofenda los sentimientos de decencia pública, castigándolo con quince días de cárcel y mil coronas oro de multa. Además se harán constar en los periódicos oficiales y en la prensa los nombres de los transgresores de la moralidad.



EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

''A LA RASTRA'', de Claudio Martínez Payva, en el Sarmiento

La compañía de César Ratti, que durante su actual temporada en el Sarmientto ha demostrado una sensible predilección por las piezas reideras, pero reideras a base de procedimientos ingenuos y fútiles, ha estrenado, sin embargo, algunas producciones en las que abandonando el sistema ha hecho una agradable incursión por el terreno artístico, en el que puede realizar obra buena por contar ese conjunto con algunos elementos aptos para el éxito de calidad. Viene así dando una de cal y otra de arena, que es lo menos que se puede pedir en una temporada difícil como la de este año.

La pieza ''A la rastra'', de Claudio Martínez Payva, puede contarse entre las buenas tentativas realizadas por la compañía del Sarmiento. Sin duda no es esta una de las obras más destacadas del autor, pero nos presenta un trabajo bien realizado y en el que, a pesar de tratarse asuntos camperos, no aparecen en escena los tipos convencionales del gaucho bueno, su antípoda, el comisario brutal y abusador, el patrón inclemente, el gringo odioso y demás caterva que ya conocemos de memoria por una larga y fatigosa producción de muchos años de balbuceo teatral.

Interesante en buena parte y diestramente desarrollada en toda su extensión, la pieza de Martínez Payva realiza fácilmente su misión de presentar un cuadrito campero pintoresco y amable, sin más trascendencia que la de llenar una sección con el agradable esparcimiento de una hora de emoción.

La compañía de los Ratti se desempeñó con mucha corrección, sacando de la obra todo el partido posible. Merecen especial mención los hermanos Ratti, Celia Cordero y Giménez.

LOS ÉXITOS SIMPATICOS

La compañía de Angelina Pagano, cuya actuación artística siempre hemos elogiado, continuó representando con éxito la interesante pieza de Armando Moock, ''La fiesta del corazón'', de la que nos ocupamos con el debido detenimiento en su oportunidad.

Se anunciaba para hoy el estreno de la obra en cuatro actos de Pierre Frondeai, ''La rebelde'', traducida por Manuel Belnicoff.

''PIERNAS AL AIRE'', LA NUEVA REVISTA DEL IDEAL

Ha sido tan explotada este año la revista, que al tener que afrontar una nueva producción del género, vamos al teatro con un pequeño dejo de amargura, como de quien no tiene nada que hacer con esas cosas y se ve obligado a tratarlas de cerca, igual que a visitas pesadas que no se van nunca, retardándonos ingratamente la hora de cenar.

''Piernas al aire'', de la que son autores los señores Dupuy de Lome, Ossorio, Botta y Alberti y el maestro De Bassi, no constituye nada extraordinario, pero tiene cuadros vistosos y en general está presentada con buen gusto y todo lo bien vestida que permite la desnudez de la moda. Cuando hay trajes, son lujosos y lindos. Cuando no los hay, no faltan cosas lindas que los reemplacen.

En definitiva, puede decirse que ''Piernas al aire'' es una revista más que llena discretamente su cometido. Los números titulados ''Entre los hielos'' y ''The dancing girls'', son los mejores y claro está que si los demás estuviesen a su altura, la revista sería espléndida.

El conjunto de las chicas del Ideal y sus compañeros varones se lucieron dentro de lo que a cada cual cumple en esta clase de espectáculos.

UNA TEMPORADA INTERESANTE

Un discretísimo conjunto encabeza el actor José Gómez, que debutó en el Marconi con ''Papá Lebonnard'', de Jean Aicard. Buena cosecha de aplausos a la primera figura, que ya tiene consagrada la interpretación de esa pieza como uno de sus éxitos personales más halagüeños.

La compañía se propone ofrecer como primer estreno la pieza de Folco Testena ''Almas atribuladas'', que despierta interés y después ofrecerá una traducción de una pieza de Darío Nicodemi, con el título ''El refugio'', hecha por Julio F. Escobar.

SE VA DE ROSAS

El día 10 del actual terminará su temporada del Argentino la compañía Rivera-De Rosas, que ha realizado una labor artística encomiable.

La figura de De Rosas en el teatro nacional ha adquirido en los últimos años relieves tan destacados, que no es necesario que hagamos aquí su elogio, conquistado día a día mediante talento y constancia continuamente llevados a la escena en interpretaciones de todo género en las que pone de manifiesto la flexibilidad de su rico temperamento artístico.

De Rosas hará una jira por el interior del país.

POR EL MAIPO

No hay nada que hacer. ''Las alegres chicas del Maipo'' es la revista del año. Un éxito colosal que parece que va a perdurar hasta que lleguen a viejas esas simpáticas chicas que están en lo mejor de su edad. Por lo tanto, nada de novedades por ahora.

ESPIGANDO

Resulta que a veces no es necesario estrenar piezas nuevas ni recurrir al teatro extranjero, para obtener un buen éxito en plena temporada y en competencia con revistas caras. Véase, si no, lo ocurrido en el Smart con las representaciones de la comedia de Gregorio de Laferrere, ''Bajo la garra'', que ha resultado para la compañía de Blanca Podestá un verdadero filón.

JOSÉ PODESTÁ CELEBRA SUS BODAS DE ORO

Ha dado lugar a una interesante fiesta la celebración de las bodas de oro de José Podestá con el teatro nacional. El veterano actor, que es para nuestra dramaturgia escénica, como la gallina para el huevo, es un símbolo más que un actor. Se representó ''Juan Moreira'' ante un auditorio calificado y el importe de la velada se dedicará a la erección de un monumento conmemorativo del teatro nacional.

''PALABRAS CRUZADAS'', EN EL BUENOS AIRES

Esos dos vocablos que constituyen la obsesión de medio mundo en estos momentos, han sido elegidos para intitular una nueva revista, que los elementos de Muiño y Alippi acaban de estrenar con buena acogida.

''Palabras cruzadas'', letra de Dupuy de Lome, Botta, Alberti y De Bassi, consta de numerosos cuadros en su mayoría agradables o, por lo menos, entretenidos. Desfiles del cuerpo de baile es lo que abunda y como se concilia discretamente la impresión visual y auditiva—canciones y espectáculos coreográficos—el espectador, atrapado en su debilidad, queda conforme y aplaude.

Buenos los decorados y el vestuario, sino lujoso, bien presentado, ''Palabras cruzadas'' ha de tener largo cartel. Los cuadros más gustados fueron ''El frac de papá'', ''Colgado de un beso'' y un monólogo a cargo de Muiño.

Los intérpretes, todos muy correctos.

APOLO

''El hombre del Sud'', resultó menos de lo que se esperaba, no obstante parecer que sería obrita de muchas representaciones. El fenómeno, como todos los que ocurren en el teatro, es inexplicable. Hoy en día el público está menos comprensible que nunca. Es una caja de sorpresas. Tiene alma de mujer...

Es posible que a estas horas, por necesidad de renovar el cartel, se haya estrenado o esté a punto de hacerse, una obra de Julio F. Escobar, de título ''Un cansado de la vida'', la que,—puede descontarse—ha de ser una nueva expresión del ingenio irónico del autor de ''El hombre que sonríe''.

''LOS VISIONARIOS''

Tal es el título de un poema en cuatro cuadros y en verso, de Oscar R. Beltrán, que en el Apolo estrenan con motivo de la festividad patria. Parece ser que el simpático autor se apunta esta vez con una pieza con vistas a la posteridad, por la excelencia de los versos y el soplo romántico que en ellos campea. Así sea.

''LA DAMA DE LAS CAMELIAS''

He ahí un título que reúne sugestiones novelescas capaces de perturbar el equilibrio sentimental de los corazones más firmes. La vieja obra de Dumas es una de tantas producciones respetadas por el tiempo y la ley de evolución, y que contiene todos los elementos necesarios para seguir perdurando...

La reaparición de Margarita en el tablado del Ateneo, en la versión de don Joaquín de Vedia e interpretada por Camila Quiroga, si no es un acontecimiento, ha de ser, seguramente, un motivo para congregar durante mucho tiempo públicos numerosos en la nueva sala.

VITTONE EN EL AVENIDA

El viejo cómico reaparece ante el público porteño, que le dió el prestigio que tiene después de largos años de actuación. Es sabida la Odisea de Vittone en su jira artística por el Pacífico. Si la vida es fiel con los actores, es de esperar que en la temporada del Avenida vuelvan los admiradores del popular artista a aplaudirlo y borren los malos recuerdos de sus últimos tiempos. Son, al menos, nuestros deseos.

SE ESTRENÓ ''BABILONIA''

A tiempo de cerrar esta edición, las huestes de Carcavallo han dado a conocer en el Nacional una nueva producción de Armando Discépolo, el autor de ''Mateo'' y muchas otras piezas de largo cartel.

Debemos, pues, aplazar hasta el número próximo nuestra impresión acerca de ''Babilonia''.

CASAUX

El estudioso capo cómico del Nuevo, después de reprisar con éxito ''El movimiento continuo'', una de sus grandes creaciones, puso en escena en estos últimos días ''Me gustan todas'', farsa necrológica de Escobar, bien recibida y a la que aludiremos en otra ocasión.

LINDA PIEZA EN EL MAYO

Graciosa, interesante, bien dialogada, nos resultó la pieza de costumbres andaluzas ''El cantar de los cantares'', letra de Felipe de la Mata y música del maestro Metón, recientemente puesta en escena por la compañía española Pozas-Ligero en el escenario del Mayo. Su asunto, que gira en torno de la desaparición de dos chicas de la casa paterna, no tiene nada de nuevo; pero de la Mata ha sabido poner en la mayoría de las escenas su buena dosis de chispa, aparte de que los personajes se mueven bien y nada hay que sobre en la obrita, acogida con aplauso.

La graciosa Blanquita, Ligero y demás intérpretes, se desempeñaron ágilmente y gustaron sin reservas en sus papeles.

EN EL GRAND SPLENDID SE ESTRENA ''ZAZÁ''

En la grandiosa sala de la calle Santa Fe, se exhibirá hoy una película que viene precedida de grandes elogios, tanto por estar basada en la conocida comedia del mismo nombre, como por actuar en ella la famosa Gloria Swanson, estrella la más luminosa del arte silencioso. Se explica, pues, la expectativa que hay por conocer esta cinta, de grandes valores artísticos, pudiendo descontarse los llenos de esta sala, punto de cita de los elegantes.

CAPITOL

Mucho público selecto concurre a las funciones de este acreditado cine, en el que se pasan bellas películas de marcas prestigiosas. En esta semana se exhibirán notables cintas, que atraerán numerosas familias calificadas.

CASINO

La popular sala de variedades de la calle Maipú, rebosa de público todas las noches. Los últimos debuts han interesado mucho y no menos han de interesar los que se anuncian por la empresa, que responde al favor público.

COMEDIA

El reino de la alegría y las caras bonitas, como podría llamarse al escenario de la calle Pellegrini, se ve rebosante de público noche a noche. ''La caja de Pandora'', afortunadísima revista de Marsili, De Madrid y maestro Pittaluga, es pieza destinada a inmortalizarse en las carteleras. Ya no es mito la caja de Pandora, es una cosa real y efectiva. Conviene recordar que la tal caja estuvo cerrada cerca de un año en la Comedia, esperando la oportunidad de abrirse y al hacerse, no quiere cerrarse más, a lo que parece.

Mientras hilvanamos este comentario, las huestes de don Vicente Rey ponen en escena ''Los campanilleros'', de Muñoz Seca, pieza que ocupará la atención del cronista en el próximo número.

POLITEAMA

La serie de novedades que viene ofreciendo la compañía italiana de María Melato y la bondad de sus interpretaciones, han determinado una afluencia extraordinaria de público, que aplaude sin mezquinar la labor de la notable actriz, de Betrone y demás actores del elenco.

CORREO TEATRAL

Ramírez A. — El teatro, joven ingenuo, tiene mayores dificultades de las que usted cree. Ese escritor, en otras expresiones literarias, ha revelado talento. Lo reconocemos. Pero al encarar el teatro, demostró nada más que deseos de triunfar...

H. P. T. — Se estrenó en el Moderno, hoy Liceo.

DE TODO UN POCO



Nieto de un rey. — Master Harry Lascelles, hijo de la princesa María de Inglaterra, en el coche en que es paseado por Hyde Park, Londres. El hijo del vizconde de Lascelles cuenta, actualmente, 4 años de edad.



El rey de Italia y el primer ministro Mussolini, durante la ceremonia de la inauguración de la "Casa para los mutilados de la guerra". Detrás del rey, va el diputado ciego Carlos Del Croix.



Obras de alfarería que han soportado el peso de los siglos.—Anforas descubiertas en las ruinas de la antigua Utica.



Modelo para casa, inspirado en las noches de Arabia.—Es propiedad del arquitecto Henry Schneewind, de Chicago. Las puertas y ventanas, de estilo morisco, y los dibujos que adornan su blanca fachada, forman un bello contraste con el fondo verde de la colina que tiene a la espalda.



Una admirable plantación de manzanos en flor, en el Valle del Este (Wáshington), o sea uno de los más ricos distritos de la región.



Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.